

FRAY MOCHO



“TIPO CRIOLLO”

Por Pedro Roca y Marsall

N.º 762

Z/ 13135 : 15, 762 (1926)



El lago N. Huapi desde el camino El Correntón. Al fondo el Hotel del Correntón.

TURISMO NACIONAL

Lo mejor que puede hacer Ud. durante la temporada actual, es realizar un viaje de placer por el

PARQUE NACIONAL DEL SUD (Lago Nahuel Huapi)

Con la envidiable ventaja de gozar las delicias de un clima primaveral, sumará las de poder contemplar los más

HERMOSOS PANORAMAS QUE OFRECEN
las montañas andinas y sus lagos de belleza incomparable.

LOS FERROCARRILES DEL ESTADO

proporcionarán a Ud. toda clase de facilidades para que pueda efectuar un viaje cómodo y atrayente.

Administración general: SAN JOSÉ 180
BUENOS AIRES

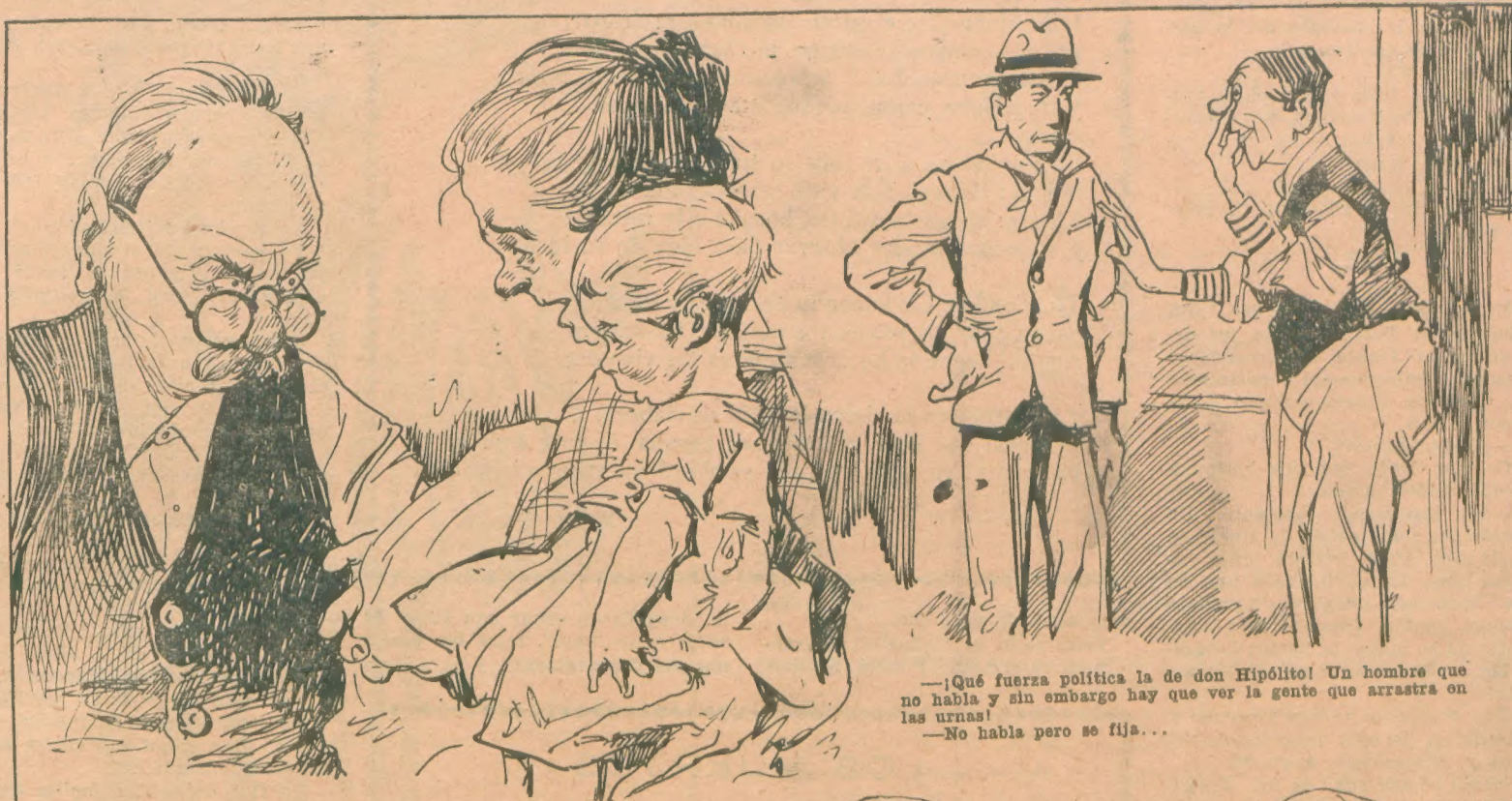
FRAY MOCHO

Año XV

Buenos Aires, 30 de noviembre de 1926

N.º 762

MISCELANEA, por Rojas



—¡Qué fuerza política la de don Hipólito! Un hombre que no habla y sin embargo hay que ver la gente que arrastra en las urnas!
—No habla pero se fija...

—Vengo de la pescadería de comprar una curbina.
—Pues no la comas, porque ese pescado huele mal.
—La curbina no puede ser, porque está bien fresca.
—Entonces será el niño...



—El ministro uruguayo en Cuba, señor Callorda, volverá a Cuba otra vez, después de terminado el incidente entre el Uruguay y aquel país.
—Afortunadamente se arregló la cosa ¿no?
—Sí; parece que Callorda encontró la horma de su zapato.

—¿De qué ha muerto?
—De embriaguez.
—Vámonos, porque he leído que Conan Doyle dice que cuando una persona muere, el espíritu flota alrededor de ella.
—Sí; pero el espíritu de éste, es de vino.



Era de la más pura sangre guaraní. Los Irala la recogieron cuando tenía siete años, en el pueblo indio de Yaguarón, y se la llevaron a la Asunción durante el verano, uno de esos veranos infernales del Paraguay.

Lloraba la chica con misteriosa angustia. La madre acababa de morir de una fiebre maligna, y del padre no se tenían noticias desde que la pequeña naciera.

—¡Pobrecita!

Carmen Irala, con la huerfanita sentada en sus rodillas maternas, acariciaba los cabellos rebeldes, besaba las morenas mejillas.

La chica gemía y sus bracitos flacos se aferraban a la señora de Irala con infinita congoja, como si comprendiera que aquel amor generoso que se le brindaba era lo único que tenía en el mundo.

—¡Pobrecita!

Alejandro Irala contemplaba gravemente a la huérfana, acurrucándose entre los brazos de su adorada y estéril mujer.

—Bueno, como quieras...

Y esta fué la adopción de Margarita.

Nueve años más tarde, los Irala residían en París. Tenían un departamento frente al Trocadero. Desde los balcones del departamento, veíase la silueta ciclópea de la Torre Eiffel.

—¿Y Margarita?

Carmen Irala, que era hermana de mi madre, sonrió.

—Ha progresado bastante. De Asunción, como sabes, la llevamos a Buenos Aires cuando tenía catorce años. La enviamos a uno de los mejores colegios. Aprendió pronto, inglés, francés, el piano. París no le gusta. La hemos llevado a Italia, Suiza, a España. ¡Margarita!

Una mujer de carnes morenas y triunfales, de ojos magníficos, negros y misteriosos, apareció.

—¿No te acuerdas de mí, Margarita?

Los ojos misteriosos me miraron con atención profunda.

—¡Ah... sí...

Carmen Irala advirtió mi admiración, y frunció un poco el ceño.

—¿Te gusta Europa, Margarita?

—Mucho frío hace en este país... —dijo, con el acento pausado de los paraguayos, acercándose a la ventana. La nieve de febrero descendía melancólicamente sobre la Plaza del Trocadero.

—Mucho frío...

Carmen me arrojó una rápida mirada.

—¿Quieres tocar algo, Margarita?

La hermosa muchacha se dirigió al piano.

Sus dedos largos y morenos corrieron por el teclado, y Mozart alzó la gloria del "Adagio", en el departamento silencioso, mientras la nieve caía sobre París.

Yo miraba el rostro de la hija adoptiva, los enormes ojos adormecidos, y me aproximé a Carmen.

—Su alma está donde nació...

Carmen exhaló un leve suspiro. —Dices la verdad... Está soñando con su aldea, aquí, en París.

—Flor de "abatí" no podrá vivir más que al borde de la selva — dije, y el semblante de mi tía se entristeció.

—¿No tiene algún pretendiente?

—Varios... Ha inspirado algunas pasiones... Pero, tú sabes que quiero casarla como una señorita...

FLOR DE ABATÍ

Por Héctor P. Blomberg

Tiene una educación superior... Heredará nuestra fortuna... Alejandro y yo la hemos querido y la

mosura tropical era realmente diabólica...

—Esa noche me despedí de los Irala...

Invitación a los héroes de la vida

Labrador: abre el surco; sembrador: desparrama por los campos la estirpe que será la amaltea; Leñador: troncha el árbol sin temor de la rama, y tú, pájaro, canta, porque esa es tu tarea.

Sol: envuelve a la vida en tu vasto oriflama; Noche: entrega a la vida tu profunda odisea; Lluvia: apaga la sed del bosque o la retama; y el pensador, que observe para bien de su idea.

Tú, Cóndor, Carlomagno de valles y de alturas, para agitar las selvas, los pueblos, las llanuras, cuando llegue la hora desamarra los vientos;

y mientras en la tierra la vida se elabora, Madres! que cada entraña sea germen de una aurora! Hombres! en cada entraña sembrad vuestros alientos!

MARIO BRAVO.

hemos criado para eso.

Terminado el "Adagio", Margarita cerró el piano y salió. Su her-

la, después de cenar con ellos. Al subir a un "taxi", miré las ventanas del departamento, y vi a Mar-

LOS MUERTOS

Hay misterio en el morir y en el nacer. ¿Se viene de la nada? ¿Estáis seguros? ¿Recordáis algo anterior a vuestra vida? Y sin embargo, vivíais. Contemplad esas sepulturas: son vuestros padres, vuestros abuelos. Mirad las cosas que ellos tocaron. ¿No veis su sombra? ¿No os veis a vosotros mismos en su sombra? Sois el ayer. ¿Cómo, si no, podíais estar aquí? Pero... ¿y mañana, viviréis? Dentro de cien años vuestra sangre hablará y os hablarán vuestras obras.

¿Por qué lloráis en la muerte de los vuestros? Porque cae sobre vosotros toda la sangre y todo el espíritu. Se han muerto vuestros padres. Sois ya toda la historia y todo el mañana. Tenéis la responsabilidad. A medida que nos apartamos de nuestros muertos buscamos más en nosotros el eje y el apoyo; por eso nos olvidamos: vamos sustituyendo su hacer con nuestro hacer. Y un día llega en que su hacer está todo en nosotros; ese día mueren definitivamente nuestros padres, pero resucitan gloriosamente en nosotros. Nosotros somos ya plenamente ellos, con la característica del porvenir; por eso somos nosotros. Por eso cuando los padres mueren, realmente empiezan a morir. Los primeros días vive en nuestra casa la sombra de sus cuerpos y de sus almas: hasta se nos figura oír sus voces. La vida la vivimos como ellos la vivían. Mirad cómo aquel niño se hace hombre y va adquiriendo el gesto de su padre; el padre está muriendo. Los hijos se han apropiado el espíritu del padre, el padre ha muerto. Los que duermen en esa sepultura sois vosotros mismos, que dormís vuestra vida de ayer.

V. GARCIA MARTI.

garita. Con el rostro pegado a los cristales, miraba caer la nieve.

Un olor de tierra calcinada, un aroma de selva en diciembre, flotaba bajo el azul del cielo. Yo llegaba del sur, de una estancia lejana incrustada en las zonas del arroz. Me incomodaba y me inquietaba una picadura de víbora en una pierna. Con el calor y la humedad, la herida supuraba sin cesar. La pierna se me hinchaba cada vez más.

El caballo, exhausto y sediento, entraba en el pueblito. Un pueblito miserable, con ranchos de barro y perros flacos.

El dolor me atormentaba.

Llegué frente a un rancho, y llamé. Unos perros dormitaban frente a la puerta.

Salió un hombre, alto, cetrino, de largos y caídos bigotes tártaros. Era tres cuartos indio. Una camisa azul, un pantalón blanco y un ancho sombrero constituían toda su vestimenta.

Le expliqué mi situación.

Perezosamente, el hombre se apoyó contra el rancho y lanzó una exclamación casi ininteligible en guaraní.

Y fué en ese instante cuando vi aparecer a Margarita Irala, con un chico en brazos y otro de la mano.

Estaba un poco marchita. Ya no era, no, la mujer magnífica de París. Vestía como las mujeres del mercado de Asunción, limpia, pero pobremente.

Me reconoció en seguida, sin turbarse.

Ayúdome a bajar del caballo, mientras el marido nos miraba con indiferencia.

—¿Qué quiere, señor? Yo me moría, allá, en Europa... Hace tanto frío en esos países. Buenos Aires y Asunción tampoco me gustaban... Y aquí estoy, en el Yaguarón, otra vez... Ese es mi marido, y estos son mis "membú"...

La flor de "abatí" había vuelto a la selva.

Proverbios de Salomón

—Mejor es un bocado de pan seco con gozo, que una casa llena de banquetes con pendencias.

—No mires al vino cuando rojea, cuando resplandeciere su color en el vidrio: él entra blandamente. Mas, al fin, matará como culebra y derramará veneno como basilisco.

—Come tu pan con alegría.

—Como la polilla al vestido y la carcoma a la madera, así la tristeza daña al corazón del hombre.

—Más aprovecha una sola reprensión al prudente que cien golpes al necio.

—Aun el necio, si callare, será tenido por cuerdo, y por inteligente si cerrare siempre sus labios.

—Cuando cayere tu enemigo no te alegres, ni se regocije tu corazón en su ruina.

—Una buena noticia que viene de lejos es como el agua fresca para el que padece de sed.

—Quien responde antes de oír manifiesta ser un necio.

—Mejor es encontrarse con una osa a quien han robado sus cachorros que con un necio confiado en su necedad.

SINTÉTICAS

BAILE MONETARIO

Hace poco tiempo, cuando la considerable desvalorización del franco marcó el record en la depreciación de esta moneda, una ráfaga de pánico embargó a toda Francia. Los hombres de gobierno, ante la visión de la ruina económica del país, adoptaron enérgicas medidas para evitar la catástrofe y las iniciativas oficiales fueron aplaudidas y apoyadas por el pueblo. Gracias a tales medidas, el franco, no sólo se detuvo en su rodada hacia el abismo, sino que, afianzando su posición, comenzó a caminar en sentido inverso, es decir, ascendiendo hacia la cumbre.

Lógicamente pensando, cualquiera creería que el alza de dicha moneda, determinaría lo contrario de la baja, o sea la salvación económica de Francia. Pues no; señor; los inextricables misterios de la crematística no permiten tal cosa; y he aquí que si la baja del franco significa la perdición, la subida del mismo constituye la ruina, al extremo de que el gobierno francés se preocupa actualmente de detener el alza.

Sospechamos que Mr. Poincaré exclamará "in mente":

La suerte, con su rigor,
Siempre nos aplica un palo:
Si el franco desciende, malo;
Si el franco sube, peor.

LAS VENTAJAS DEL AHORRO

Dijérase que, de un tiempo a esta parte, algunos bancos establecidos en la República Argentina, se hubiesen propuesto hacer inagotable el tema ofrecido al comentario periodístico. Hoy, por ejemplo, se encarga de suministrarlo cierta institución de esta índole, que bajo sugestivo título funciona en la ciudad de Mendoza.

Un señor, que intentó cultivar la virtud del ahorro, depositó en dicho establecimiento, la cantidad de \$ 470.—. Oiso luego retirar la mencionada suma y nuestro hombre se vió obligado a invertir nada menos que un mes, en trámites de devolución, al cabo de cuyo tiempo tuvo la desagradable sorpresa de oír de boca del señor gerente, cuando éste fué requerido por escribano público, que el banco carecía de fondos para efectuar el pago.

De ratonera vulgar
Puede tal banco servir,
Pues plata que lleque a entrar
Nunca logrará salir.

ELECTORAL

Comentando las elecciones municipales, recientemente efectuadas en la capital federal, un colega de la mañana se quejaba de que, en algunos de los cuartos oscuros establecidos por la ley, era tal la falta de luz, que resultaba tarea muy difícil, si no imposible, para el votante, distinguir las boletas de los diversos partidos.

De tinieblas rodeado,
El trance pudo ser duro
Hasta para el más pintado:
Pero, de haberse alumbrado,
Ya no fuera cuarto oscuro.

COSAS DEL CABLE

Un señor, llamado Miquel Rado, sufrió la amputación de una pierna en el hospital de San Francisco, de Nueva York. El miembro fué enviado a una agencia de pompas fúnebres, y una vez que el paciente abandonó el lecho, dispuso el sepelio de su pierna que, ante su presencia y previa una ceremonia religiosa, se llevó a efecto en la necrópolis de Holy-Cross.

Este es uno de los casos
Que producen desconcierto:
Ver a vivo, que no ha muerto,
Enterrándose a pedazos.



La luz iba disminuyendo en el pequeño estudio. Ricardo Somers se levantó y retrocediendo un par de pasos quedó contemplando el caballete.

—Muchas gracias, señorita Desborough, — dijo.

La joven saltó desde la tarima en que se hallaba sentada y sonriendo, preguntó:

—¿No trabajamos más, hoy? La sesión no ha sido muy larga.

—La luz se va tan pronto!—respondió Somers. — Si usted pudiera venir un poco más temprano mañana... Sólo media hora más temprano... ¿Podrá?

—Ya lo creo. Posaré todo el tiempo que usted necesite, no me importa... Creo que si me dedicara a ello sería una buena modelo. No me canso nada.

Somers sonrió. Era un hombre de agradable aspecto. Joven, con cabello rizado y ojos grises, de alegre expresión.

Juana Desborough le tendió la mano y se despidió. Luego, en compañía de su anciana acompañante, miss Crewe, abandonó el estudio. Somers cerró la puerta y cruzó corriendo la habitación para aproximarse a la ventana.

Ya había oscurecido por completo cuando volvió junto al caballete y permaneció inmóvil con la mirada fija en el retrato que estaba pintando y que era el de una joven admirablemente hermosa.

El rostro de Somers adquirió una expresión de amargura mientras contemplaba su obra.

Retrocedió un paso y exclamó.

—Ah! ¡Adorada mía! ¡Si por lo menos supieras cuánto te amo!

Giró sobre los talones y marchó hacia la chimenea.

—Afortunadamente el retrato está casi terminado. No hubiera podido continuar más tiempo sin decir la cuánto la quiero... Pero una vez que la obra quede lista es muy probable que no vuelva a verla más... Será lo mejor... Pudiera suponerse que yo aproveché la ocasión, siendo un miserable pintor, para pretender a la hija de un millonario...

En realidad, no podía pretender con probabilidades de éxito, unirse en matrimonio con la heredera de Sir Marcos Desborough... Del viejo Desborough, uno de los hombres más ricos de Inglaterra.

—Fué una verdadera suerte conseguir que me encargasen ese trabajo... Mi primer trabajo de importancia... Y lo conseguí — prosiguió monologando Somers, — porque el viejo Desborough había conocido a mi padre... Pero en vez de aceptar eso únicamente como una ocasión para darme a conocer en el gran mundo, he cometido el error de enamorarme de la muchacha.

Juana Desborough llegó más temprano al siguiente día. Somers trabajó febrilmente hasta que se hizo de noche.

Deseaba dar pronto fin a su tarea, pero aun cuando trabajaba con toda actividad, no parecía tan cercano como él deseaba el momento de dar por terminada la obra.

—Puede usted estar satisfecho, señor Somers, — le dijo algunos días después la joven durante uno de los descansos. — Y es inútil que usted trate de demostrar lo contrario... Yo considero que el cuadro es espléndido... Realmente admirable...

EL RETRATO

Por Francis Warwich



—¿No trabajamos más hoy? La sesión no ha sido muy larga...

¡TODO ES TARDE!

Por piedad, por piedad! que no se encienda aquel montón de escombros legendarios! Depongamos el arma en la contienda y, aunque nadie en el mundo nos comprenda, ni seamos amigos ni adversarios!

La nave de tu orgullo a la porfía retó mi nave anclada en la ribera; sostuvimos la lucha mar afuera y, al mirar que ninguno sucumbía, doblamos cada cual nuestra bandera!

¿Por qué, de nuevo, hacernos infelices?
¿Por qué alentar de nuevo nuestras penas?
Y si acabó la sangre—como dices—
¿Para qué lastimar las cicatrices
y pedir más tributo a nuestras venas?

¿A qué sufrir ya más? La muchedumbre que hoy nuestra paz con un aplauso paga, mañana nos dirá desde la cumbre que fuimos un montón de podredumbre y volvimos un cáncer nuestra llaga!

Resígnate, por Dios, mientras sofoco el grito de mi amor triste y cobarde; mientras en brazos de un ensueño loco tu casta imagen con ternura invoco y le digo a mi alma: ¡Todo es tarde!

BARTOLOME OLEGARIO PEREZ.

—Es usted demasiado bondadosa al alabar así una obra sin mérito alguno, — protestó el pintor. — Todo el mérito consiste en el modelo, porque usted es... es...

Se detuvo bruscamente. Su rostro enrojeció y ella al notarlo miró hacia otro lado. Luego soltó una cristalina carcajada.

—Oh! Pero usted... ¡Hasta la vista!

—Adiós! Adiós! Miss Crewe, mañana a la misma hora para la última sesión.

Y como hacía siempre Somers, corrió hacia la ventana para verlas marchar y ver cuando penetraban en el lujoso automóvil que las esperaba en la calle. El elegante vehículo se puso en marcha y partió veloz.

De pronto ocurrió algo que le hizo lanzar un agudo grito.

Otro carruaje había desembocado veloz e inesperadamente por una de las calles transversales y el choque, a pesar de los esfuerzos de los conductores, se produjo en forma violenta y el automóvil en que viajaba Juana Desborough fué a chocar contra una columna del alumbrado.

Somers oyó el ruido de cristales rotos y madera hecha astillas. Pero lo que heló, momentáneamente, su sangre en las venas, fué el grito de angustia y dolor de las dos mujeres.

En un momento estuvo en la puerta y corría escaleras abajo.

Dos días después llegó una misiva al estudio donde se hallaba Somers presa de una enorme desesperación e incertidumbre. Abrió la carta con temblorosas manos. El instinto le decía quién era la persona que se la enviaba.

—Le estimaré venga lo antes posible. — Marcos Desborough.

Ricardo se quedó mirando aquellas dos líneas, sin volver de su asombro.

—¡Mandan que vaya! — murmuró. — ¿Por qué?...

Tres minutos después se encontraba instalado en un automóvil, en dirección al domicilio del millonario.

Había visto a Sir Marcos Desborough el día antes, al siguiente de aquel en que ocurrió el sensible accidente. Sir Marcos fué al estudio del pintor para agradecerla la ayuda que había prestado a su hija. Miss Crewe y el chauffeur habían resultado ilesos, pero Juana sufrió el dislocamiento de un tobillo y precisamente a causa de la pronta intervención de Somers, el daño no tuvo más serias consecuencias.

Cuando el automóvil en que iba Ricardo se detuvo ante la regia mansión situada en Hyde Park, el pintor experimentaba la sensación de que le golpeaban las sienes con un martillo.

—Pero, ¿por qué me habrán hecho venir?

Sir Marcos se encontraba en la biblioteca y tenía un gesto de seriedad.

—Ha sido usted muy bondadoso al acudir a mi llamado, señor Somers... y tan pronto... Mi hija...

Se detuvo y comenzó a dar golpecitos con los dedos sobre la mesa que tenía a su lado.

—Está delirando... El efecto de la impresión recibida, sin duda... Es un asunto molesto... Claro está que todo es efecto del delirio... Acaso sea una sorpresa para usted saber que lo llama, señor Somers...

En su delirio ha manifestado deseos de verlo a usted. Sin duda que en la memoria de la muchacha ha quedado impreso el asunto del retrato... La domina el recuerdo de no haber podido acudir a la última sesión...

Sir Marcos se detuvo y su mirada se fijó investigadora en la de Somers, como si deseara leer sus ideas. El pintor hizo un gesto de asentimiento.

—Comprendo, — murmuró, con voz ligeramente ronca.

—Ya suponía yo que usted comprendería — se apresuró a decir el noble. — El doctor que la asiste es del parecer de que no debe contrariársela en todo lo que sea posible... Usted debe perdonarnos, pero como está enferma...

—Yo experimento un gran placer en poder serles útil en algo, — manifestó Somers, mientras interiormente pensaba: — Ella me llama... ¡quiere verme!... ¡quiere verme!

Sir Marcos abrió una puerta y dejó libre el paso al vestíbulo y a la gran escalera que conducía a los pisos superiores. Una enfermera abrió la puerta que conducía a la habitación de la enferma y Ricardo avanzó.

Juana Desborough estaba acostada, inmóvil, con su blanco rostro vuelto hacia él y los negros cabellos en desorden sobre la almohada.

—Está más tranquila ahora, — murmuró la enfermera. — Pero varias veces ha llamado al señor Somers. No debe haber recobrado el conocimiento todavía.

Sir Marcos frunció el entrecejo y miró al pintor visiblemente contrariado, en momentos en que la enferma lanzaba un pequeño grito.

La enfermera se hallaba junto al lecho tratando de calmarla. Pero Juana Desborough se había incorporado y tendía los brazos hacia el pintor.

—Ha venido usted a verme!... Ha venido usted a verme!...

Las palabras, aunque pronunciadas en voz baja, se oían claramente. Somers, mordiéndose los secos labios, volvió la mirada hacia Sir Marcos. Luego avanzó y respondió con una entonación de simple cortesía.

—Sí. Aquí estoy, señorita Desborough.

Ella le tomó una mano.

—Oh! Ricardo! Ricardo! ¿Por qué no ha venido antes... Oh! cuánto le amo... Cuánto le amo, Ricardo!

En seguida llevó la mano del joven a sus labios y quedó desvanecida. Después su mano sin fuerza soltó la que retenía y el pintor aprovechó la circunstancia para retirarse.

—¡Se ha dormido! — murmuró la enfermera momentos después. — Su visita ha de serla muy beneficiosa, señor Somers.

Ricardo no miró a Sir Marcos. Su garganta estaba seca.

—Por fortuna, estoy tratando con un hombre de honor... — dijo bruscamente Sir Marcos cuando llegaron nuevamente a la biblioteca. — Usted no dirá a nadie una palabra de lo ocurrido...

—Claro está... Comprendo... Todo ha sido un delirio...

Se detuvo. Su aspecto era reposado y el noble demostró tranquilidad.

—Exactamente. Pero ella está ahora mucho mejor y eso se lo tengo que agradecer a usted...

Pero Somers estaba plenamente convencido de que no existía tal delirio y la joven era responsable de la confesión hecha en forma consciente.

Se despidió y regresó a su estudio.

no podía hablar! Pero a causa del accidente... del delirio...!

—Yo debo decirle cuánto la amo también, — murmuraba exaltado el pintor. — Poco me importa lo que diga la gente, si la amo y ella me

La mariposa blanca

Con su vuelo incierto, batiendo sus tenues alas, ha entrado una mariposita blanca en el taller de los hornos de acero.

Se cansaría de posarse sobre los verdes prados floridos, remontó el vuelo, pasó sobre el río ancho y negruzco y, desorientada, seguramente arrepentida, se encontró de pronto en el taller, bajo su ancha cubierta humosa. La pobre mariposita se perdió en él, no dió con la salida y comenzó a volar angustiosamente por su atmósfera que tenía el temblor continuo del caldeo. Voló hacia arriba y tropezó con las armaduras que sostenían la renegrida techumbre, se dejó caer hacia abajo y sintió el vaho candente de los hornos, la asfixia de los humos amarillentos; y entonces su vuelo se hizo más incierto, más errátil, más rápido: era un vuelo agónico, desesperado...

Los hornos "Wellman", los gigantescos hornos oscilantes, irradiaban un calor inmenso; los orificios circulares de sus puertas dejaban ver la luz brillante, vivísima, del acero que se licuaba en sus entrañas, la grúa eléctrica zumbaba de un lado a otro, transportando las cargas, el martinete de vapor golpeaba furiosamente las muestras de acero que unos hombres vestidos de azul, fornidos y sudorosos, extraían de los hornos con unas largas cucharas que salían de ellos rijas, al picar los gasógenos se levantaban unas densas nubes de humos que oscurecían el taller, y las muelas que trituraban el fundente rodaban y rodaban con monótono ruido...

...La mariposita blanca seguía volando, volando sin rumbo... El maestro del taller voceó unas órdenes y se agarró con fuerza a unas palancas y la mole de un horno basculó lentamente, majestuosamente y por un canal de su pared trasera dejó salir un chispeante chorro de acero luminoso, que cayó en un colosal caldero sostenido por una grúa. Este fué llenándose con el manar continuo del horno y, ya lleno, se convirtió en un astro rojo, llameante, nimbado por un calor horrible.

La mariposita pasó sobre él con su vuelo cansado e incierto... y ya no se le vió más por el taller, ya no se vió más el batir de sus tenues alas blancas...

Y el caldero vertió su contenido en las lingoteras, que como grandes nichos verticales recibieron el alma de una mariposilla blanca, habitante de los verdes campos floridos, amiga de los grillos, de las cigarras...

LUIS AZA.

dio, pensando en que todo lo ocurrido era un sueño, o por lo menos debía considerarlo así.

¡Ella también había guardado secreto su amor! ¡Ella como mujer,

corresponde... Qué me importan sus riquezas... ¡Cuando vuelva para la última sesión...!

Esto ocurrió tres semanas después y entonces él la manifestó cuán-

les eran sus sentimientos y sus temores.

Miss Crowe tuvo la buena ocurrencia de quedarse dormida junto al fuego que ardía en la chimenea y sus sonoros ronquidos apagaron el ruido del beso que Somers dió a la que iba a ser su prometida.

—Oh! mi adorado Ricardo! — murmuró Juana.

—¿Qué ocurre, querida?

—No puedes imaginarte los momentos de angustia que he pasado. Sabía que me amabas, pero no me decías nada; yo adivinaba las razones y sufría y me desesperaba sin hallar una solución. ¡Ha sido una gran suerte que ocurriera ese accidente!

Se detuvo, sus mejillas enrojecieron y mirándolo amorosamente, continuó:

—Ricardo. ¿Qué habrás pensado de mí?... Cuando papá estuvo enfermo deliraba; yo pensé en ello y... fingí delirar... ¡Qué asombro causé a todos!... Pero yo sabía bien lo que deseaba...

Somers la miró, lanzó un profundo suspiro y luego exclamó:

—Realmente ha sido una cosa terrible. Después de oír una confesión semejante ésta será la última sesión para el retrato de la señorita Desborough.

Juana rió feliz.

—Sí. Pero espero — continuó él — que la señora Somers no tendrá inconveniente en seguir posando si fuese necesario.

El perro de María Antonieta

Hace poco se publicó en París una interesante serie de estudios que se refieren al período de la Revolución de 1792.

En uno de los volúmenes se consagra un capítulo a un perrito de la reina María Antonieta, por el que ésta tenía gran cariño y que siguió a su dueña a la cárcel del Temple y a la Conserjería.

Alejandro Dumas, en una de sus novelas, cuenta que el perrito fué muerto a palos al día siguiente de la ejecución de la reina... Pero tal hecho no es cierto, según vemos en dichos estudios, los cuales contienen una parte del diario del abate Salomón, que en tiempos del Directorio estuvo encarcelado en la conserjería, durmiendo en la cama que había servido a la reina...

—Un día — dice — vi que la puerta de mi celda se abría y que entraba un perrito *carlin*. El animalito saltó a mi lecho, dió una vuelta por el aposento y se fué por donde había venido. Era el perrito *carlin* de la reina María Antonieta y que había sido recogido por Richard, que le cuidaba con gran mimo. Todos los días venía para husmear los muebles que había utilizado su augusta dueña. Durante tres meses pude comprobar que venía siempre a la misma hora y a pesar de las caricias que intentaba hacerle, no pude sujetar al animalito, que tan pronto como había dado la vuelta al cuarto desaparecía con gran presteza.

LEY

Aunque no esperes nada, lucha, amigo,
Cual si esperaras un ansiado bien.

Aunque nada interrogues, no te niegues
Cuando se haga la luz en torno a ver.

Aunque ningún rumor rompa el silencio,
Escucha con oído atento y fiel.

Vive, lucha, ama, sufre, sueña y crea...
Y deja hacer a Dios: ¡Esa es la ley!

MANUEL BENAVENTE.



—Aquisito no más, pues, señor, le daremos un descanso a los animales. — Y apeándose de su mula, el viejo Wenceslao estiró los brazos con marcada pereza. Yo también estaba molido de cansancio, pero mi amor propio y el deseo de llegar cuanto antes a San Carlos, me alentaban a resistir la fatiga del penoso viaje.

—¿Dónde estamos?

—En Amblayo, señor.

—¿Y quién vive en aquellos dos ranchitos de junco tan pequeños?

Don Wenceslao me miró fijo, con una sonrisa entre asombrada y benévola.

—Parecen casitas de juguete...

—No hay ser, señor... Son los nichos de dos infelices, que ahora ruegan por nosotros, y a quienes se encomiendan los viajeros creyentes.

La curiosidad nació en mí, y seguido de mi baqueano me aproximé al lugar que tanto había llamado mi atención.

A la sombra de dos corpulentos algarrobos, cuajados de amarillentas flores de fragancia exquisita, se levantaban los ranchitos de junco, ocupando una superficie de pocos metros cuadrados; en su interior una especie de mesa, y sobre ella ardía, en un candil de barro, una mecha de lana retorcida que alimentaba cierta cantidad de sebo, dando la luz de lleno sobre un cráneo ennegrecido por el tiempo, que con sarcástica risa, mostraba dos hileras blanquísimas de dientes, y, por fin, a un costado, un plato de barro conteniendo algunas monedas. El otro nicho, exactamente igual al primero, con un cráneo algo más grande y rasgos más pronunciados.

Don Wenceslao, con religioso respeto, se había quitado el sombrero, y avivaba la débil lucecilla componiendo la mecha y agregando una porción de sebo que traía en las alforjas. Luego pareció buscar en sus bolsillos algo que no pudo encontrar.

—¿Uha monedita, señor?

—¿Para qué?

—Para misas.

Inconscientemente saqué varios niqueles, y don Wenceslao los colocó en el plato, saliendo con los ojos impregnados en lágrimas.

Mi primer pensamiento fué no importunar con preguntas al anciano don Wenceslao, en cuyo rostro se dibujaban las huellas del dolor; pero mi curiosidad fué más poderosa, y pensé que no debía continuar mi viaje por el desierto camino sin averiguar qué significaba aquello.

—Es una historia de dolor — dijo mi acompañante. — Y llenándose la boca con hoja de coca, hizo una larga pausa, durante la cual parecía coordinar sus lejanos recuerdos.

Era la muchacha más hermosa de San Carlos. La admiración de los hombres y la envidia de las mujeres, quienes trataban de imitarla en sus más mínimos detalles. Que ella salía con una bata floreada, pues a los pocos días terminábase todo el género de esa clase que tenía el turco Samuel, y todas las mozas lucían sus vestidos igual a la Candelaria. Su carácter humilde, bueno y cariñoso, le hizo gozar de la estimación general. Los mozos la adoraban, pero nadie se atrevía a requerirla de amores, temiendo ser muy poca cosa para ella. Más que deseo, su hermosura imponía res-

HISTORIA EXTRAÑA

Por Pedro Heredia

peto; lo mismo que una virgencita. Sin embargo, era la reina de las fiestas. Tenía una gracia única cuando acompañaba una chilena o un bailecito, y todos nos disputábamos el honor de bailar con ella. Yo también era mozo entonces...

Don Wenceslao no pudo continuar. Las palabras se le ahogaban en la garganta; tuvo necesidad de hacer una larga pausa para reponerse de su creciente emoción.

Imagínese, hubo fiestas, bailes y no sé cuántas cosas más.

Entre los de la comisión venía un mocito guapo, rubio y muy parlanchín. ¡Qué simpático!... Le tomamos en seguida cariño por ser tan dado con nosotros; él no era orgulloso como los demás, y por eso se hizo íntimo de la paisanada. Pero velay!... que sale enamorándose de la Candelaria, o no sé si más bien fué ella la que se enamo-



EL LIMPIA BOTAS. — ¡Pues ya verá el señor, con las nuevas bases del trabajo que hemos presentado!...

EL CLIENTE. — ¿Qué? ¿Quedarán con más brillo los botines?

Sabido es que, entonces, la ardiente aspiración de los sancarleños era poseer un dique que pudiera regar los fértiles terrenos, que ojalá tuvieran agua y produciría tesoros...

Un buen día, el júbilo llegó al colmo cuando fuimos sorprendidos por una comisión de ingenieros, que venía, no sé si de Salta o Buenos Aires, a estudiar el problema.

ró de él. Ambos lo negaban, a pesar de que no podían ocultar ni a los ciegos... señor, que se amaban con delirio. En todas partes se les veía amicho. En los bailes se arrinconaban en cualquier lugarcito y charlaban de lo lindo como si no se hubiesen visto quien sabe desde cuando. En las cabalgatas ya se las arreglaban para andar juntos y hasta en la iglesia, señor... reza-

La obra de Júpiter

Júpiter inspiró al hombre todos los afectos, menos el de la vergüenza, que se le había olvidado. Andaba ya el hombre por el mundo, cuando el dios le dijo a la Vergüenza que lo siguiese; pero ella, resentida del olvido, se negó a hacerlo. Júpiter se lo ordenó entonces con ímpetu, y ella se dispuso a acceder con estas condiciones:

—Buscaré al hombre — dijo — cuando no vaya acompañado del amor; pues si el amor se apodera de él, es casi imposible infundirle la vergüenza.

ban juntos uno al ladito de la otra. No había duda: la morochita estaba presa en las redes de una desenfrenada pasión.

Las habladurías comenzaron, pero nadie se incomodó, pues a todos nos parecía bien que la muchacha más linda del pago mereciera las atenciones del forastero. Y además, ella era de familia muy rica.

Y desde que el mundo existe y hay hombres y mujeres, siempre sucederá lo mismo... La Candelaria ya no pudo ocultar que pronto sería madre, cuando el mocito parlanchín, no sé con qué excusa, desapareció, diciendo que pronto regresaría.

—Tú me abandonas, lo leo en tus ojos, lo adivino en tus palabras,— le dijo la Candelaria.

—Te juro que ni en sueño he pensado dejarte de amar,— contestó el hombre. — Asuntos urgentes me reclaman en Salta; será cosa de pocos días, no temas, bien sabes que lejos de ti mi vida sería un suplicio. Sólo a tu lado soy feliz y te prometo que a mi regreso me uniré a ti para siempre y para no separarnos jamás.

El mozo era ladino, bien hablado y salamero, y trató de conformar a Candelaria, que tal vez por prudencia fingió creer en las mentiras de su amado, a quien acompañó hasta la cumbre de la loma desde donde le vio partir y desaparecer como un punto en la distancia, mientras sus ojos vertían lágrimas sin cesar. La pobre muchacha muy bien sabía que allí había terminado su amor y con él su felicidad. El corazón de una mujer, y sobre todo de una mujer que ama, no se equivoca jamás.

Pasó el tiempo como tiempo pasa, y diay, la Candelaria tuvo una guagua, muy alhajita, rubio como el sol; había que verlo que churo. Era un primor... Pero tatay Quipildor, padre de la moza, no pudiendo soportar tamaña vergüenza, la botó de la casa.

Daba pena verla; vivía sola cerca del molino, allá en "Los Sauces", y nadie oyó más su linda voz. No sabemos si realmente había perdido el habla o era un castigo que ella misma se había impuesto para purgar su falta. Se la veía en el pueblo sólo cuando se anunciaba la llegada de algún forastero.

Muchos vinieron: ingenieros, comerciantes, capataces y peones, pero nunca, el que esperaba con tanta ansia y firmeza la pobre Candelaria que, triste, con la mirada en blanco y los brazos caídos, sin una queja, sin una protesta, sin un lamento, con una resignación verdaderamente cristiana, volvía a su destierro, conduciendo al changuito que crecía día tras otro.

Muchos fueron los que rogaron al padre que la perdonase, pero tatay Quipildor se hacía el sordo, cambiaba de conversación y se ponía furioso, gritando y pataleando no quería por nada oír hablar de la hija. Pero con todo la quería, pues hay quien dice que lo vido llorar, al señor, besando las ropas de la Candelaria y que si se marchaba de la mañana a la noche, era para aturdir su pena.

Alguien comenzó por apodar a la moza "la muda", y ya nadie se acordó de su nombre. No era ni la sombra de lo que había sido antaño; sólo le quedaban los ojos para llorar y mentira parecía que hubiese sido tan donosa. Daba espanto verla. Era la imagen del dolor.

El niño, en tanto, crecía fuerte y grandote, único ídolo de aquella mártir.

Tatay Quipildor murió de una machadura y un día, se le encontró tendido en el camino, heredando la Candelaria esta gran extensión de tierra, que ahora observa usted abandonada y cubierta de maleza.

Don Nepomuceno, honrado vecino, solicitó de la Candelaria le cediera las tierras para cultivarlas, y al mismo tiempo le enviara al hijo para que a su lado se hiciera hombre aprendiendo a trabajar. Circunstancia que nos indujo en la errónea creencia, que Nepomuceno hubiese heredado a Quipildor.

La Candelaria, o más bien dicho, la muda, como todos la llamaban, accedió gustosa, pues don Nepomuceno era persona de bien, y tío de ella, y así, todos los meses iba la muda a visitarlo, llevándole al chango, siempre algún ponchito o barracán — que ella misma tejía — junto con algunos ricos turrones o alguna bolsita de chilcán.

El tiempo pasó, y ya nadie recordaba la triste historia de la muda, que vivía alejada del mundo, cuando un grave acontecimiento volvió a traerla a la memoria de todos.

Trabajaba yo como tropero, cuando, una noche que hicimos pascana cerca de "Los Sauces" fuimos sorprendidos por unos raros gritos, que más bien que de una persona, parecían venir de algún extraño animal.

—Si serán las ánimas — dijo uno.

—Más bien parece como si fuese el "Uturuncu" — dijo otro. Y cada uno hacía sus conjeturas.

Algunos de mis compañeros, se armaron y acudieron para investigar el origen de aquellos gritos. Yo también preparé mi escopeta por lo que pudiera acontecer, pero en seguida pensé que nada grave debía pasar, al escuchar las burlas y las risas de mis compañeros, mezcladas con los estridentes alaridos, que ahora me parecían de un ser humano.

Pues señor... era la muda... que, con palabras incomprensibles, mezcla de llanto y súplicas, pedía a los peones una mula para llegar hasta el pueblo. Ninguno tomaba en serio aquella escena, que sólo servía de risa, al escuchar las palabras, algunas a medias, otras enrevesadas, que a costa de grandes esfuerzos conseguía pronunciar la desdichada mujer. No se imaginaba la pena que me dió verla. La atraje hacia mí y comprendí, más que por sus frases, por sus ademanes, que deseaba un caballo para ir a ver a su hijo, que según ella le habían muerto.

Ensilé dos mulas, y a todo galope fui con ella a San Carlos. Y díay... avisé a la polecia, enterando al señor comensario de lo que la muda me había referido durante el camino. Era la primera vez que la pobre hablaba desde que fué abandonada por el traidor forastero, contándome que el hijo de sus entrañas había sido muerto de una pedrada por don Nepomuceno.

El comensario quiso saber de dónde venía la noticia, y de quién era la denuncia.

—¡Justicia!... señor, justicia! — articulaba la muda con una voz tan rara que en otras circunstancias hubieran causado risa.

—Cuenta cómo ha sido el hecho.

Cálmese — dijo el comisario.

—Dormía y apareció Nepomuceno con una gran piedra y aplastó a mi hijo.

—Pero quién ha traído la noticia, ¿es usted, don Wenceslao, quien formula la denuncia?

—Yo nada he visto — contesté.

—¡Lo he visto en sueño, patente!... — articuló la muda. — Imagínese la cara que puso el comensario; creyó que se trataba de una burla, y poco faltó para que me botara a puntapiés en compañía de la muda, cuando ésta dijo que lo había soñado; pero en vista de la desesperación y angustia de aquella mujer que, de rodillas y abrazada de las botas del comensario no terminaba de llorar, se decidió que un agente y yo la acompañáramos para verificar si tenía fundamento su extravagante sueño.

La madre reclamó nuevamente a su hijo, y el sorprendido Nepomuceno comenzó a embarullarse no sabiendo qué contestar. Primero dijo que estaba en el cerro con la majada... luego en el monte hachando leña, lo que hizo sospechar que algo grave sucedía.

En esto el alba llegaba, disipándose las sombras de la noche, y por detrás de los montes, el sol dejaba escapar sus rayos de oro.

La muda, que había vuelto a tomar su aparente tranquilidad de momia, daba la impresión de que estuviera machada. Con la mirada envidriada, la boca semiabierta, la respiración agitada y el cuerpo rígido, permanecía silenciosa en medio del rancho. El reflejo del fuego, que chisporroteaba en un rincón hacía que se marcaran más angulosos y salientes los rasgos de

este algarrobo, que tan hermoso florece año tras año.

Se tiró de bruces, y con sus manos convertidas en garras, escarbó el suelo con la rapidez de una máquina.

Cuál no sería nuestra sorpresa, cuando vimos aparecer en la fosa el cuerpo, aún caliente, del hijo de la muda, que pocos momentos antes había enterrado don Nepomuceno, quien no pudo menos de confesar su delito.

—¿Cuál fué el móvil del crimen?

—Involuntario. Parece que el chango era muy travieso, y don Nepomuceno sólo quiso asustarlo tirándole una pedrada que resultó homicida. El hombre manejaba muy bien la honda, pero nunca creyó que su tiro tuviera consecuencias tan funestas.

Y allí murió la madre, besando el cuerpo del hijo; él era toda su vida, y ella presintió cuando éste volaba hacia el infinito, arrastrándola en su postrer viaje.

Ya ve usted, señor, lo que son las cosas de la vida. Lo que para el forastero fué un simple pasatiempo, lo que para él consistió en un efímero momento de placer, ocasionó la desgracia y el desastre de una entera familia.

Pero nadie piensa, ni recuerda, las consecuencias que acarrea un simple hecho de nuestra vida, y de seguro que el forastero, si vive, a la fecha habrá olvidado completamente que un día amó a una tal Candelaria.

Don Wenceslao calló renovando su acuyito.

Salimos de aquel triste lugar a paso lento; un nudo ahogaba mi garganta. Hice un esfuerzo heroico para retener una lágrima que involuntariamente rodó en mis mejillas... Y tú... viajero, que vas a San Carlos, no olvides de cuidar que jamás se apague la débil lucecilla que pálida alumbra en Amblayo.

El crecimiento de los Estados Unidos

La Oficina de estadísticas de Washington ha hecho público que a fines de 1925 la población de los Estados Unidos ascendía a la cantidad de 117.135.000 habitantes.

Los datos del nuevo censo que han permitido establecer dicho resultado son particularmente interesantes desde el punto de vista demográfico.

Además de que el total obtenido en 1925 es el más alto de cuantos se han alcanzado, es interesante hacer constar que el aumento no se debe a la inmigración. El número de inmigrantes en 1925 ha sido inferior al de los años precedentes. Tampoco se debe el aumento al número de nacimientos, pues ha sido igual en 1925 al de 1916, cuando los Estados Unidos tenían 15 millones de habitantes menos.

La explicación ofrece una experiencia que será preciosa para todos los países preocupados de la población. Se trata de que el número de defunciones ha descendido en una proporción extraordinaria, debido a las numerosas medidas de higiene y de profilaxis individuales y sociales que han venido a influir sobre las costumbres del país.

FRAGMENTO

...A orillas del Mediterráneo, en mitad de Europa, se levantaba el oráculo de la historia antigua, el templo de los dioses, el gran laboratorio donde los diferentes pueblos y razas perdían sus manchas, su egoísmo, y formaban el robusto cuerpo de un nuevo hombre: la hermosa Italia. Al descubrirla en los largos anales de la historia, después de haber visto tantos imperios, tantas grandiosas naciones, pero también tantos esclavos sumidos en el polvo, y tantos altares levantados al error, el alma dolorida y atribulada siente el mismo respeto y la misma alegría que Eneas y sus compañeros cuando la veían surgir entre las ondas, pura y hermosa como un asilo reservado a su desgracia, como una nueva patria de su espíritu. Y en efecto, señores, sea cualquiera nuestra patria, cuando arribamos, en la larga serie de los siglos, a Italia, y recordamos que suya es nuestra legislación, suya nuestra lengua, suya la esencia de nuestra vida, sentimos hacia ella afecto filial; tanto más, cuanto que hoy la vemos oprimida, desgarrada por las atrevidas manos de los que nunca pronuncian su nombre sin espanto, y nunca vieron lucir a lo lejos su refulgente escudo sin caer heridos en el polvo de sus campos, pidiendo de rodillas perdón a la que era la reina de las naciones, la madre de las gentes. Recostada en los Alpes, que la coronan con nieves eternas, con lagos celestes, con bosques llenos de flores y perfumados por eternos aromas; envuelta en la gasa ligera, hermosa, de un cielo claro y limpio como el alma de la inocencia; sembrada de florestas, de jardines, que bordan su manto; hundidos los pies en el Mediterráneo como en una blanda alfombra; armada con el cetro de la tierra, que era el eje de toda la historia; rodeada de todas las razas, que la miraban de rodillas como su diosa, como un oráculo; hollando blasones y trofeos como ni antes ni después ha tenido ningún pueblo; Italia dilatada, auxiliada por el gemio de la historia, su soberanía por toda la tierra, y elaboraba, pensativa y silenciosa, la gran obra del derecho...

EMILIO CASTELAR.

Yo estaba arrepentido de no haber averiguado bien, antes de embarcarme en esa ridícula aventura, pero ya que estaba en ella había que seguirla, tanto más ahora que me interesaba el giro que tomaría el asunto.

Llegamos a este mismo lugar, propiedad, según se supo después, de la muda.

—¡El chango! ¡Venga el chango! — gritó furiosa de entrada no más.

Don Nepomuceno palideció al vernos, tratando de apartar su mirada de la muda que lo observaba con tal persistencia que daba miedo. Quiso brindarnos con mate y tortillas, pero la muda no aceptó.

aquella mujer que parecía una visión fantástica de cuentos de hadas.

Aquel silencio angustioso duró algunos minutos que a mí me parecieron interminables, hasta que de pronto la muda, con un grito agudísimo que jamás olvidaré, saltó con la agilidad de una ardilla, sobre el sorprendido Nepomuceno, a quien hubiera destrozado con sus manos, que parecían tenazas, a no ser por la oportuna intervención del agente y la mía.

Una vez que conseguimos separarla, impulsada por algún nuevo repentino recuerdo, echó a correr a todo escape, deteniéndose junto a



Este es un cuento de amor. El se llamaba Eduardo. ¿Eduardo qué? No viene al caso. Lo cierto es que tenía unos ojos muy expresivos y era lo que se dice un lindo muchacho. ¡Y qué corazón tenía!

A los doce años su madre le había colocado en una tienda de modas, de lacayo. El uniforme le sentaba a las mil maravillas. Corría a abrir las portezuelas de los automóviles y, cuando llovía, sostenía un paraguas grandote para que las damas no se mojaran al bajar.

A las 7 volvía a su casa. Si había de comer, comía; si no, sacaba una armónica pequeña que llevaba en el bolsillo y empezaba a soplar dulcemente en los alvéolos, de la misma manera que si soplara en un pequeño trozo de panal.

Y era una música como una miel espesa y tibia que descendiera a caldear el corazón.

—Es el hijo de la viuda Mercedes —decían los vecinos. — ¡Qué bien toca! ¡Y nunca ha tenido maestros!

Meta, la hija de los alemanes, le había dicho:

—Tocá otra vez, sólo para mí. Cuando te oigo, me pongo triste, muy triste. En momentos quisiera bailar al compás de lo que tocás y en momentos pondría mi mejilla junto a la tuya y me quedaría oyéndote muy quieta... muy quieta...

El dejó de tocar bruscamente y sus miradas se encontraron llenas de amistad.

Una mañana se presentó en la casa un viejecillo de barba blanca, bajo y grueso, de ojos azules y cutis sonrosado.

—Quisiera saber quién es el que suele tocar la armónica por las noches.

—Vea, señor, el pobre, es la única diversión que tiene y a veces le sirve hasta de cena... Pero le prometo que no tocará más si a usted le desagrada —dijo la viuda apresuradamente.

El viejecillo empezó a agitar los brazos y hacer visajes con su cara pulida y fresca como una manzana.

—No, no, buena mujer... usted no me entiende... deje al muchacho que toque cuando le venga en gana. Quiero verle y hablar con él. Yo haré de él un gran músico.

—Si es por eso —contestó la viuda— venga usted por la noche y le oírás tocar cuanto quiera; con más razón esta noche que no tendrá que comer, porque hay que decir que las noches que no cena son aquellas que más sentimiento pone.

El viejecillo volvió y trató con la madre de Eduardo:

El tomaría al chico y a cambio de algunos servicios le enseñaría música, le vestiría y calzaría y le daría, además, algún dinero para ella.

En adelante Eduardo fué a casa del viejecillo que se llamaba don Ramón. Allí garrapeaba unas figuras negras, redondas, con simétricos pedúnculos, como si fuesen frutitas, sobre las cinco rayas del cuaderno. Cuando las notas le fueron familiares, don Ramón le compró un violín y una caja negra para llevarlo.

A veces, suspendiendo las pacientes lecciones, don Ramón le decía:

—Eduardo, tocá un rato en la armónica.

Entrecerraba los ojos y se quedaba oyendo al muchacho, que soplaba en las celdillas de su minúsculo instrumento. Pero Eduardo sabía que aquella no era la misma

LA ARMÓNICA

Por Leónidas Barletta

música que brotaba de su armónica, cuando Meta, la hija de los alemanes, le escuchaba.

—Estás tan orgulloso, porque te enseñan la música y tenés un violín, y no sabés que yo he aprendido a bailar y que ya tengo novio —le había dicho Meta.

—¿Novio? Me parece que yo...

—Nunca me has hablado —le interrumpió ella llena de desdén.

—¡Ah! ¿Tenía que hablar?

Sintió, de pronto, una gran vergüenza de no haber sabido hablar a tiempo. Sentóse en el lugar en

zampoña un muchacho que me quería... cuando me casé.

Pero, ¿es que estaba Meta oyendo eso? Cuando la madre se fué, ella se aproximó cautelosa.

—¿Sabés? Lo del novio... era mentira. Pero lo del baile, sí, es cierto.

A la mañana, cuando llegó a la casa de don Ramón, le dijeron:

—El maestro ha muerto.

¿Muerto? ¿Muerto? ¿Muerto? Estaba allí, en su lecho. Sus mejillas eran pulidas, sonrosadas; su bar-



LA ADIVINA. — Veo en su mano un descarrilamiento.
LA CLIENTE. — ¿En qué línea?

que solía hacerlo, a la noche, y empezó a tocar su armónica, melancólicamente. Las notas y los acordes empezaron a voltear vertiginosamente en su cabeza. Sentía como si su corazón inflamado volviese paulatinamente a ser un corazón de niño, y aún, que se hacía pequeño y humilde como una cereza. Su madre le escuchaba llorando.

—¿Por qué llora, madre?

—Eso que tocás es de mi tierra... una sola vez lo oí y lo recuerdo todavía... lo tocaba en la

ba, blanca, venerable. Parecía sonreír. ¿Acaso no entrecerraba así los ojos, cuando él sonaba su armónica? Salió de la casa, aturdido. La caja del violín le golpeaba familiarmente en la pierna. Cada golpe decía: "¡Muerto! ¡Muerto! ¡Muerto!"

—¿Qué tenés? — le preguntó la madre. — ¿Estás enfermo? ¿Por qué has vuelto?

—Ha muerto el maestro.

En la pieza de los alemanes gemían y sollozaban.

—Oiga, madre, ¿también ha muerto Meta?

—No; ha dejado a su familia.

Pasaron unos días. Los vecinos decían:

—El hijo de la viuda debe comer apenas, porque se oye mucha música. ¡Y qué buena música!

Y Eduardo tocaba incansablemente, porque no quería olvidar a Meta, como había olvidado a su maestro.

Un día llegó un ciego a la casa y se puso a tocar un acordeón acatarrado. Lo guiaba un chiquillo, desarrapado, sucio.

—¿Quiere usted acompañarme? — preguntó el ciego a Eduardo, oyéndole tocar. — Iremos caminando, tocando en los cafés, en las cervecerías y en las casas de comida, donde la gente no regatea una moneda con tal de ayudarse la digestión. Y partiremos las ganancias.

Los tres, el ciego, el lazarillo y Eduardo, ese mismo día pusieron en acuerdo. La cosa marchaba. Entraban a esos comercios de los alrededores del puerto que no tienen clasificación precisa, que sirven al medio día una comida modesta, y por la tarde café con leche.

Al ciego se le alcanzaba una silla; Eduardo se apoyaba en el respaldo y el acordeón ronroneaba un valse que el violín del muchacho cantaba entre sus puros.

A veces, si había mucha gente y las ganancias eran buenas, el ciego pedía a Eduardo que tocara una "fantasía" en su armónica. Y entre aquella gente sordida, que masticaba ruidosamente, que hablaba en voz alta, bebiendo y riendo, respirando un aire espeso, oliendo a frito, a guiso, a cocina, Eduardo sonaba su querido instrumento, suave, delicadamente, como si lo besase. Y le parecía que unos ojos negros, profundos, estaban ahí, muy cerca de su boca, y que una voz conocida le susurraba:

—Quisiera poner mi mejilla junto a la tuya y quedarme muy quieta... muy quieta, escuchándote

Pronto comprendió que no podría seguir llevando esa vida. Pero la miseria era grande y no hubo otro remedio que aguantar. Después, un día, el ciego no pudo salir a causa del reuma. Eduardo buscó un empleo y no lo halló. ¿Qué sabía hacer? ¿Tocar el violín? Pues, que buscara una plaza de músico. Al fin un empresario le dió puesto en una orquesta de teatro. Todo allí era estúpidamente monótono. Sus compañeros tocaban mecánicamente; en los intervalos dormitaban desparrados en sus sillas. Luego la sala poblábase de murmullos, estallaban algunas toses. Irrumpía la luz de las candelillas sobre un telón de terciopelo oscuro. El director alzaba la batuta, y empezaba la función.

Echando fugaces miradas al proscenio deslumbrante, Eduardo tocaba su violín. Un olor a humedad se adhería a las ropas y las paredes del sitio eran pegajosas, frías. De pronto, hubo en la sala un batir de palmas, con un ruido semejante al que pudieran producir un millar de aves que alzaran el vuelo, despavoridas. Luego el ruido fué decreciendo y era como si lloviese granizo sobre un techo de zinc.

Una bailarina se aproximó a las candelillas, echando furtivos besos a los espectadores, con sus dedos finos y ensortijados. Corría de uno a otro lado, en la punta de sus pies, con la fugacidad de una mariposa. ¡Y esos ojos... y esos ojos!!

ANÉCDOTA

Advertido Marco Aurelio de las intrigas de un ambicioso, respondió:

—Dejémosle obrar, que si no está predestinado para vencer, sucumbirá, y si lo está, ninguno podrá matar a su sucesor.

Su violín gemía vibrante. La bailarina no se dejó ver ya; pero se oían sus leves pies girando al compás de la música sobre el tablado.

Al terminar la danza, la bailarina se aproximó nuevamente al borde del tablado. ¡Y esos ojos!... ¡Y esos ojos!... Pero, si era Meta! Se le anudó la garganta. Quiso gritar. El telón cayó sobre su mirada.

Cuando estuvo ante ella, no supo qué decirle. Ella se mostró muy contrariada de verlo. Vaciló, y resuelta, al fin, preguntó:

—¿Usted? ¿Cómo le va?

—¿Cómo, le recordaba aún? Y él, que creía que ella no le reconocería! ¿Por qué no iba por la casa? Había oído decir que su madre estaba muy afligida. Y, para decir la verdad, él también lo estaba. Si, esa era la verdad, estaba muy afligido, desde que ella se había marchado. De noche, cuando solía tocar en su armónica, oía cómo la madre de ella lloraba.

—Es porque tu música le recuerda a Meta — decía su madre. Y, aunque nadie lo creyera, el secreto de su música residía en ella, en su recuerdo que le inspiraba cosas tristes. ¿No lo había notado?

Se percató, de repente, que ella sonreía irónicamente. El estaba de pie, frente a ella, dando vueltas al sombrero entre sus manos.

—Bueno, — dijo Meta, — le despido a usted. Dé recuerdos a mi gente.

Y le tendió su mano, de ensortijados y finos dedos.

—Permiso caballero — gritó un mandadero a sus espaldas. Y antes de que se apartara le empujaron para pasar un enorme canasto de flores que volcó en el camarín

un hálito de floresta. De pronto vio que un abismo insalvable le separaba de ella.

Cuando salió del teatro, caía una llovizna de medianoche, como ceniza. Alzó el cuello de su saco y se encaminó a su casa. Las calles estaban desiertas; las puertas cerradas le miraban con caras hostiles.

Llegó a su casa, abrió la puerta, cruzó el patio y entró en su pieza. Un silencio angustioso hacía la oscuridad más pavorosa. Pero no estaba solo. Las sienes le latían extremadamente. Pensó en su madre y la llamó:

—Mamá — luego más fuerte: — ¡Mamá!

Nadie respondió. Encendió una cerilla; sus ojos se agrandaron horriblemente. Fantásticas sombras bailaban en las paredes; la cerilla se apagó chisporroteando entre sus dedos. Entonces, presa de una enorme angustia, salió al patio y llamó en la pieza vecina.

—¡Doña Ramona, doña Ramona, venga un momento que se ha muerto mi madre!

Al cabo de un instante, una voz agria preguntó:

—¿Quién es?

—¿Qué se ha muerto mi madre, doña Ramona!

—¿Quién es? ¿Eduardo? ¡Ya voy! ¡Pobre Mercedes!

Caía una llovizna de medianoche, como ceniza, sobre su grande soledad.

Precipitadamente asomaron a sus ojos las primeras lágrimas. Al sacar su pañuelo, su mano tropezó, dentro del bolsillo, con la diminuta armónica. Y la acarició con sus dedos, tal como si fuera una boca amiga.

PELEA DE PERROS

Por Javier de Viana

Era uno de esos días en que el cielo está bajito y tiene color de sucio y el aire está así como baboso; en que todo pesa, en que todo fastidia, en que todo aburre.

Bajo la enervante acción atmosférica, don Patricio, que era el más bueno y el más plácido en los hombres, sentíase molesto, violento, casi irascible. Sentado junto a la puerta de la cocina, se le habían apagado tres tirones y todavía estaba largo el pucho. Además, las hebras blancas y rígidas de los espesos bigotes, revolucionados, tan pronto le cosquilleaban las narices, como se le introducían en la boca; y a cada manotón que daba, llamándolos al orden, se rebelaban con mayor impertinencia.

Pero, no obstante todo lo violento y mortificado que se hallaba, don Patricio no dejó de advertir la expresión de abatimiento reflejada en el rostro de María, su nietita, quien, como de costumbre, le acarreaba, durante horas, el amargo. Concluyó por interrogarla:

—¿Qué tenés, Maruja?

—¿Yo?... ¡Nada! — respondió la chica; y rompió a llorar.

—¿Nada?... ¡Nada, y se t'ennellan los ojos de agua?...

Y ella, sin poder contenerse por más tiempo, cayó de rodillas, abrazándose a las rodillas del viejo, y dijo con voz entrecortada por el llanto:

—¡Ah, tata viejo!... ¡Soy tan desgraciada!... ¿Usted sabe que Mateo me... me quiere?...

—Eso ya lo sabía.

—Y que yo también lo quiero...

—Eso no lo sabía, pero lo maliciaba... ¿Y esa es la culpa de que estés triste y llorona?...

—¡La culpa es que tanta no quiere saber de que me case con Mateo...

—Es güen muchacho, Mateo...

—Ya se lo dije a tata y él dijo que sí.

—Guapo pal trabajo.

—Asina le dije a tata, y él aceptó...

—Muy arreglao, sin vicios...

—Tamién dije, y él convino...

—¿Y entonces, qué alega pa ceñarle la portera?...

—Dice que Mateo no es hijo 'el país, qu'es extranjero, qu'es gringo... y qu'él no quiere misturar l'haclenda!...

Ahondáronse los numerosos surcos que estriaban la frente del viejo; nubláronsele aún más los ojos enturbiados por la edad, y dijo con violencia, como sacudido por la evocación de un amargo recuerdo remoto:

—¡No es hijo 'el país, es extranjero, es gringo!... ¡Dejame a mí, Maruja, yo te vi'a emparejar ese tiento!...

—¡Ah, tata viejo! ¡Si usted...!

—Dejá no más!...

Esa noche la cena fué triste. El enervante estado atmosférico acrecentaba el malestar que todos experimentaban. A la conclusión, Lucio, el patrón, exclamó dirigiéndose a su padre:

—¡Esto parece velorio!... A ver, tata, cuente alguno 'e sus cuentos p'alegrarnos un poco.

Sonrió el viejo con aire pícaro, para responder:

—Güeno, vi'a contar uno... ¿Ustedes han oído decir que allá por las Uropas, una sinfinitá de países están siempre pelliando misturaos como trenza de ocho?... ¿Y ustedes saben por qué, pa qué? ¿No?... Yo se los vi'a explicar... En una ocasión, diendo pa la pulpería del finao García, trotiaba ya pu'el camino que separaba mi campo del campo de los Pereyra...

Como siempre, me seguía Tukurú, mi perro picazo. Cuando enfrentamo a las casas del finao García, un perrote barcino que éste supo tener, vandió el alambrao y se atravesó en el camino, dispuesto a buscarle camorra a Tukurú, nada más que porque Tukurú era allí como extranjero, cuasi al decir, gringo... Mi perro, prudente, sabiendo qu'estaba en pagó ajeno, trató 'e cuerpíarlo al barcino; pero en seguidita que le dió el anca, el otro se le jué al humo. Tukurú, era guapo, aunque prudente: obligao, pelió... ¿Ustedes se acordarán de que cerca de lo del finao García, de un lao y de otro del camino, habían unas rancherías desparramadas?... Güeno, de cada rancho d'esos se vinieron como balazos, dos o tres perros, grandes y chicos, hembras y machos, y al medio 'el caminó se formó un solo machazo... Tarascón pu'acá, ladrado pu'allá... uno que queda con las patas p'arriba, a éste que le rebanan media oreja, al otro que le hacen sangran lajeta... Y después, tuitos cansaos, ensangrentaos, con la cola entre las piernas, se fueron retirando pa sus casas, sin saber pa qué habían peliao, por qué se habían hecho estropiar... Sólo yo sabía...

—¿Por qué? — Interrogó Lucio.

—Porque Tukurú era gringo allí... Asina, del mismo modo que los perros, pelean los hombres, sin considerar que un alambrao no hace diferencia entre el que vive de un lao y el que vive del otro, y sin calcular que el único gringo, en cualquier punto que se halle, es el malo, el inútil, el dañino, aunque haya nacido en el mismo campo...

Luego, poniéndose de pie y extendiendo la mano, ordenó a su hijo:

—¡Y vos, no hagás el perro bravo, ni el perro zonzó, y dejá que Maruja se acollare con Mateo!...

La señora Fortuna

La señora Fortuna, casquivana y coqueta, nunca brindó su rica cornucopia a un poeta ¡es demasiado necia la señora Fortuna! Ella no supo nunca de la pasión que inquieta ni del divino encanto de las noches de luna.

Como las cortesanas buscó seres vulgares, de cerebros obtusos, de gustos anodinos, y sacudió las perlas de sus rico collares sobre muchos cretinos.

¡Oh, los que no comprenden el oculto sentido de las cosas, no pueden apreciar la belleza que hay en cada sonido porque nunca supieron del placer escondido en el fondo de toda silenciosa tristeza.

Y es sobre estas cabezas ligeras y vacías, donde su cornucopia vuelca todos los días esta necia señora que se llama Fortuna. Por ser ciega la pobre, no conocen sus ojos la belleza que tienen los crepúsculos rojos y el encanto divino de las noches de luna!

ROSARIO SANSORES.

Cuando el señor Murel se enteró del regreso de Mauricio Ronceray a Salettes, un inevitable pensamiento se lo representó como un posible marido para su hija Julieta. ¿Sería digno de la joven?

Otrora, en tiempo de vacaciones, los habitantes de Villa Murel y del castillo Ronceray habían sido vecinos en aquella pequeña playa provincial. Los padres de ambos niños sonreían juntos contemplando los juegos de Mauricio y de Julieta. Luego, con la prematura desaparición de los señores Ronceray, el castillo había quedado desierto. De Mauricio, nadie sabía nada.

Hacia la misma época, el abogado perdió a su esposa. Casado tarde, quedaba, a los cincuenta años, solo con su hijita. Temblaba al pensar que no podría acompañarla por mucho tiempo en la vida, y se juró ganar una fortuna. Desde entonces puso su notoriedad, su talento y su pronta decisión al servicio de causas lucrativas. En diez años amasó la dote de Julieta. Con aquella apreciable suma le compraría, le aseguraría la felicidad.

Por otra parte, su hija era bella, firme de porte y de contornos, como cincelada en fino mármol. Fatigado aún por su activa labor, el anciano se retiró definitivamente a Salettes. Y he aquí que Mauricio Ronceray venía a su vez. ¿Sería el marido soñado? El señor Murel esperaba su llegada con el corazón agitado de temores, de esperanza y de desconfianza.

Desde la primera visita del joven Ronceray, el abogado quedó casi conquistado. Vió con placer que Mauricio no poseía ese tipo de belleza que los hombres creen de efecto irresistible sobre las mujeres. Su rostro desconcertaba por una extraña mezcla de fuerza y de debilidad: la frente, de enérgica curva, ocultaba casi los ojos de color claro y tímida mirada; al óvalo indeciso agregábase un mentón voluminoso.

El joven castellano recordó el pasado; lamentó discretamente el doble duelo que había herido a las dos familias; habló de su dolor, sacudido en rudas cabalgatas de cazadores en África; de su regreso a París, de su hastío de la vida mundana, de su deseo de tornar a Salettes y de fortalecerse en una sana existencia. Se expresaba en términos claros y concisos.

El señor Murel acogió afablemente a aquel joven respetuoso y atento que prefería su rincón provincial a París. Luego, ambos descubrieron una pasión común: la caza. Y atravesaron juntos los bosques de pinos y de encinas que cubrían los contornos de las colinas. Al regreso de aquellas excursiones, Mauricio apenas se detenía algunos instantes en Villa Murel; el tiempo de tomar algún refresco bajo el emparado, en el fondo del jardín. Con Julieta había reanudado su camaradería de adolescente desde la primera vez que le estrechara la mano. Al oírles conversar animadamente, el abogado creía rejuvenecer en diez años. El otoño pasó, delicioso.

De manera que cuando Mauricio Ronceray, en una de sus partidas de caza, insinuó el deseo de entrar en la familia del abogado, éste, ebrio de polvo y de sol, le escuchó con una secreta alegría. Pero, súbitamente sereno y compenetrado de la gravedad del asunto, suspendió la respuesta. Porque importaba, ante todo, conocer la fortuna y el pa-

LA DOTE

Por Miguel Corday

sado de Mauricio, así como el corazón de Julieta.

Para un abogado, es la cosa más sencilla informarse sobre la vida de cualquiera. El señor Murel había conservado sus correspondientes parisienses. Llamó, para mayor seguridad, a la puerta de todos, desde aquellos dedicados a los graves estudios de notario, hasta los agentes

cisión y de la voluntad, y que la sabía celosa de los secretos de su pensamiento. Sin embargo, desde las primeras palabras: "Hija mía, creo que nuestro vecino tiene grandes deseos de casarse contigo", conoció la verdad. Porque una onda de rubor invadió el rostro de la altiva y pura niña, tan netamente como el hilo rojo del alcohol as-

EL ARREGLO DEL COGOTE



EL PELUQUERO.—¿Afeitado o lavado?...

especializados en las encuestas íntimas.

Una vez enviadas sus cartas, se percató de que era mucho más fácil descubrir la fortuna y la moralidad de un vecino, que el corazón de su propia hija; tanto más cuanto que él había educado a Julieta en el gusto de la iniciativa, de la de-

ciende en el tubo del termómetro bajo la acción de un sopro cálido. Y cuando él se animó a preguntar: "En fin, ¿te agrada a tí?", ella se dejó caer en sus brazos con un: "¡Oh, papá!", donde toda su alma se fundía en un grito casi doloroso, como si la naturaleza quisiera que siempre haya sufrimiento en la ex-

presión de un gran amor.

El señor Murel sofocó en su corazón sus melancólicos celos. ¿Acaso no deseaba verla dichosa? Pero, guiado por este mismo éxito de la felicidad, no quiso decidir nada antes de haber recibido los informes que esperaba de París.

Cuando llegaron, se precipitó sobre aquellas cartas que iban a decidir el porvenir de su hija. Todas eran idénticas. Le dejaron estupefacto, aplanado: el padre, el señor Ronceray, se había suicidado, al verse arruinado por descabelladas especulaciones, acosado de deudas causadas por sus despilfarros y por el juego; algunos meses más tarde, la esposa moría de dolor. El hijo había heredado la sangre paterna: había devorado los últimos restos de la herencia materna en la misma forma: y no se había refugiado en su provincia, sino como supremo recurso, como una bestia perseguida, acosada, va a ocultarse en su madriguera. Todo lo que había dicho era mentira: falsas sus cacerías en el África, pues allí había estado expiando no se sabía qué turbia historia de malversación a las compañías de disciplina; falso el proyecto de definitivo retiro en el castillo de Salettes, que estaba totalmente cubierto de hipotecas próximas a vencer. Evidentemente, la dote de Julieta, aquella dote de que el abogado se vanagloriaba demasiado, era la única que podía salvarlo del desastre. Refugiado forzosamente bajo el techo paterno, había debido entrever, desde el primer día, aquella triunfante salvación.

¡Pero, con qué astucia, con qué conciencia de comediante se había encaminado hacia su objeto! El abogado comprendió ahora la prodigiosa influencia que Mauricio Ronceray ejercía sobre ellos mismos. Y reconoció que sin pensarlo se había apropiado hasta de los gestos, de las opiniones y del giro de frases del joven castellano; descubrió que éste conversaba demasiado con su hija en el transcurso de sus visitas; se asombró de esta fuerza de seducción escondida bajo tan discretas apariencias. Y se estremeció de angustia hasta el fondo de su paternal ternura, como desfallecen los viajeros escapados a un siniestro cuando piensan en el peligro que los ha rozado.

¿Cómo acogería Julieta la inesperada noticia? Murel decidió no mostrarle las cartas, de las cuales ciertos detalles hubiesen ofendido su pudor. Turbado al pensar que ella iba a sufrir, la habló dulcemente:

—Hija mía, temo que nuestros proyectos no sean realizables... Me han informado. El estado financiero de Mauricio Ronceray...

Pero ella le interrumpió, irritada:

—¿Qué importa? ¿No soy yo rica por los dos? Tú mismo has dicho muchas veces que mi dote compraría la dicha...

El no quiso hacerle conocer la verdad sino poco a poco, para no herir demasiado aquella alma sensible y vibrante.

—Pero es derrochador, desordenado...

—Yo le corregiré — replicó ella.

—Bien comprendes que no te lo digo todo — dijo el padre, animándose poco a poco. — Tiene otros defectos, otras taras incorregibles. Te arruinará...

Yo soy la piedra inmóvil...

Yo soy la piedra inmóvil. Junto al camino vivo, el árbol envidioso de la nube andariega: estoy sentada y muda al borde de la vida, mientras la senda sigue su marcha hacia el futuro.

Pasan inquietos seres: caminantes, arrieros, parejas enlazadas y familias contentas: chiquillos juguetones hirvientes de energías: pasan ancianos, pasa la juventud; se van...

!Pasan... pasan...! Yo siempre en mi lugar estoy; soy la piedra sentada un día y otro día; el árbol, engarzado en la misma actitud: árbol... persona... piedra. ¡Ya no sé lo que soy!

LUISA LUISI.

—Pero tú, papá, tú sabras impedirlo — respondió Julieta, con una nerviosa sonrisa.

—¿Cuánto tiempo podré velar por tí, mi pobre hija? Tengo sesenta años. Y él lo obtendrá todo de tu debilidad... No, no, no lo pienses. Hija mía, hay cosas indecibles; pero que un viejo como yo siente demasiado bien. Créeme. Mauricio te hará desdichada. ¡No quiero, no! ¡Yo no quiero que sufras!...

Sollozaba. Ella desesperada y resuelta, exclamó aún:

—Pero, papá, yo lo amo. ¿Y quién te dice que él no me ama también, que no sabrá evitarme toda pena?

—Te he dicho que lo que quiere es tu dote, nada más que tu dote...

—¿Qué sabes tú? — respondió la joven encogiéndose de hombros.

Entonces el anciano comprendió que estaba frente a una voluntad nacida de la suya, frente a otro "yo", como ante un espejo. Tembló al no poder reducir aquella energía tan semejante a su propia fuerza. Sabía capaz a su hija de resoluciones extremas. Recurriría a la fuga. O le obligaría a dar su consentimiento. O esperaría... Sí, la sabía capaz de todo, porque ella amaba... ¡Dios mío! ¿Cómo salvarla de sí misma? Y, de pronto, en su espíritu febril, surgió el remedio heroico. Entonces, cesó de luchar contra su hija.

Aquella misma tarde, después de haberse encerrado por largo tiempo en su aposento, se dirigió hacia el castillo. Llevaba bajo el brazo su cartera de abogado, tan repleta que parecía iba a estallar. Encontró a Mauricio, discreto e irreproachable.

—¿Qué le trae a usted por aquí? — preguntó en seguida el joven.

—Pues bien—dijo Murel,—iré derecho al asunto. Mi hija le ama. Pero yo he sabido su pasado. La ruina, el juego, el resto. Y las engañosas historias que nos hizo creer. Comprendo, comprendo: el ejemplo, el atavismo... Claro está: no es culpa suya. Pero, por eso, no quiero que mi hija sea desdichada. No tengo más que a ella en el mundo, usted lo sabe. No viviré mucho tiempo, y no quiero morir pensando que ella sufre por usted, a causa de usted. Veamos, hable sinceramente, como lo he hecho yo. Usted no la ama, ¿verdad? Esta unión... es la salvación de usted. Sea franco. Usted, que es jugador, descubra sus cartas. No perderá. Veamos, confíese...

—Pero... señor... ¿quién le ha informado?

—¡Ea, su misma pregunta es una confesión! No me engañaba. Quiero seguir hablando con franqueza. Conozco a mi hija. Ella le esperará, le seguirá al menor signo que usted le haga. Ya ve usted, no le oculto nada. Pues bien, aléjese de ella, se lo suplico. Sí, comprendo; no quiere hacerlo porque se siente dueño de la situación y quiere ser rico. Pero yo he previsto su resistencia: ¡puesto que no es mi hija quien usted quiere, sino a mi fortuna, tómela, llévesela, pero váyase! No reaparezca más, nunca más. ¿Qué le puede importar esto, ya que tiene lo que desea? Vamos, tome el dinero.

Y le tendía la repleta cartera de cuero, mientras el otro retrocedía, sin osar tender las manos.

—Esto le sorprende — continuó el abogado. — Pero es muy lógico, en el fondo. Usted sabe que yo he trabajado para amasar esta dote. Era para comprar la felicidad de mi hija. Entonces, tengo el derecho

de emplearla a mi antojo. Darle a usted el dinero a condición de que sólo se quede con él, es también adquirir la felicidad para mi hija, puesto que la salvo de la desgracia. Además, con esto, ella comprenderá que yo tengo razón, que usted no la quiere. Vamos, sea valiente, a su vez. No se avergüence. Mire, aquí está la dote, sobre esta mesa. Se la dejo. Todo está en regla. Ella será la única que sabrá la verdad.

Y el viejo notario oyó de sus labios algo inaudito, inesperado, que produjo en su espíritu una conmoción de sorpresa y alegría.

—¡Oh, señor Murel, deténgase!... ¡Deténgase... y recoja ese dinero!... ¡Acepto... debo aceptar la humillación con que ahora usted me castiga!... ¡La merezco! Mi vida disipada justifica su severidad y sus temores... Pero...

La voz se ahogaba en su gargan-



VINO TORO

Es el vino que, por ser insuperable para la mesa, debe elegir todo aquel que quiera acompañar una buena comida con un buen vino.

BEBE VINO TORO

Se vende en botellas de litro y en cascos

BODEGAS Y VIÑEDOS GIOL, Soc. An.

CANGALLO 434 BUENOS AIRES

Pero váyase para siempre, ¿comprende? Déjeme a mi hija...

Y diciendo esto, el anciano hizo ademán de retirarse. Pero, pálido, tembloroso, presa de una emoción tan intensa que llenaba sus ojos de lágrimas, Mauricio le cerró el paso, no le dejó salir.

ta y tuvo que interrumpirse un instante para tomar aliento.

—Pero... a pesar de que sus informaciones a mi respecto son verdaderas... le aseguro que no son completas... ¡No, señor Murel! Porque usted ignora que... ¡Quiero ser absolutamente sincero con

El hombre y su imagen

Un hombre enamorado de sí mismo estaba persuadido de que era el más hermoso del mundo, sin que bastara para desengañarle de su error la mejor luna de Venecia. Para él todas eran malas, y dominado por su idea, vivía el buen hombre contento y feliz; pero como si la Providencia quisiera curarle de su locura, dondequiera que iba encontraba algún espejo que retrataba fielmente sus defectos físicos. Aburrido ya, fué a ocultarse en un bosque, a fin de no ver nunca los mudos testigos de que se sirven nuestras damas; pero quiso la casualidad que hallase al paso una fuente, en cuyas cristalinas aguas se reprodujo su imagen, e irritado entonces al ver desvanecidas sus ilusiones, puso fin a su existencia.

Nuestra alma es ese hombre enamorado de sí mismo; los espejos son las necesidades de los hombres, y la fuente cristalina podría compararse con el libro de máximas de cierto personaje histórico.

uste! En un principio, mi acercamiento a Julieta obedecía, sí, a un fin mezquino, al deseo de apuntalar mi situación pecuniaria desesperada... Pero luego, poco a poco, ella, su amor, su ciega confianza en mí, han operado un cambio completo en el Mauricio Ronceray que he sido... y que ya no soy... ¡No pretendo que usted me crea ahora, hoy!... Sería una pretensión absurda... Pero sí deseo, se lo suplico, señor Murel, que usted diga a Julieta... que la amaré a ella sola, sin su dinero, sin nada más que el cariño que he sabido despertar en su alma y que ha tenido la virtud de hacer de mí un hombre nuevo... Mañana mismo saldré del pueblo... Me iré lejos, muy lejos, donde nadie me conozca... Trabajaré, lucharé, borraré con mi empeño y mi perseverancia el recuerdo de la vida vergonzosa que hasta ahora he llevado... Nunca es tarde, ¡cuando nos alienta una esperanza!...

Y con voz en la que los sollozos pugnaban por escapar, añadió:

—Si ella tiene fe en mí... volveré... volveré lo antes posible... cuando pueda demostrar que sólo ansío su amor... hacerla dichosa... ¡Dígaselo, señor Murel, y recoja en seguida su dinero!...

La televisión

La televisión es un ideal hacia el que caminan los hombres de ciencia del mundo. Aparte de dificultades inherentes a todo invento, el problema de la televisión no es difícil. Su teoría general consiste en proyectar una imagen en una celda sensible a la luz, en forma fragmentaria. Cada una de las pequeñas partes en que está dividida la imagen hace que la celda sensible a la luz envíe una corriente eléctrica proporcionada a la luz de su área. Las partes oscuras de la luz enviarán corrientes débiles, y las iluminadas, corrientes fuertes. En la estación receptora estas corrientes gobiernan una fuente de luz que se proyecta en una mampara, en exacto sincronismo con la proyección de la imagen de la estación transmisora, y el proceso se desarrolla tan rápidamente, que, debido a la retención de las imágenes en la retina del ojo, la serie de transmisiones aparece como una sola en movimiento.

Diversos aparatos se han empleado en las pruebas. Uno de ellos consiste en una caja de unos 90 centímetros por 60 y por 30, con una especie de caperuza que se proyecta en uno de los lados. Dentro de esta caperuza hay una lente, en donde se ve la imagen transmitida a distancia, y este aparato se pone en combinación con la radio y un altavoz, de modo que se podrá oír y ver al locutor o conferenciante al mismo tiempo. En los ensayos se vió y oyó a la persona encargada, cuya imagen apareció en blanco y negro, y se veía el menor movimiento de sus facciones, cambiando las sombras conforme a la expresión del rostro.

Aquella noche, cuando Rafaelillo se acostó, sus ojos permanecieron fijos, clavados, en la penumbra de al alcoba. Esa primera emoción parecía que separaba las fibras de su virginal corazoncito; y el silente dolor cristalizaba en sus ojos precoces la esterilización de su congoja. Sollozos entrecortados sacudían su pecho y las lágrimas lentamente corrían por su mejilla, produciendo una tibia irisación y desaparecían en la comisura de su boca, tal vez para volver a lo más hondo de sus entrañas. A veces, sumido en una abstracción profunda, sus sentidos se anestesiaban con la estagnación en su retina de la escena trascendental que dibujaba aquel primer encononazo del destino que sacudió, derribándola, su regocijada existencia. Y así fué como apareció entre la penumbra del aposento la efigie de su adorada maestra. Ella le había enseñado las primeras letras con una dedicación especial; él, en aquel entonces, se distanciaba del libro, aborreciéndolo casi; ella, catequizándolo con voz de matices suaves, había realizado el milagro de reconciliarlo con el inofensivo libro. Sus manos blancas y finas, transparentes como la porcelana, más de una vez se posaron en sus mejillas acariciándolo, y fijando en su carita sus ojos melancólicos, velados de vez en vez con un destello interior donde parecía recogerse su espíritu indulgente. ¡Oh, aquel instante! ¡Qué de sensaciones, ligeramente esbozadas, desfilaron por su mente en un vértigo que no lo dejaba aprisionar alguna, dejándolo confuso, como si su cerebro fuera de otro.

Ella, comprendiendo su rubor, le mandaba a su banco y llamaba a otro alumno a quien también acariciaba maternalmente, después a otro, a otro, y, así, sucesivamente, hasta encontrarse con el más torpe y huraño, que con sus rebeldías hacía reír a toda la clase. Después sonaba la campana. Su sonido metálico, siempre golpeaba en su corazón como si fuera también otra diminuta campanita que sonara con aquella vibración que lo hacía soñar con la vida despreocupada. Y aquel tropel de caritas alegres salía al patio, bullicioso, con la inconciencia de la libertad, sumergiéndose en la algarabía de sus juegos infantiles.

Pero todo eso se borraba de sus ojos, pasaba raudo, para dejar sitio otra vez a la escena que quedaría grabada en su recuerdo con relieves imborrables: él, en medio del salón de fiestas, había hecho entrega a la maestra, a la señorita Sara, del regalo de los alumnos, para que el día de su cercana boda lo llevara sujeto del cuello. Era una medalla sostenida por una cadenita de perlas pequeñas.

La maestra, con lágrimas que empañaban la belleza de sus ojos, algunas de las cuales mojaron su frente, recibió el obsequio y, con un beso inolvidable retribuyó el homenaje.

Pero lo que más lo entristecía, era algo que había oído comentar en la mesa de sus padres. Ellos habían dicho con mucha pena:

La maestra infantil

Por Aníbal Ravagnán

—¡Lástima que su futuro esposo, sea tan jugador! — Por otra parte, es un excelente joven... Y esa noticia dolorosa se repetía en su oído, prolongando su eco hasta que se perdía con el sonido isócrono de un reloj.

Poco a poco el enervamiento fué sumiéndolo en las plácidas almohadas del sueño. Al dar el reloj las doce, la respiración de Rafaelillo era serena, sacudida de vez en

dad desconocida, que habían interrumpido el día anterior.

Casi al finalizar el pabellón se detuvo junto a una viejecita pálida, cuyos ojos muy negros miraban dulcemente, con una suavidad humilde, luchando por animar sus cuencas sombreadas por círculos violáceos al mirar al médico, cuya sonrisa infantil alelé en sus labios exangües, los cuales se humedecieron con el riego de dos lá-



—¿Cómo se va a llamar el chico?

—Un momento, padre, que aún no nos hemos puesto de acuerdo.

cuando con un tímido sollozo...

II

Una mañana, acompañado por otros colegas, el director del nosocomio, recorrió la sala de camas alineadas. Iba a auscultar a una anciana atacada de una enferme-

grimas.

El médico, sacó de debajo de las sábanas una mano de la enferma; entre sus dedos, aquello tan blanco pareció una rosa de pétalos marchitos. Tomóle el pulso; inclinóse sobre la viejecita y le desprendió la bata; sus ojos se clavaron en una medalla con cadena de perlas

El hombre que pasa

Es como un joven dios de la selva fragante este hombre hermoso y rudo que va por el sendero; en su carne morena se adivina pujante de fuerza y alegría un mágico venero.

Por entre los andrajos su recio pecho miro; tiene labios hambrientos y brazos musculosos, y mientras extasiada, su bello cuerpo admiro todo el campo se llena de trinos armoniosos.

Yo, tan pálida y débil, sobre el musgo tendida, he sentido, al mirarlo, una eclosión de vida y mi anémica sangre parece que va a ahogarme...

Formaríamos el tronco de inextinguible casa si a mi raza caduca se juntara su raza; pero el hombre se aleja sin siquiera mirarme!

AURORA ESTRADA Y AYALA.

pequeñas, que pendía de su cuello. En ese medio segundo, la memoria de Rafael retrocedió veinticinco años y emocionado, evocó a la señorita Sara, a su adorada maestra. Su alegría espontánea, al volver a verla, se desvaneció ante la cruel realidad. Por su cerebro pasó la visión de la tragedia de la anciana. Disimulando su nueva turbación, la contempló unos minutos más, y, siempre, sin decir palabra, colocó la mano enjuta de la viejecita debajo de las sábanas, y se retiró seguido de los otros médicos que no dieron importancia a su actitud.

La pobre maestra lo vió alejarse, comprendiendo que aquel silencio vaticinaba su próximo fin. Llorosa lo siguió con la mirada y luego con el oído, hasta que sus pasos fueron reemplazados por el rodar áspero de las hojas endurecidas del jardín, que empezaban a desprenderse del viejo tronco.

Entre dos luces, ya oculto el sol en el follaje de los álamos y eucaliptus del jardín, cuando la sala envuelta en una penumbra semiviolácea dejaba resaltar las camas en filas como largos fantasmas acostados, Rafael llegó hasta el lecho de la viejecita y la habló quedamente, dándose a conocer y consolándola, para sembrar en su apagado espíritu una nueva esperanza. Con lentos movimientos de cabeza, de un hombro a otro, la enferma oía sus palabras, sujetando entre sus manos las del director del hospital.

Esa misma noche fué trasladada a otra sala de reducidas proporciones. Allí estaría sola y mejor atendida.

Antes de retirarse Rafael conoció el infortunio que amedrentó el espíritu de su enferma.

La dicha que creyó haber conquistado, revoloteó fugaz dentro de su corazón. El hombre que la sedujo y que fué su esposo, destruyó la felicidad presente y la futura. La pasión del juego lo arrastró en su vorágine y una noche, después de haber perdido todo lo que poseía, epilogó su aventurada existencia arrojándose desesperado debajo de un tren.

Tenía una hija de veinte años que se recibiría de maestra. Era el retrato de su juventud. Vivían con el recurso de unas pocas lecciones.

Rafael escuchó el relato con honda pena; y en recompensa de lo mucho que había sufrido, le prometía devolverle la salud. La viejecita, que tenía reflejada en los ojos una piadosa resignación, sonreía trémula, dejando que en su ensombrecido espíritu llegase un rayo sutil de esperanza.

El médico cumplió su promesa; la enferma experimentó una levísima mejoría. Al mes del tratamiento, una mañana vestida de sol, pudo sentarse en el lecho. Ese instante lo esperaba con ansias para poder en esa actitud unir, cariñosamente, en sus brazos, las cabezas de Rafael y de su hija. Así los juntó; y, sobre la frente de cada uno, posó sus labios con un beso único, el más humano que había dado en su vida.

Los jóvenes enternecidos la acariciaron, mientras ella musitaba un rezo por la ventura eterna de sus hijos...



La higuera del fondo

Por Boy

Todas las casas donde uno habita van dejándole un signo en el corazón; pero nunca ese signo es tan hondo y persistente como cuando lo traza el recuerdo de la niña que a uno se le muere o el remordimiento del crimen que uno comete. Por esto último yo iba sintiendo la necesidad de dedicarle un capítulo a aquella casa de la calle San Salvador que adquirí para habitarla un par de años y que tenía en el fondo una higuera.

Era una casa práctica; nada más. La higuera estaba en el gallinero para proporcionar su sombra a las gallinas y sus higos a la gente. Cosas prácticas también. Sólo que inesperadamente pudo parecerme más práctico el aceptar la proposición de un vecino que se me presentó proponiéndome la construcción de un garage para su automóvil en el sitio en que se hallaba el gallinero.

Cuando cerramos el trato, el vecino entró al fondo de la casa, observó las dimensiones y dijo con frialdad:

—Lo primero que tiene usted que hacer es mandar que derriben ese arbolito.

—:—

Confieso honradamente que yo no había pensado en la higuera. Mi-

ré a mi mujer que estaba allí presente y noté que ella se había puesto a mirarme con la misma inexpressión confusa y turbia con que yo la miraba a ella. La verdad es que la higuera era un encanto. Muy nueva todavía, estiraba su tronco rectamente y mostraba una copa semiredonda completamente nutrida de hojas frescas, anunciando con alegre y vivaz pronunciamiento la proximidad de su primera cosecha. Además, durante los pocos días que llevábamos viviendo en aquella casa, la higuera había sido una fiesta para los niños, que jugaban al circo a su sombra. Habitados hasta entonces a vivir en casas cerradas, aquel arbolito primaveral que los ponía en contacto con la naturaleza, adquiría amplitudes sinfónicas de proporciones inmensas, desmesuradas, para sus almas ansiosas de aire y de luz. Yo no sabía qué decir, ni tampoco mi mujer. Pero el vecino, que pisaba tierra firme en el asunto, rompió la pausa de pronto agregando resueltamente.

—Eso es muy fácil. Con dos o tres hachazos, se acabó.

—Sí, — dije yo. — Parece que no queda otro remedio.

—¡Ah, claro! — repitió el hombre. — Sin arrancar ese árbol no hay manera de hacer nada.

Después de todo, el hombre era quien tenía razón. De manera que aquella misma tarde mandé a llamar a don Paco, el albañil, para que nos hiciese el presupuesto de la obra. Cuando se llegó a la cuestión de la higuera, don Paco fué a verla y dijo:

—Esto no es nada. Mañana traigo mi hacha y la derribo en seguida.

Retumbaron varios golpes en el fondo. El último quejido de la higuera llegó hasta donde yo estaba en aquel momento. Me asomé al gallinero y la ví caída ya, asesinada ya, a los pies de aquel don Paco que se limpiaba el sudor con la camisa. La tala había dejado en descubierto un pedazo de pared mal repellada y parecía como que empezaba a presentirse en el aire el sentimiento de desolación que iba a quedar en aquel fondo poco des-

pués, cuando ya se llevaran la higuera en el carro que aguardaba. El carrero, sentado en una rueda, sonreía mirando a don Paco. Consideraba lo vano del gran esfuerzo que aquel hombre tenía que derrochar por su falta de pericia como verdugo de árboles. Don Paco no sabía cómo arreglárselas ni qué herramientas usar para el descuartizamiento de la higuera, porque veía que la higuera no cabía por la puerta. El carrero gritaba:

—¡Con el hacha primero! Duro al cogote!

Finalmente saltó abajo diciendo:

—¡Ahora verá!

Y los dos se la llevaron arrastrando. Mis hijos, todos en fila, unos agarrados a otros y pegaditos a la pared, contemplaron el crimen con la mirada absorta, sin explicarse nada. A lo último corrieron a la calle para ver cómo se alejaba el carro con los despojos de la higuera. Cuando ya el carro se alejó, los chicos retornaron al gallinero y se quedaron sin saber qué les pasaba. Hasta que encontraron el modo de divertirse removiendo la tierra del boquete.

Entonces yo sentí en el corazón el signo que me ha dejado aquella casa.



Autopianos...

Cerciórese!

Por el mismo precio que Vd. paga un autopiano de marca desconocida puede Vd. comprar en mi casa el mejor autopiano, con máquina Standard, por \$ 1.650. Visite mi casa y se convencerá.



Sr. Lottermoser,

Rivadavia 853

Muy señor mío:

Sírvase remitirme Gratis su catálogo de pianos y autopianos a

Nombre.

Dirección.

.

FACILIDADES DE PAGO

LA CASA
MAS
ANTIGUA.

Lottermoser

BUENOS AIRES
Rivadavia 853

LA CANCION DE LA MAÑANA

Amanecí contenta de la vida
y me he puesto a cantar.
Afuera el sol derrama sus topacios
y el viento es un loco colegial
que corre en los campos. Me ha traído,
como una ofrenda nueva y estival,
brazadas de perfumes y en mi estancia
los ha venido así a desparramar.
Y sacudiendo el rosal, a cada rosa
le susurra lo que dijo el maizal.
Y ha recogido de las huertas tristes
todo rumor que sorprendió al pasar.
Atisbando en el jardín ha hallado
junto a mi puerta, un globo de cristal.
Lo tiró al suelo, haciéndolo pedazos
como diciendo: "aprende a no soñar".

Amanecí contenta de la vida
y me he puesto a cantar.
Canta también un grillo. Cada nota
de su canto es un viejo recordar
de otras mañanas claras que, como ésta,
me desperté contenta. Y al cantar
tengo el alma de fiesta. En todas partes
flor, trino, agua, yo quisiera estar
Luz que reverbera en todos los cristales,
y viento que corre como un colegial.
Mañana que eres luminosa y bella
fresca y aromada, yo quisiera estar
en todos tus átomos. Ser la Primavera,
Mi alma está de fiesta. Me he puesto a cantar.

NADA MAS

En una noche blanca, aromada de azucenas
iré a buscar tus ojos. Si me ves al llegar
pensarás en un sueño que te dejó despierto
creyendo que aún dormías; quieto te quedarás.

Yo llevaré en mis manos temblorosas y tibias
la lámpara votiva encendida de amor
como un astro en la noche. Al brillo de sus luces
tú dirás sorprendido: ¿Qué es esto? — ¡Un
corazón! —

te diré dulcemente. Y allí en tu solitario
apuesto de ensueño y sobre un velador
dejaré yo mi lámpara y hasta tu cabecera
llegaré silenciosa; seré allí un resplandor.

—Alejáis espíritu que has velado su sueño—
musitaré en las sombras—yo aquí me quedaré.
Son míos esos ojos y he venido a buscarlos
—¡Alejáis espíritu; ahora yo velaré!

Y pasaré mis manos sahumadas de azucenas
por tus ojos cegados por repentina luz.
Serán dos mariposas volando suavemente
sobre tus ojos tristes.—¿Qué es esto?—dirás tú.

Y al pensar que es un sueño que te dejó
creyendo que aún dormías; quieto te quedarás.
Yo pasaré mis manos por tu pálida frente
y tu boca ardorosa que ardor transmitirá

a mi sangre dormida bajo el ala de inmenso
deseo de tus ojos, tus ojos, nada más.

¿SON LOCOS? ¿SON NIÑOS?

Y cuando nos vean pregonando dichas
¿son locos? ¿son niños?—dirán los ingenuos
y los que no saben de grandes amores.
¿Son locos? ¿son niños? Nosotros reiremos.
¿Conocen acaso ellos la alegría
de sentirse amados con amor intenso?
¿Entonces qué saben ellos de locuras?
Y locos de alegría nosotros iremos.
—¿Desde cuándo me amas?—Desde que yo era
la nada, un átomo, una estrella en el cielo
y al verte mi alma se deshizo en rimas
como el sol deshace a un trozo de hielo.

Nuestros poetas

María Esther Deretich



Sin buscar el halago, en su rincón de paz y de silencio, como la abeja burila su panal en el reinado de un día de sol, hay en nuestro ambiente intelectual muchos espíritus femeninos que, sin querer romper la malla de su ensueño, se sumergen en su mundo interior y viven su verdadera vida de consagración al arte.

Muchas veces es de lamentar que almas llenas de resonancia, y predisuestas al encantamiento, no busquen el repique de la forma y se aislen como temerosas del contacto con la humanidad.

La señorita Deretich está en el número de estos espíritus selectos y delicados. Amante de la gaya ciencia, con un ser impresionable, dió hace algunos años una novelita de ambiente, que fué aplaudida por la crítica sana y sobre la que recibió merecidos elogios. Como escultora, sus obras de una gran revelación de líneas y de estados de alma, ha sido una de ellas adquirida para el Museo de La Plata. Esto, indudablemente, pone a la artista en un plano superior, pues nosotros opinamos que es la primer escultora que tiene en tal museo una obra de esa naturaleza.

Escribe versos, la señorita Deretich, espontáneos, fluidos, elegantes. Quizá la verdadera pulidez académica resienta la armonía de muchos de ellos, pero, la emoción — alma del verso — supera esos giros líricos donde ha encerrado su verdadero "yo".

María Esther Deretich, necesita de menos modestia para poder colocarse a la vanguardia de sus contemporáneas, y dar sus endechas sin temor, con la espontaneidad del trovador de los bosques, del viento milenar y del mar; poetas por excelencia que no temen y se manifiestan desde siglos.

—Yo a tí te esperaba hace mucho, sabía que era así tu rostro y tus ojos serenos
Tú, el predestinado, el que llegaría
a encender mi lámpara con luz de fuego.
Y fueron tus ojos y fueron los míos
los que se encontraron, los que se encendieron.
—¿Es cierto? ¡Qué bello! ¿Entonces es más
grande
nuestro amor que todo, todo el universo?

¡Oh, la dicha inmensa de sentirse amado
de sentirse grande, de sentirse bueno!

¿Son locos? ¿son niños?—dirán asombrados
los que nos encuentren con los rostros llenos
de un algo infinito, de una luz intensa
cuando poseídos por un mismo anhelo
yendo por el largo camino sembrado
de las juveniles canciones de ensueños
me dirás con tus ojos fijos en los míos:
—¿Para siempre?—¡Siempre!, te diré y seremos
dos frases vertidas en un solo canto
o como dos estrofas de un mismo verso.

Y cuando perdidos en las lejanías
¿son locos? ¿son niños?, seguirán diciendo...

EL LENTO ESPERAR

¿Cuándo llegue el amor no estaré muerta?
¡Oh, Señor, es tan larga ya esta espera!
¡Han pasado ya tantos mediodías!
¡Tantas auroras! ¡Y ya tres primaveras!

¡Oh, Señor, oh Señor, si me dijeras
que un día vendrá, le esperaré de hinojos
las manos sobre el pecho y todo el fuego
del corazón lo llevaré a los ojos!

Toda mi voz será un murmullo suave
para la bienvenida. Toda el alma
se anegará en dulzura, conmovida
por la honda alegría de su llegada.

Pero, ¿cuándo, Señor? ¿No estaré muerta?
¡Tanto soñar y soñar en esta espera
que se cierran mis ojos! ¿Faltan muchas
auroras? ¿Y cuántas primaveras?

LA CANCION DIAFANA

Y por los prados lentamente iremos
al rítmico compás de las baladas
que cantan los pastores y que el viento
nos trae entre el vibrar de las campanas

de la lejana iglesia que se esfuma
entre la bruma opaca de la tarde
que del oriente avanza como una
ilusión de violáceas vaguedades.

Nos sentaremos en la fresca hierba
como dos peregrinos descansando
y ceñiré en tu frente de poeta
un halo con las hojas de amaranto.

Y nos diremos los lejanos sueños
que agitan nuestras almas. Largamente
se apagará la tarde. Ante el inmenso
panorama dormido, refulgente

se encenderá una aurora en las pupilas
animadas de intensos resplandores
Y cantarán los bosques la imprecisa
canción de melancólicos rumores.

Y si al llegar la noche silenciosa
aún nos hallamos en los verdes prados
me volveré como un ave miedosa
que se refugia en tus robustos brazos.

Regresaremos, oh! sí, impregnados
de aromas de los campos y los bosques
La alegría en los ojos, y en los labios
la pureza de los castos amores.



Yo no he asistido a la escena, pero adivino lo que debe haber ocurrido. Conozco muy bien a los Ginoux. Colette es una alocada, y Pedro un mocetón que oculta, bajo un aspecto de idiota, la más temible astucia y la más firme voluntad.

La escena — lo juraría, — ha de haberse desarrollado así: Pedro ha entrado con un paquete y Colette ha saltado llena de gozo y palmo-teando.

— ¡Ya sé lo que es! ¡Ya sé lo que es! — ha gritado. — Es el regalo para mí. Sí, sí. Por mi aniversario. ¿Verdad que es mi regalo?

— Casi, casi — ha respondido Pedro eludiendo una contestación directa.

— ¿Cómo, casi, casi? ¿Qué quieres decir con eso? ¡Casi! Es mi regalo, y quiero verlo en seguida.

— ¡Míralo!

Ella ha querido verlo.

El tiempo necesario para irritar-se los nervios al querer desatarlo... Las cintas de los paquetes que se tiene mucho interés en abrir, ponen una malicia especial en no desatar-se... y jamás se encuentran rápidamente las tijeras... — y el contenido quedó al descubierto.

Es un pequeño vaso etrusco, en cuyo exterior, unas damas cuya túnica se sostiene de un modo especial, y cuyo semblante es dionisiaco, levantan la pierna, mientras unos efebos tocan la flauta.

— ¿No está mal, eh? — ha dicho Pedro. — No está mal, principalmente si se considera el precio: ocho francos noventa y cinco céntimos en el bazar "El Paraíso".

El semblante de Colette ha reflejado incredulidad e indignación. ¡No era posible! Pero, sí. Pedro ha hecho, con toda gravedad, un gesto de aprobación.

— ¿Y tienes el descaro de ofrecermelo para mi aniversario un regalo de ocho francos, noventa y cinco céntimos?

— ¡Pero, criatura! Qué mal me conoces. No. Yo no soy hombre capaz de ofrecerte un obsequio de esa especie. Yo te ofrecería regalos de quinientos francos...

— ¿Y entonces?...

— Eso está un poco oscuro... Pero voy a tratar de explicarme. Tú mereces un obsequio de precio, Colette, porque eres deliciosa y porque te adoro. Pero esa cantidad no puedo gastarla porque no soy rico, y tampoco deseo pedirla porque no es necesario.

Observa mejor, ese vaso. Su autor es un hombre de talento y ha copiado con suma habilidad y exactitud un modelo etrusco de los más antiguos. Cualquiera que no lo observe muy detenidamente, se engañaría. Contéplalo. Es de una encantadora delicadeza.

El dependiente que me lo vendió, en 8.95 francos, me ha garantizado su fragilidad. Al menor choque se hará mil pedazos.

Ahora, explicado esto, imagínate que invitamos mañana a nuestro amigo Jourdon. Tú conoces bien a ese seductor muchacho, que tiene una cualidad altamente preciosa: va marcando su paso por los salones, con una serie de desastres.

Desciende de una familia de nerviosos: cuando está sentado, tuerce los pies, resopla cuando está de pie, rompe la silla en que se deja caer, y derriba la vitrina inmediata cuando se inclina para besar la mano de la dueña de casa.

¿Te ríes, Colette? Es porque has comprendido?

EN MIL PEDAZOS

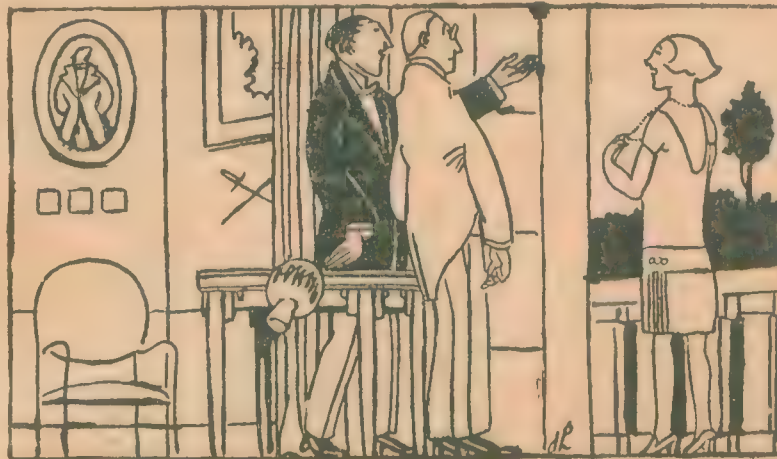
Por Andrés Birabeau

Será para nosotros cosa de juego hacerle admirar la magnífica obra de arte que acabamos de adquirir y la que estimamos en su justo mérito, y será un verdadero milagro si al tomarla entre sus torpes dedos, no la deja caer y... ¡Mil pedazos! Así me lo ha asegurado el vendedor... Con muchos menos bastaría.

Ese buen Jourdon es un hombre galante y sabe cuál es su deber. Perdería mi nombre si al día siguiente no te envía el hermoso regalo de quinientos francos que te he prometido...

en la casa dejó caer el sombrero y halló forma de pedir disculpas a una docena de muebles con los que tropezó. Luego se apresuró a sentarse.

Sin creerse tan peligroso, como realmente lo es, Jourdon confiese una cierta tendencia al desastre. Ha producido un cúmulo tal de catástrofes que por fuerza ha terminado por desconfiar de sí mismo. Por eso permanece durante las visitas todo el mayor tiempo posible sentado. Está menos expuesto así a cometer un desastre.



— Consigue, a fuerza de habilidad, hacer levantar a Jourdon, hacerle volver de espaldas y ¡trac! para mayor seguridad, empuja con la mano el vaso, que cae al suelo.

Colette, la alocada, ha encontrado esa invención de su Pedro de lo más encantadora, y estoy seguro de que ha saltado al cuello de su esposo, diciéndole con admiración y agradecimiento:

— ¡Qué canalla eres!

Ya he dicho que conozco bien a los Ginoux, y hubiera adivinado también la escena que siguió, si el mismo Jourdon no me la hubiese referido.

Lo que Jourdon no me ha dicho por razones que se explican, pero que yo también sé, es que al entrar

Por otra parte, en el salón de los Ginoux se encuentra con cierta libertad. No es uno de esos salones llenos de muebles y objetos por entre los cuales pueden sólo circular personas sumamente hábiles; esos salones en que los muebles están cargados de estatuillas preciosas, bibelots mal equilibrados y en que el piso está casi cubierto de almohadones.

No hay que hablarle a Jourdon de los almohadones y alfombrillas, los considera como trampas para personas. No, el salón de los Gi-

noux está provisto de los muebles indispensables y en él los objetos de valor son muy raros: los Ginoux no son ricos.

Jourdon, participa, de lejos, de la emoción de Colette, quien declara que no se desharía de un objeto así, ni por mil quinientos francos... y aun más, porque Colette, ¡al fin mujer!, ha pensado que no había razón en detenerse en la cifra convenida de quinientos francos.

— Sí... Sí... — asiente Jourdon. Pero no se mueve. Ya puede Pedro ponerle el vaso ante los ojos, no hay peligro de que lo toque. Sabe bien que tiene manos de algodón.

Fallado el golpe, Colette mira a Pedro, y hace un gesto de desaliento, mientras él tomando aires de superioridad coloca delicadamente — ¡atención! — el vaso sobre una mesa. Está anonadado.

Pero eso no dura mucho, porque en seguida halla la solución.

Consigue, a fuerza de habilidad, hacer levantar a Jourdon, hacerle volver de espaldas y ¡trac! para mayor seguridad empuja con la mano el vaso, que cae al suelo.

¡Un ruido! ¡Un grito! ¡Mil pedazos! La que ha gritado es Colette. — ¡Oh! ¡Mi hermoso vaso!

Pero, a duras penas, puede contener la risa.

— ¿He sido yo? ¿He sido yo? — pregunta Jourdon enrojecido.

— Sí. El faldón del jaquet... Al volverse...

Siguen las protestas diversas: Jourdon se excusa bien... ¡Está tan acostumbrado a ello!

— Pero no es nada, mi querido amigo. ¡No es nada! — repite Pedro tratando de imitar al hombre de mundo enfurecido, pero que se domina.

Colette puede contener cada vez peor la risa.

Jourdon, se siente mejor después de la catástrofe. Pareciera que sólo esperaba eso para sentirse más a su placer. Ha recogido los pedazos del suelo. Se disculpa de nuevo, pero con la confianza de un hombre que reparará el daño causado. Sabe hallar una retirada rápida, digna, perfecta.

Al quedarse solos, Colette salta de nuevo al cuello de Pedro.

— ¡Bien representada la comedia! ¿eh? — dice él. — Tú tendrás tu regalo de quinientos francos.

Al día siguiente llega, en efecto, un paquete con una carta de Jourdon. Mientras Colette, febril y contenta corta la cinta que envuelve el primero, Pedro lee la segunda.

— Mis queridos amigos, al pedir disculpa, una vez más, por mi torpeza, tengo la satisfacción de repararla por completo.

— Temía no poder hallar un equivalente al vaso que rompí, pero al recoger ayer los restos vi que en uno de ellos había quedado pegada la etiqueta. He encontrado, pues, en "El Paraíso", un vaso "exactamente" igual a que en tanta estimación tenían ustedes. Tan igual es que considero que no creerán que es otro que el que yo tan torpemente rompí.

— "Me disculparán nuevamente..."

Conozco a los Ginoux: Colette, que es una alocada, habrá considerado oportuno ofrecerse una crisis de nervios; y Pedro, que es un grosero, habrá lanzado espantosos juramentos.

LA CALUMNIA

Un viajero pasaba un día a caballo por un bosque; un perro que dormía en el camino se despertó sobresaltado por el ruido y se puso a ladrar, a saltar en torno del caballo y a morderle las patas. El caballo comenzó a galopar y entonces, irritado el jinete, dijo al perro que se entretenía en seguirlo:

— No tengo ninguna arma con qué librarme de ti; pero llevo en la boca un medio seguro de venganza.

Al llegar al pueblo inmediato el viajero gritó:

— ¡Perro rabioso! ¡Perro rabioso!

Al oír este grito, los habitantes salieron de sus casas, armados de palos, horquillas y fusiles, y el pobre perro fué muerto cruelmente al instante.

¿De qué arma terrible se había servido el viajero? De la calumnia, que mata en ocasiones con más seguridad que una puñalada en medio del corazón.

"Sólo las almas ruines y degeneradas usan la calumnia".

La oveja perdida

Por Juan López Núñez

La diligencia se alejaba, y viéndola correr se hallaban los viejecitos lugareños, que otro día —ya hacía muchos años— la contemplaron con indescriptible emoción. Las circunstancias eran las mismas; pero ¡qué espantosa variación la que los hechos sufrían! La hija ausente tornaba al antiguo hogar; mas la que regresaba no era la antigua zaga de quince años, ambiciosa y pobre, sino una gran señorita llena de afeites y de galas, teñido el pelo, elegante, dispendiosa, pródiga.

Y entonces fué cuando el tío Domingo, su infeliz padre, adoptó aquella heroica determinación de negarse a recibirla en la misma casuca donde envejecieron él y su pobre mujer, dignos y honrados, felices y tranquilos.

¡Qué triste historia la que allí se desarrollaba! Era la eterna canción, el poema eterno de la virtud destruida, de la inocencia ultrajada, de la paz de la conciencia rota! Y allá, sirviendo de fondo al cuadro de aquel infortunio, las azules montañas, que en el fondo se recortaban, recibiendo los últimos besos de un sol moribundo...

¡Qué soledad tan cruel la que esperaba a los desventurados viejecitos. La hija pronto se consolaría. La maldición paterna pronto sería olvidada por la que tornaba a recorrer el mundo entre aplausos, gloria, lisonjas, plácemes y galanteos. El mal siempre tiene una fuerza aparente y lisonjera. Los senderos son fáciles y halagüeños; ¡y la voz de la conciencia es tan tímida, generalmente!...

Los jornaleros que tornaban de sus faenas campestres contemplaban al matrimonio con lastimosa curiosidad. De todos era conocida aquella vulgar novela. Y unos compasivos y otros con indiferencia, comentaban a su antojo lo que allí había sucedido.

—¡Con qué cuidado la crié! — dijo la madre.

—¡Calla! — dijo el iracundo esposo.

Y cerrando las manos, amenazaba desde lejos a la fugitiva.

—¡Ha sido siempre tan buena! — gimió la infeliz mujer.

Y como si estas palabras hubieran sido las que aguardaba el tío Domingo para que su cólera se disipase, vertió al oír las dos lágrimas que rodaron por sus tostadas mejillas.

—¡Pobre hija! — volvió a decir la madre.

—¡La oveja perdida! — añadió el hombre.

Y a su memoria trajo el recuerdo de aquella hija que se alejaba de su lado y que nunca volvería a ver.

Siempre había sido obediente, bondadosa, apacible, alegre. De chica había maravillado a todos por su inteligencia y su corazón. Pero los pobres tienen que ganarse penosamente la vida y apenas cumplidos los quince años vióse en la triste necesidad de marchar a la ciudad cercana a prestar servicio en una casa donde su domesticidad había de ser convertida pronto en afrentosa sumisión de esclava. El señorito holgazán y burlador, inevitablemente había de surgir, lo mismo que los lobos surgen en las noches invernales ante las medrosas ovejas que huyeron de su redil, lejos del pastor celoso guardador de su ganado.

Después, ¿para qué decir? De abismo en abismo, habíase ido hundiendo; pero para elevarse al cielo de la perversión y de la riqueza. La zagala convertíase en mujer de mundo; la moza del pueblo, en producto infamante de la gran ciudad; la pobre aldeana, en señorita de moda; la oveja, en alimaña feroz, insaciable y vampíresa.

Y he ahí que cuando, hecha a mandar a to-

dos y a dominarlos, acostumbrada ya al aguijón y a la adulación, quería volver a los lugares de su nacimiento y comprar acaso la admiración paternal con las riquezas adquiridas Dios sabía a qué precio, hallábase con la fiera dignidad de un noble y pobre varón que se negaba a recibirla y que públicamente la maldecía. Y, humillada y dolorida, tenía que volver al escenario de sus mundanos triunfos, sin haber podido dormir una sola noche en la misera camita donde las noches de su infancia se deslizaron...

Triste era el regreso. Abatida la mujer, algo alejada de su viejo esposo, caminaba por la desierta carretera. Caía la tarde. Las esquilas del ganado que tornaba al aprisco sonaban dulcemente. Todo era acariciador y sereno. Y, co-

mo si en el ambiente faltara algo, pronto se oyó a lo lejos la campanita de la iglesia del lugar que tocaba el *Angelus*...

Cefundo el hombre, sentía su corazón destrozado. Su fortaleza se destruía. Pensaba en las noches de aflicción que le aguardaban; en la horrible soledad de sus vidas, en su pobre mujer, en él, en todo; en aquella misma hija maldita que él había arrojado de su hogar. Y sin poderse contener dijo a la infeliz esposa:

—¿Verdad que he sido muy brusco? ¿Por qué la has dejado ir?

Y los sollozos de la pobre madre ahogaron las palabras del tío Domingo, que apenas si tuvo fuerzas para recibir en sus brazos a la compañera de su vida, que se desplomaba. Y juntos lloraron, y las primeras estrellas de la noche entrante vieron las lágrimas del tío Domingo, que lloraba por vez primera en su vida.



Un
cerebro
nuevo

Para tener un cerebro como nuevo y volver a trabajar con la energía, entusiasmo y provecho de siempre, es necesario tomar

NUCLEODYNE

(EL TONICO QUE DA FUERZAS)

Conviene a los deprimidos, pesimistas e indiferentes, que se vuelven enérgicos, entusiastas y optimistas, pues la NUCLEODYNE es un estimulante del espíritu que exalta la personalidad.

La NUCLEODYNE es probablemente el mejor tónico que existe. Entran en su fórmula: fósforo fisiológico, alimento de las células; estricnina, tónico de los nervios, y zumo testicular de toros, que favorece la función de todas las glándulas del cuerpo.

La NUCLEODYNE es un alimento cerebral que hoy y por mucho tiempo será insustituible.

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmento y Florida

Buenos Aires

Demostración al ministro de España, señor Dánvila



Con motivo de haber sido recientemente ascendido el ministro consejero de la embajada de España, señor Alfonso Dánvila y en ocasión de su partida a Montevideo, donde debe desempeñar la legación de aquel país, las sociedades españolas le ofrecieron un banquete en los salones del Club Español, acto que alcanzó gran lucimiento. Brindó la demostración el presidente de dicha institución, doctor Fermín F. Calzada, a quien contestó el distinguido diplomático agradeciendo el homenaje de que se le hizo objeto. También hicieron uso de la palabra los doctores Justo López de Gomara y Angel L. Sojo.
—Vista de la cabecera de la mesa.



Kermesse de caridad en el Club Belgrano



Con la asistencia de numerosas familias realizóse en los jardines del Club Belgrano, la primer kermesse a beneficio del dispensario de la Cruz Roja, establecido en dicha localidad. — Dos de los quioscos que funcionaron durante la fiesta.



Señoras Amalia Clusellas, Emelina M. de Tarsia, Fermína de Cefaly, María Luisa R. de Ferrier, María Luisa B. de Roldán, Carmela H. de Burmeister y otras damas que dieron realce al acto.

Fiesta en honor de la Sra. Regina Pacini de Alvear



Ofrecidos por la Universidad Intendente Alvear, en honor de la señora esposa del Presidente de la República, realizóse a bordo del vapor "Giulio Cesare" un te y danza que alcanzaron brillantes proporciones. La esposa del primer magistrado concurrió acompañada de las señoras María Teresa Pearson Quintana de Alzaga, Ana Bernal de Justo y Silvina Lynch de Estrada. — La señora Pacini de Alvear, a su llegada a bordo.



Algunas de las familias que asistieron a la fiesta realizada a bordo de la mencionada nave.



El comandante del "Giulio Cesare", capitán Mario Isnardi, rodeado de un grupo de concurrentes.

AUDICIÓN POÉTICA



Con el concurso de la notable declamadora señorita Wally Zenner, (que aparece a la izquierda) y de la prestigiosa guitarrista, señorita Maud Metcalfe, (a la derecha), llevóse a cabo en el salón teatro Cangallo 1362, un lucido recital poético, a beneficio de la Asociación Casa del Niño.—En el centro: vista parcial de la concurrencia.

Verbena en el Círculo Andaluz



Organizada en honor del dramaturgo español, señor Gregorio Martínez Sierra, efectuóse en los salones del Círculo Andaluz una verbena típica del mediodía de España, a la cual asistieron numerosas señoritas, luciendo el clásico mantón de Manila.—El señor Martínez Sierra y algunos de los concurrentes, al servirse el lunch.



Señoritas de Randó, Madrid, Durán, Soto, Alarcón, Achenique, de Lara, España, Solar, Carmona, Ramírez, Salas, Clavijo, López de Linda, Morón, Cruz y otras, que dieron atractivo a la fiesta.

Bibliografía



Señor Carlos Mastronardi, conocido poeta, cuyo último libro "Tierra amanecida", ha sido recibido con aplauso por la crítica.

Festival aeronáutico en Castelar



El Centro de Aviación Civil, realizó en Castelar un festival aéreo de beneficencia.—De izquierda a derecha: L. Selvetti, ganador del circuito Castelar-Estancia Leloir-Palomar-Castelar. — Huberto Ellif, que ocupó el segundo puesto. — Virgilio Mira, que venció en el concurso de aterrizaje.



SOCIALES



Enlace de la señorita Julia Elena Rivadavia, con el señor Alberto Logoeche.



La señorita Clara La Motta y el doctor Teodosio A. Brea, recientemente desposados.



Los contrayentes, señorita Emma Bonorino y doctor Héctor D'Amico.



La señorita María Casares y el señor Miguel C. Gabrieli, cuyo matrimonio se realizó últimamente.



Enlace de la señorita Mary Lan con el señor Carlos Spika Santillán.



La señorita Magdalena H. Dufau y el señor Pedro J. Jasque, recientemente desposados.



La señorita Noemí Elina Jordán y el doctor Julio Tapia Schreiber, después de la bendición nupcial.



Enlace de la señorita Engelhard, con el señor Juan Lan.



Actualidades cinematográficas



Corinne Griffith en una escena de "Clasificados", que Glücksmann estrenará el domingo próximo, en su programa extraordinario.



Aimé Simon-Girard, en una escena de "Don Juan de París", gran cine-novela en tres capítulos, que la New York Film estrenará hoy.



Helene Chadwick y Tom Mix en "¡Ay doctor!", cinta que la Fox estrenará el jueves próximo.



Viola Dana y Kenneth Harlan, en una escena de "La avalancha", film Jewel que la Universal estrenará el 9 de diciembre.

DON JUAN DE PARIS

GRAN CINE-NOVELA EN 3 CAPITULOS
POR

AIMÉ SIMON-GIRARD

(El D'Artagnan de "LOS TRES MOSQUETEROS")

El film en capítulos que supera a
«LA CAIDA DE UN TRONO»

ESTRENO:

MARTES 30 y días subsiguientes en el
Cinematógrafo CALLAO

(Exclusivamente)

NEW YORK FILM EXCHANGE



Escena de "Compasión", cinedrama interpretado por Ennid Bennet y Gastón Glass, que la Corporación está distribuyendo desde la semana anterior.



Robert Ames y Jetta Goudal, en una escena de "Tres caras al este" que Glücksmann estrenará el viernes 3 de diciembre.



Escena de "Los dados del diablo", cinedrama interpretado por Bárbara Bedford y Robert Ellis, que la General estrenará el viernes próximo.

La trasmisión del mando gubernativo en San Luis



El gobernador saliente, señor L. Guillet, leyendo su discurso de transmisión del mando, ante su sucesor, doctor Alberto Arancibia Rodríguez.



El nuevo mandatario puntano, doctor Alberto Arancibia Rodríguez, dando lectura a su mensaje en la cámara legislativa.



El gobernador entrante, acompañado de un grupo de damas de la sociedad de San Luis.



Un aspecto del lunch servido durante la recepción efectuada en la casa de gobierno.



Grupos de señoritas y damas que concurrieron al baile de gala realizado en la casa de gobierno, con motivo de la transmisión del mando provincial.



(Fots. La Vía).



Vista parcial del banquete organizado en honor de los delegados de Buenos Aires y de Córdoba, que asistieron a la transmisión del mando gubernativo. El acto se llevó a efecto en los salones del Club Social.



FRAY MOCHO en Rosario de Santa Fe



Cabecera del banquete ofrecido por el diputado nacional, doctor Clorindo Mendieta, en honor de los miembros de la delegación de la Unión Industrial Argentina.



Los delegados de la Unión Industrial Argentina, presididos por el señor Luis Colombo, durante su recepción en la Bolsa de Comercio.



Señor Luis Colombo, presidente de la Unión Industrial Argentina.



Ernesto Bossol, automovilista vencedor en la prueba de 500 kilómetros.

(Caricaturas de Flores Toledo.)



Afiliados al Centro Unión Almaceneros, que preside el señor Jaime Colomar, al festejar el 16 aniversario de la fundación del mismo.

Ecós de la visita del ex-canciller Luther al Paraguay



El hidroavión Junker, que condujo al Paraguay al ex canciller alemán doctor Hans Luther, en el momento de acuatizar.



El ministro de Guerra y Marina del Paraguay, doctor Riart, saludando al distinguido viajero.



El doctor Luther, rodeado de un grupo de personas que fueron a esperarlo.

(Fots. Carrón, gentilmente traídas en vuelo por el corresponsal de nuestro colega "La Prensa").



Ingeniero, piloto y mecánicos del aparato.



Información gráfica del interior



TANDIL.—El director de la Escuela Normal, señor Juan M. Cotta, la vicedirectora, señorita Beatriz M. Raico y los maestros normales egresados en el presente año.



BANFIELD.—La cabecera de la mesa durante el banquete organizado en honor del señor Angel Córdoba.—La demostración, que fué ofrecida por el señor Juan A. Blanco, se llevó a efecto en el salón de la Sociedad Italiana "Stella del Sud".



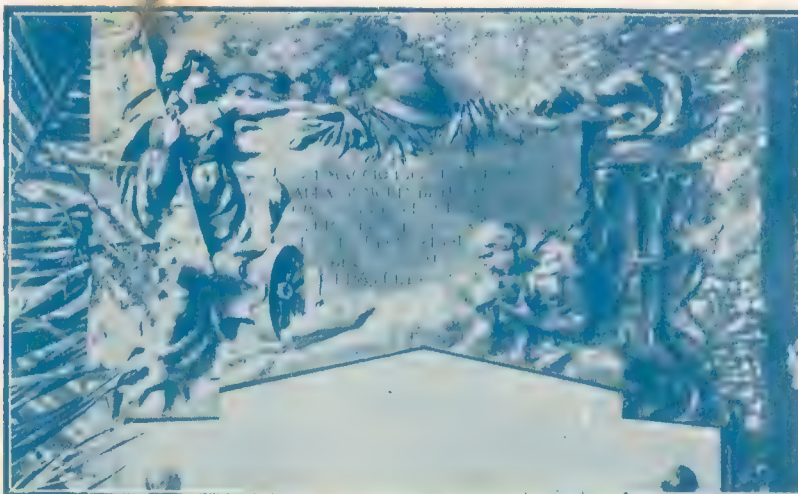
QUEMÚ-QUEMÚ.—Concurrentes que asistieron a la fiesta campestre ofrecida por el señor Oscar García, en su establecimiento de campo, a los elementos que tomaron parte en la velada teatral realizada a beneficio de los niños pobres.



NEUQUEN.—Señor Eduardo Edwards Salas, cónsul de Chile, cuyo reciente fallecimiento ha sido muy lamentado.



RUFINO.—El señor Conte Gloria (1), cónsul de Italia, el señor Isidro Sosa (2), jefe político y el doctor Luis Palmieri (3), presidente de las sociedades italianas, durante la conmemoración de la victoria italiana.



Placa rememorativa de los caídos en la gran guerra, recientemente inaugurada por la colectividad italiana residente en Rufino.



SANTIAGO DEL ESTERO.—Team de la Liga Santiagueña, que venció a Central Córdoba por 3 a 1 goals.



Equipo de Central Córdoba derrotado por la Liga Santiagueña.
(Fots. Naftaly, Carretero, Ligaluppi, Della Mattia y Bertuzzi).

Ulrico se levantó, abrió la puerta que bajo el ímpetu de una ráfaga de viento había chirriado con gemido lúgubre, y miró hacia fuera...

—¡Maldición! — dijo entre dientes. — ¡Se malogra el tiempo!

Rosa lo miró tímidamente y, mientras en la voz se intufía una especie de temor, dijo, dirigiéndose a su marido:

—De la parte del pico, el cielo está negro..., corren nubarrones... No iréis, ¿verdad?

—Iremos— respondió Ulrico, con voz sorda.

—¡Con este tiempo! ¡Es peligroso! — insistió ella.

El se volvió. No había dejado la puerta; la cerró, cruzó los brazos sobre el pecho y su mirada aguda se fijó en su mujer.

—¿Es por mí por quien temes... o por el conde Hugo?

Rosa alzó orgullosamente la cabeza; pero fué sólo un instante... En seguida, bajó la mirada y se encogió de hombros sin contestar.

—Lo sé — prosiguió él, con el mismo acento. — Sé que te anda rondando. ¿Cree él que no me he apercibido?... ¡Y tú, anda con cuidado..., mira lo que haces!... ¡Ay de tí si...!

Se le había acercado; con un golpe seco de su mano, le había hecho levantar la cabeza. Sus ojos se encontraron, acerados como una lámina; él esperó una palabra pero la esperó en vano. Rosa continuó mirándole sin hablar.

De los labios de Ulrico salió una blasfemia, una imprecación aguda como el viento de la noche entre las montañas. Quedó así por un momento; luego, bruscamente, se acercó a una puerta de la cabaña que estaba cerrada; le quitó rápidamente la tranca y la cadena y se asomó hacia fuera, sujetándose fuertemente con las manos al bastidor.

Rosa profirió un grito:

—¿Qué haces? — dijo, temblorosa.

El se volvió; la miró por un instante tranquilo y después se echó a reír.

—¿Tienes miedo de que me tire?... No temas, no tengo intención por ahora de librarte de mi presencia...

Ella fingió no comprender y dijo:

—Ya lo sabes. Tengo siempre miedo cuando se abre esa puerta... Me has prometido condenarla y todavía no lo has hecho. Ese precioso que se abre justamente debajo, es espantoso...

Cuando volvió a cerrar aquella puerta, colocando de nuevo la tranca y la cadena, Rosa tuvo un profundo suspiro de alivio. El murmuró, encogiéndose de hombros:

—Nos agarrará la ráfaga, pero de todas maneras saldremos... Ese conde es un demonio; no teme a nada... ¡Peor para él!

Y no dijeron nada más. La noche había caído por completo hacía un buen rato. De pronto, se oyó una voz robusta:

—¡Eh, Ulrico!

El guía no se movió, pero volvió-se hacia donde se encontraba Rosa y la miró agudamente. Ella no había hecho ni un gesto. Se alzó entonces, abrió la puerta, quitóse el sombrero y dijo con voz tranquila:

—Buenas noches, señor conde.

—Buenas noches — respondió la voz de antes, pero todavía lejana...

Se oyó un grito, luego una risotada y la voz de antes que decía:

—¡Eh, sir Jorge, se ha caído usted!

EL GUÍA ALPINO

Por Guído Barbarini

Una voz gangosa y dolorida le respondió en inglés con una imprecación... Se oyó una nueva carcajada y, casi en seguida, apareció en el umbral la esbelta figura del conde Hugo.

che. Y Sir Jorge compareció también, poco después, solo y restregándose la pierna derecha.

—¿No vienen los demás? — preguntó el guía.

—Ya están en el camino, — dijo

Pídan

"QUILMES CRISTAL"

La mejor cerveza

—Dé una mano a Sir Jorge, Ulrico. Está reventado por la ascensión...

El guía lo hizo pasar, pero no se movió; su mirada había vuelto a tomar por un instante la tétrica expresión de poco antes, cuando la voz del conde había llegado hasta la cabaña en el silencio de la no-

el conde Hugo, que en aquel momento hablaba con Rosa.—Nos esperan en la meseta.

—¿Es necesario marchar en seguida, entonces?

—Sí.

—Pero la noche no es propicia para la ascensión. ¿Lo saben?

—Lo sabemos.

ANÉCDOTA

Aristipo pidió una vez dinero al tirano Dionisio, y éste le replicó:

—Creta que los filósofos no tenían necesidad de dinero.

—Da — dijo Aristipo, — y te contestaré.

Dióle Dionisio algunas monedas de oro.

—Ahora — prosiguió Aristipo, — ya no tengo necesidad de dinero.

—¿Y no temen?

—No. Mañana será el último día que estaremos aquí, si no se hace esta noche, no se hará ya... Ninguno ha querido renunciar.

Y partieron: Ulrico delante, Sir Jorge, cojeando, detrás, y el último, Hugo... Este, al salir, rápidamente, había aferrado una mano de Rosa y se la había besado; y Rosa se había estremecido y le había dejado hacer...

Cuando todos hubieron salido, lloró; y el viento, rugiendo, era el único que respondía a la intensa angustia que la devoraba.

Rosa no amaba a Ulrico; no lo había amado nunca. Pero se había dado a él y le estaba agradecida por cuanto el oso de la montaña (así le llamaban en el pueblo), había hecho por ella. No muchos años antes, ella habitaba precisamente en el pueblo y la llamaban la *señorita bonita*. Su padre era médico; su madre había muerto al nacer ella. Y la niña había crecido sola, siempre sola.

Tenía entonces diez y ocho años, cuando vino a radicarse en el pueblo un joven forastero, algo enfermo y muy apuesto. Y Rosa lo amó, lo amó con todo el ardor de sus diez y ocho años. Él, saboreando el fruto apenas maduro, desapareció. Ella, la niña, le llamó en vano largamente, sin querer aceptar todavía el abandono.

El viejo padre lo supo, y murió poco después por el dolor; y Rosa quedó sola, en la casita blanca, que era amplia y parecía sofocarla, que era fría y la quemaba, donde todo había terminado para ella...

Y he aquí que un día apareció Ulrico ante ella. El oso de la montaña la amaba con amor salvaje, rudo, feroz, y nunca le había hablado. ¿Qué podía él esperar? Pero, cuando ella quedó sola, fué como un perro fiel y alerta: ni un momento la dejó su mirada; y la custodió en secreto, roído por su dolor, con una cólera sorda en el pecho hacia el otro. Y un día que ella lloraba junto al balcón solitario, él, con la garganta árida, temblando todo como un árbol sacudido por el viento, le dijo, ronco, con una voz que semejaba un grito:

—¿Rosa, quieres venir conmigo?

—¿Adónde me llevas? — preguntó ella, mirándole.

—Allá arriba, sobre la montaña, a la cabaña negra... Serás la reina...

—¿Pero sabes tú quién soy?... ¿Sabes lo que soy? — replicó Rosa con acento dolorido.

—No me importa, no me importa... Lo sé... No me importa...

Y ella huyó del pueblecillo, de la casa blanca, y se refugió en la montaña; fué suya, sin pasión, pero con gratitud. Esperó en vano la maternidad. El Dios a quien rogó no tuvo compasión de ella y quedó sola, siempre sola, con él, que la adoraba como a una santa.

Y pasó un año, y otro...

Luego, llegó Hugo, el conde Hugo; apasionado alpinista, se detuvo en el pueblecillo más de lo que él mismo había previsto. Y subía frecuentemente a la cabaña del oso; los ojos de Rosa habíanle herido de un modo extraño.

La pequeña flor de los Alpes era bella en realidad... Los cabellos negros, ondulados, coronaban una cabecita pálida, de expresión melancólica; y la piel, blanca como la leche, tenía extraños temblores

y pulsaciones de deseo. Y el conde Hugo la deseó al principio; la amó después. Rosa había respondido tícidamente a la mirada implorante de él, y había quedado como fascinada de su varonil figura.

Y cuando le oía venir palidecía, enrojecía, no era capaz de estar quieta; y este sentimiento no supo siquiera esconderlo a los ojos amorosamente alertas de Ulrico, que adivinó la secreta agitación de aquel corazoncito. Y esposo salvaje sufría horriblemente y odiaba a aquel hombre...

Rosa tuvo un estremecimiento. Miró a su alrededor sin comprender al principio; luego, se pasó la mano por la frente y suspiró. ¿Cuánto tiempo había pasado? No lo sabía: quizá una hora, quizá dos, acaso un minuto...

Estaba cansada, muy cansada, y no se sentía ya con fuerzas para luchar... Amaba de nuevo, amaba como por vez primera, y habría querido gritar su amor al aire, al viento, para que lo llevase en su seno, lejos, hasta el fondo del valle sin fin...

Aquel beso audaz la había electrizado; y, no obstante, parecía que desde hacía mucho tiempo él le hubiese hablado y que aquel beso no fuera el primero; porque ella estaba persuadida de que era amada. Había quedado inmóvil, mirándose la mano, que le ardía de modo extraño; de pronto, golpearon levemente a la puerta.

—¿Quién es? — inquirió Rosa, estremeciéndose.

—No hubo ninguna respuesta; pero, tras un vigoroso empujón, la puerta se abrió y en el umbral se destacó sonriente la figura alta y garrida del conde Hugo.

—Soy yo, — dijo, pero sólo después que hubo entrado y cerrado la puerta tras de sí.

Rosa no había hecho el menor movimiento: mirábale con sus ojos de niña, con un vago temor, que no era, sin embargo, el mismo que experimentaba cuando le veía otras veces...

—¿Y Ulrico? — murmuró únicamente.

—Se ha quedado arriba con los demás; yo he bajado para acompañar a Sir Jorge hasta el hospedaje: no podía caminar, la pierna le causa mucho dolor... Me uniré luego a la comitiva.

Todo esto había sido dicho lentamente, mirándola con fijeza, pensando en otra cosa. Sin saber por qué, ella murmuró:

—¡Dios mío!

El la oyó y sonrió; se acercó a ella, la atrajo contra su pecho, la besó largamente, en silencio, en los ojos, cuyas pestañas temblaron levemente en un pequeño aleteo de placer.

—Rosa, Rosa, te quiero mía, para mí... ¿Vendrás?

Ella le miró y pareció despertar de un largo sueño doloroso; sólo entonces pareció comprender...

—¿Contigo?... ¿Con usted?... ¿Qué es lo que dice?...

—¿No me crees, Rosa? Te amo, te amo, te quiero mía... Tú no estás hecha para las tinieblas de estas noches; estás hecha para las fiestas, debes resplandecer victoriosa a la luz del día... Ven, ven conmigo... No hoy, no mañana; esperaré... Plénsalo... pero te quiero mía...

Y la mano audaz acariciaba sus

cabellos, mientras la tenía abrazada contra su pecho; y ella no sabía hablar, como si aquella caricia le robara toda fuerza... Hugo siguió hablando, largamente, con su voz baja, cálida, llena de promesas, mientras seguía besándola, cada

baja.

Hugo puso atento el oído; no percibió nada.

—Es el viento — dijo; y la besó de nuevo. — Hasta mañana...

Se dirigió hacia la puerta, la abrió y retrocedió: junto al umbral



—¿Te has fijado en que de los trajes del mismo precio he sabido escoger el mejor?

—Sí, ya veo que tienes buen ojo.

vez con mayor apasionamiento.

Ella creyó desmayar. Respondió a su llamado; su cuerpecito, sacudido por temblores de dicha, se refugió más en el de Hugo. Y dijo:

—Llévame contigo, soy tuya, toda tuya.

El techo de la cabaña negra tembló, como si algo sobrenatural lo hubiera sacudido. Rosa lanzó un grito y se alejó de Hugo.

—¿Qué es? — preguntó en voz

con los brazos cruzados sobre el pecho, estaba Ulrico.

—Buenas noches, conde — dijo la voz de él; pero era tan tranquila, que Hugo sonrió y respondió:

—Buenas noches, Ulrico... He acompañado a Sir Jorge; luego, pasando por aquí...

El oso de la montaña pareció no oírle; al entrar, había cerrado la puerta.

—¿Quiere descansar, señor con-

El halcón y el gallo

En el corral de la casa de un gran señor, estuvo observando un Gallo pensativo, cuál era el modo con que los criados trataban a las diversas aves. El Halcón, por ejemplo, era cuidado con más solicitud que ninguna; y cuando a la vuelta de caza venía fatigado, limpiábanle y acariciábanle para que comiera a gusto, lo cual tenía recomendado el señor, con preferencia. Las gallinas y pollas, por el contrario, eran agarradas de las patas, tentadas con dureza, y retorcidas de pescuezo cuando estaban gordas. Este modo de obrar, indujo al gallo a huir instintivamente de los cocineros desde que los veía asomarse por la puerta. Una mañana entró en el corral un pinche y llamó al Gallo. Este desobedecía el llamamiento, y ni migas de pan, ni "tití", "tití", bastaron para hacerle acercarse. El Halcón, entonces, dirigiéndose a su compañero, exclamó:

—¿Cómo no acudes, amigo, al punto en que te llama? ¿No ves la presteza con que yo me presento en casos semejantes?

—Razón parece que te sobra — contestó el otro; — pero si a los halcones los llamaran para atravesarlos en un asador, se harían seguramente tan sordos y perezosos como los gallos.

de? — dijo, mirando a su mujer, que había quedado fría, inmóvil.

—Lo he hecho ya. Gracias...

—Siéntese un momento, se lo ruego... Y tú, sirvenos vino... muévete...

Rápidamente, Ulrico, sin que ella se percatara, había quitado la tranca y la cadena de la otra puerta, sin hacer el menor rumor; luego, había permanecido de pie, inmóvil, siguiendo con la mirada el cuerpo flexible de la joven, que, inclinada sobre un tonel, vertía de él vino en una jarra...

—Sirvele — dijo de nuevo Ulrico, secamente.

Hugo no supo decir ni sí ni no; la voz del gúfa había adquirido un tono acre, seco, que él no le conocía, y aquella calma parecía más bien una amenaza.

Rosa tomó un vaso, lo llenó e hizo ademán de acercarse a Hugo. Pero Ulrico dió un salto, se le acercó y con un manotazo terrible le hizo derramar el vaso.

—No—dijo, — mi vino no es bastante bueno para el señor conde...

—Hugo se levantó, algo turbado y dominándose; luego, con una calma que evidentemente no sentía, dijo:

—¿Nos vamos?

—Sí—respondió Ulrico; pero no se movió.

Hugo recogió el morral y el bastón que había dejado en el suelo, murmuró un "buenas noches, Rosa" y se encaminó hacia la puerta.

—¿Por dónde? — profirió la voz del gúfa.

—¿No vamos a reunirnos con los amigos?

—Sí, pero nos esperan en el pico de la roca roja. Por ahí llegaremos más pronto.—Y señaló a la puerta del precipicio.

—¡Ah! — dijo sencillamente el conde Hugo; y se dirigió hacia aquella salida.

Rosa había quedado hasta entonces muda, en un estado de dolorosa angustia; veía en su marido un algo de anormal, pero no sabía darse perfecta cuenta de lo que podía ser. Sólo en aquel momento comprendió: él sabía, había oído y se vengaba atrocemente, bárbaramente...

Hizo un movimiento: la mano de Ulrico le oprimió el brazo como si fuera una mordedura, y la joven quedó casi sin respiración... Hugo se había detenido: sacó del bolsillo su pipa de espuma y, lentamente, comenzó a encenderla; luego, prosiguió su camino hacia la muerte. Rosa tembló; como un soplo, su voz llegó implorante hasta el oído de su marido:

—No... no...

La respuesta siguió, queda, débil, pero feroz e inexorable:

—Si hablas, te mato...

Después de arrojar la cerilla apagada, el conde Hugo dijo de nuevo:

—¡Buenas noches! — y, sin más trámites, resuelto, traspuso el umbral.

¡No! No caería en aquella sima tétrica, que iba a abrirse bajo sus pies. Rosa iba a gritar, iba a rugir: "¡Sálvate!... ¡Sálvate!..." Trató de desprenderse de la férrea opresión de su marido, y quiso gritar; pero la voz pareció estrangulársele en su garganta, de donde salió un sollozo doloroso, ronco... un sollozo al que respondió en la noche un grito espantoso de terror, un rumor sordo... un pequeño rumor lejano, allá abajo, en el torrente... ¡Luego, nada!...

Y también ella cayó, como una estatua destrozada por su base...

A manera de prolegómeno diremos que Josefina Castro Gruneau, se había criado en un pequeño pueblo del interior. El tal pueblo había sido bautizado, no podría precisar en qué año, ni por qué razón, con este simbólico nombre: La Cruz. Por extraña relación, sus habitantes, conservan aún alres de crucificados morales. Salvo contadas excepciones, aquellos moradores vegetan en La Cruz con resignada constancia. Se desenvuelven en aquel estrecho medio sin otra preocupación que la de seguir viviendo. Simplemente esto, es lo único que aspiran.

Todos los rincones son revolucionados diariamente por el comentario de la mesa en los pocos hogares del villorrio. Las familias ejercen eternamente, infatigablemente, la práctica del mutuo control moral. Parafraseando el adagio conocido, habríamos de decir que La Cruz no es tanto un "infierno grande" como un eterno purgatorio. Por las noches, se reúnen, habitualmente, en el único cafetín del pueblo, los que gustan pasar una hora de solaz, haciendo práctica en el deporte de opinar sobre la vida del prójimo. Y mientras tal cosa ocurre, el propietario del comercio echa pestes, pues los parroquianos no acostumbran hacer gasto de ninguna especie. A las diez de la noche el pueblo queda a oscuras, tal como si fuera un montículo de escombros caídos en el fondo de un abismo. Esa es la hora en que el villorrio duerme. Las aves nocturnas y los murciélagos, dan principio a sus correrías imprimiendo en las cosas una especie de misterio profundo, de lobreguez y de superstición. Todo allí, son sombras, como sombras son los moradores. Por la mañana, casi con la aurora, despierta el pueblo, renace la vida rutinaria, comienza la misma tarea de ayer, y con paso de buey por el sendero de la vida, los habitantes de La Cruz marchan ufanos, orgullosos, conformados cada uno hacia su destino.

Erase, aquel, un domingo de primavera. El concierto bullicioso de los pájaros, en el monte cercano, el perfume de los rosales, de los nardos y los alelíes del agreste y pintoresco jardincillo, hacían pensar a Josefina en la alegría de vivir.

Sentada en un sillón de mimbre, con las manos en la nuca, leía un libro que apoyaba en las faldas. A poco levantó la mirada al cielo inmenso y suspiró como dejando remontar en la atmósfera una pequeña porción de angustia.

—¡Cuánta pureza, — se dijo, — hay en toda esta gran naturaleza que me rodea! ¡Qué hermoso espectáculo! Allí la arboleda compacta, aquí mi jardín incomparable, el más simpático de todos los jardines, y en lo alto, las nubes de curiosas deformidades, blancas e incontaminadas.

Más divinizado, más excelso que nunca, le parecía todo aquello en esos instantes de recogimiento sentimental. A la verdad que Josefina poseía un espíritu cultivado y romántico, pero no precisamente ese romanticismo enfermizo de los efectistas, sino que su romanticismo era una propiedad natural sin afectaciones, sin sensiblería. En cuanto a su físico no era hermoso, en realidad, pero tampoco era común. La silueta delgada, de sinuosidades poco perceptibles, reunía a la vez la serena gracia de las madonas de Donatello y las "inquietudes" de la

La muchacha de La Cruz

Por Arturo Alezzandrini

Salomé de Ghirlandajo. El rostro fino, fresco, despejado, de una cierta atractiva fealdad, tedría indudablemente poco valor para los estetas, pero en cambio, habría seguramente provocado en cualquier artista el deseo de llevarlo a una tela.

Josefina continuó reflexionando.

—Ciertamente, que debió ser éste un paraje digno de los dioses, de no haber sido profanado por los hombres, por toda esa recua miserable de vecinos, y hasta ¿por qué no pensarlo?, por toda mi familia. Estas casuchas achatadas, aquellos

ansias de pájaro estaban aprisionadas en la jaula reducida de La Cruz. Más de una vez hubo de monologar con la luna, porque sentía la necesidad de exclamar en voz alta sus reflexiones. Por último le pareció más eficaz escribirías, ya que no había en el pueblo a quien confesarías, y de esta manera empezó a colaborar en una revistilla de la localidad inmediata. Todos los secretos, todos los dolores de su alma, los refería, adjudicándolos a los personajes de sus publicaciones.



ranchos vetustos, esas callejas tortuosas, enlodadas perennemente, nuestra vida monótona, en fin, contradice en todo con ustedes, maravillosos elementos del misterio. ¡Oh, si yo pudiera vivir sola, sin más compañía que vosotros y mi jardín!

En realidad, Josefina era una víctima sumisa del ambiente. Sus

En aquel instante tomó Josefina el libro y lo llevó al nivel de los ojos, cubriéndose la cara. En la tapa del tomo podían leerse estas palabras: "Poesías completas de Salvador Rueda".

Un chicuelo, de cara risueña, asomándose al jardín, interrumpióle la lectura, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

Tu poeta, Señor...

Tú me has hecho infinito, ¡oh, Señor! tal fué tu placer. Cuántas veces has vaciado este frágil vaso de arcilla, y lo has llenado otra vez siempre de vida nueva y fresca. A esta pequeña flauta de caña, tú la has llevado por colinas y por valles, y has soplado, a través de ella, melodías eternamente nuevas. Al contacto inmortal de tus manos, mi corazón, tan pequeño, pierde sus límites en gozo, y da origen a expresiones inefables.

Y tus dones infinitos, — ¡oh Altísimo! — llegan hasta mí sólo por estas mis pequeñas manos. Las edades pasan y aún tú me hablas, y siempre hay en mí espacios vacíos que llenar.

RABINDRANATH TAGORE.

—Te llama mamá; dice si no vas a ir al "clú" y qué estás esperando.

—Ya voy — murmuró Josefina, al tiempo que cerraba el libro.

Una vez que el chicuelo hubo desaparecido, se incorporó con indolencia tal como despertando de un suave y rosado sueño.

—El Club — se dijo, — lo de todos los domingos; unas vueltas con el dependiente del almacén, con el herrero o con el sastre. Después aparece mi novio, el niño mimado del pueblo, el novio de mi familia, de todas las familias. El pobre se está poniendo viejo de tanto representar el papel de galán...

En realidad Victoriano, el novio de Josefina, no era otra cosa que un muchachón regordete, con mejillas encendidas, que poseía la virtud de ser obsequioso, a su manera, con los pocos habitantes del pueblo. Para todos tenía él, una frasecita estudiada. Así complacía con el mismo, desembarazo a las mujeres solteras, casadas y forasteras. Por estos motivos llegó a ubicarse en el alto círculo social de la población. Oficiaba de secretario del Club y por imposición de su opulento padre, que era el dueño del "único establecimiento de panificación", designado así por él, pues se le ocurría muy grosero eso de llamarle panadería. No hay duda que Victoriano había adquirido una cierta popularidad y un envidiable concepto entre aquellas gentes de La Cruz. Era entonces, hasta cierto punto lógico, que aquel muchachón regordete se lo disputaran las pocas muchachas núbiles que aún quedaban y fuera por lo demás, muy bien recibido en todas las casas del villorrio. En este pasatiempo se entretuvo Josefina un cierto tiempo. Después de soportar repetidas veces los "buenos consejos" de la familia y para demostrar a las vecinitas de lo que era capaz, le dió por aceptar, un día, los galanteos de Victoriano. Así porque sí, quedó convertida en novia, sin que su alma se aviniera a consentirlo, sin que sus ilusiones se hubieran satisfecho en lo más mínimo.

El Club presentaba un aspecto bullicioso. Una desafinada planola dejaba escuchar, no sin cierta dificultad, un fox trot. Aquello, a ratos, mejor que notas musicales, daba la sensación de dos gatos que se ofenden en un tejado. Terminado el fox-trot, las parejas desocuparon el centro del salón, formando una amplia rueda circulante, tal como una calesita humana. En las sillas, ubicadas al lado de la pared, habían tomado asiento las desheredadas de la belleza, las señoras y algunos niños.

En esos instantes, comparecieron doña Celia Castro y Josefina. Aquella, fuese, luego de algunos saludos ligeros, a discurrir con la señora del presidente del Club, su amiga preferida. Josefina se encontró más bien sola, contestó algunas sorpresas ensayadas por los conocidos y a poco se ubicó a la vera de la maestra del pueblo.

—Estás encantadora con ese vestido, Josefina, — díjole a manera de saludo la "señorita"; una señorita de cincuenta abriles.

—¿Le parece a usted? — moduló Josefina, ruborizada.

En realidad, ella sentía una mezcla de fastidio y de vergüenza cuando alguien le elogiaba la vestimenta. No concebía la belleza en las cosas sino por sus valores pro-

plos, sin oroyales ajenos. Por eso se turbó toda como si terminaran de descubrirle un secreto íntimo.

La muchacha que hacía funcionar la pianola, se despachó con un shimmy, que pobló el salón de sonriduras caóticas.

—¿Tiene usted a bien acompañarme durante esta pieza? — insinuó un joven, de mirada serena y profunda.

Josefina fijó la vista en el convidante y luego de dirigirle a la maestra el habitual "con permiso", se dispuso a bailar, sin decir ni una palabra a su pareja.

—Baila usted maravillosamente — moduló el joven, a poco, mientras la atraía hacia sí por una exigencia de la danza.

—Hago lo que puedo — expresó Josefina sonriéndole bonachonamente.

Cuando la pieza hubo finalizado, sorprendió al joven y a Josefina a su paso por un rincón de la estancia.

—Voy a rogarle que me acompañe por segunda vez. ¿Prefiere que ingresemos a la rueda?

—Todavía no tiene usted mi consentimiento, sobre si bailaremos... — advirtió Josefina haciendo un mohín pícaro que traslucía su conformidad.

—Desde ya spongo que no me negará tan modesta satisfacción.

—Bueno... pero quedémonos aquí; esa caravana me marea...

—Encantado, señorita Josefina...

—¿Cómo sabe usted mi nombre?

—Muy sencillamente: apenas entró usted, le pregunté a un chico.

—A la verdad, no había reparado en el medio de información.

—Ya ve que no debe sorprenderse por una cosa tan natural. ¿Qué menos podemos hacer los forasteros que curiosear los nombres de los locales?

—Claro, esa es la práctica... — sentenció ella.

—En este caso no me ha guiado tanto la práctica, si he de ser sincero, como un principio de admisión.

Josefina, no pudiendo contener un arranque de modestia, lo expresó con una risilla breve y estriidente.

La pianola irrumpió esta vez con un tango. Las parejas se agolparon en el salón. En ese instante apareció la figura ufana, retacona y nerviosa de Victoriano, el cual repararía sonrisillas en todas direcciones.

El forastero y Josefina seguían el ritmo cadencioso de la pieza con algo de desgano; ambos parecían más interesados en las palabras, casi imperceptibles, que mutuamente se susurraban al oído.

Los espectadores no podían dejar pasar desapercibida la presencia del forastero. La señora de Castro interrogó a la "presidenta":

—¿Conoce usted a ese joven que baila con mi hija?

—Conocerlo, precisamente, no... pero sé que es un pintor amigo de Juan José Busí, quien lo ha invitado a pasar unos días en su estancia. Simpático el mozo, ¿no?

—Tiene cara de haragán... ¿pintor?... vaya un oficio!...

—Sin embargo, dicen que pinta muy bien... Se llama... se llama... ah, sí, se llama Javier Rubiales...

El tango finalizó por fin. El forastero y Josefina volvieron al rincón anterior y continuaron hablando de cosas banales. Victoriano, de vez en cuando lanzaba miradillas a

la pareja. Notando luego que a Josefina, por lo visto, no le interesaba mayormente su presencia, puso cara de amoscado y fuése a charlar con la sobrina del jefe de la estancia.

A la hora de la cena, como era costumbre, terminó la reunión. Durante ese tiempo, Javier y Josefina no perdieron una pieza.

—¿La podré ver en otra ocasión? — inquirió Javier a modo de despedida.

—Quizá... — contestó ella, estrechándole la mano.

Un poco más tarde el salón quedó deshabitado, silencioso, y en tinieblas.

Javier Rubiales pasaba los días en la estancia, reconcentrado en la imagen de Josefina. Creía verla dibujada en todas partes: en las nubes, en los árboles, en las aguas de los arroyuelos. Aquella visión llegó a esterilizarlo. Empuñaba los pinceles, pero su imaginación estaba

—No he podido remediarlo. Vengo, traído por una fuerza superior. Perdóneme.

Josefina, luego de asegurarse de que nadie la observaba, se aproximó al cerco.

—Ha hecho usted muy mal al venir aquí. Si alguien nos viera, el comentario se ensañaría; más aún, no me dejaría vivir en paz por mucho tiempo...

—Me doy cuenta, sí... pero he sentido la necesidad de verla. Comprendo que soy egoísta, que comprometo su reputación, que hago mal. Sé que tiene usted novio, me lo ha dicho Juan José; me imagino por lo demás, todos los sinsabores que podría acarrearle mi osadía, pero ¿qué puedo yo hacer contra los mandamientos de mi alma?

—¿De su alma?

—Sí, de mi alma. En estos últimos días, no he hecho otra cosa que recordarla; mis manos se han negado a manejar los pinceles con la naturalidad de otras veces. En realidad ya no tengo cabeza para otra cosa que para evocarla. Perdóne,

La zarpa de seda

Cortesía, hipocresía,
manto de la felonía...
¿Por qué sonríes glacial
si ya en tus mismos saludos
muestras siniestros y agudos
los filos de tu puñal?

¿Por qué tus labios falaces
mienten afectos y paces
al crédulo corazón,
si son tus palabras huecas
y son tus halagos muecas
en que acecha tu aguijón?

No más tu dulzor me aturda,
que al tender la mano zurda
vi tu crespada zarpa hostil,
y entre las sedas del guante
quedó, y flota penetrante,
el acre olor del cubil.

No más tus brazos abiertos
quieran revivir los yertos
despojos de la amistad:
que, cuando estrechan tus
brazos,
forjas siempre con abrazos
cadenas de falsedad.

Late un áspid en el techo
cavernoso de tu pecho,
que recata la traición,
y están tus labios aviesos,
brindando judaicos besos,
nuncios de crucifixión.

Al calor de la costumbre,
tu afectada dulcedumbre
llena de incertidumbre la red,
en que tu caricia astuta
les hace beber cicuta
en la copa de su sed.

Dama engañosa y siniestra
que en la hosca humana
palestra
dominas la sociedad:
¡malhaya las artimañas
con que, risueñas, te ensañas
en quien no vió tu maldad!

Si en tu rostro perfumado
nadie sospechó el pecado
de tu perversión audaz,
conócante en sus heridas
tantas víctimas dolidas
que sedujo tu antifaz.

Rodolfo Gil.

obsesionada; sólo conseguía asentar trazos grotescos, figuras ridículas, paisajes incolores, exentos de realidad y de armonía. Por último decidió regresar a La Cruz. Trataría de encontrarse con Josefina y le referiría todos aquellos fenómenos que embargaban por entero su ánimo y esterilizaban su arte. Así fué que una tarde en que el pueblo seesteaba, rondando por la casa de Josefina se atrevió a tibar por sobre el cerco de madrelelva del jardincillo florido, con la ansiedad de los chiclelos que se encaraman en un estante de golosinas. Desde ahí pudo ver a Josefina, así como él habíala soñado durante los días transcurridos: entre flores, entre fragancias suaves, entre colores tenues. Ella estaba de espaldas y la cabellera suelta que cubría parte del respaldar del sillón, semejóbase a un brillante oriflama de oro.

—¿Josefina! — pronunció Javier con acento moderado.

—¿Usted! — musitó ella, volviendo la cara hacia su interlocutor.

Josefina, esta sinceridad vehemente que pierde la noción del tiempo, de la forma y de la prudencia...

—Está usted hablando como un afebrado, Javier; por Dios, reflexión, — exclamó Josefina dulcemente.

—¡Oh!, he reflexionado minuto tras minuto, hora tras hora, día tras día, he reflexionado mucho y, sin embargo, aquí me tiene usted: imposibilitado para trazar una línea sin el estímulo de su presencia. Me he convertido de la noche a la mañana en un torturado.

—Nunca hubiera supuesto que aquella tarde...

—Dígalo, Josefina... que aquella tarde, que aquel instante, hubieran bastado para enamorarme de usted...

—¡Oh, qué dice!

—Sí, Josefina; mi amor es venánico, torrencial, indetenible; por eso mismo no he reparado en confesárselo sin ambages, sin especulaciones sentimentales. La amo a usted y no he tenido la suficiente se-

Dentaduras Postizas

Se componen en el día
por \$ 5.-

Se hacen nuevas y se re-
forman las usadas

Laboratorio "LAUTIER"
SUIPACHA 530

renidad para esperar el momento oportuno, y proceder con calma. Hay dentro de mí ser una fuerza superior que me impele hacia usted, que absorbe mi voluntad. Considéreme con bondad, Josefina, si procedo como un pobre loco...

—Yo no tengo ningún derecho para condenarlo. Mis lecturas me han enseñado a ser humana; he aprendido, por ellas, que en la existencia abundan las situaciones dolorosas y que no hay mejor remedio para ellas que el transcurso del tiempo. Por eso, Javier, olvíde-me, olvidemos mutuamente...

—Josefina, ¡usted pluraliza! ¿entonces?...

—Sí, yo también me siento invadida por una gran simpatía hacia usted. No sé cómo explicarme. Se ha fijado en mi mente el recuerdo de aquella tarde, de sus ojos tristes, de su alma de artista, y he pensado en usted con extraña insistencia.

—¿Entonces nos amamos!

—Eso es lo que no puede ser...

—...¿Por qué, dulce criatura? Rechacemos el sacrificio. Sobre todas las cosas, sobre todos los derechos de los otros está nuestro amor. Yo lo subsanaré todo...

—No sueñe, Javier; no sueñe usted.

—Le hablo con la voz de mi corazón, no sueño. Estoy decidido a defenderla...

—¿Qué puede usted hacer contra las cosas creadas? Ve usted, éste mi jardín, ¿qué no sería capaz de hacer yo por mantenerlo florido? Sin embargo, llega el invierno y marchita y destroza sus encantos. Así ocurriría con este nuestro desvarío: la voluntad del pueblo nos condenaría, nos destruiría. Yo he nacido en este medio y me debo a él, aunque en realidad me repugne. Es necesario que nos apartemos.

—Lucharemos, Josefina, lucharemos...

—No, no; es mejor resignarse.

—Es que yo no podré soportar esa tortura.

—Oh, sí; más tarde se conformará usted y podrá vivir en paz... ¡Por favor, Javier, váyase; viene mi padre...!

Don Jaime Castro, el padre de Josefina, venía por el corredor, en dirección al jardín, desperezándose al tiempo que dejaba escuchar un bostezo gutural. Los cuitados apenas si tuvieron tiempo para decirse adiós. Josefina púsose a componer un ramillete de madrelelva, luego de lo cual se encaminó al interior de la casa, con la mirada puesta en el suelo.

—¿Josefina! — exclamó don Jaime, adoptando una pose solemne.

—¿Qué hay, papá? — moduló la interpelada, deteniéndose.

—Anoche hemos arreglado con el padre de Victoriano que se casarán ustedes dentro de cuatro meses...

—¡Papá! Me sorprendes...

—Yo también me asombré... pero parece que el muchacho está apurado. Más vale así. Debes saber que tu futuro queda asegurado y esto me satisface grandemente. Victoriano recibirá de su padre, como regalo de bodas, la estancia que tienen en Río Negro; allá se irán a vivir ustedes. Con que, ya sabes. Arregla con tu madre todo lo que te haga falta.

Josefina sintió en el pecho un frío intenso, como si el corazón se le hubiera congelado. Quiso gritar, quiso sublevarse, pero miró el semblante regocijado de su padre y no tuvo valor, no pudo. Sin contestar una sola palabra, con la garganta apretada, echó a andar como una sonámbula.

Desde aquel día ya no se le vio más en el jardín.

Transcurrió más o menos, un año. La primavera retornó, engalanándolo todo con su jubón rosado y vivificador. Sólo el jardincillo de los Castro, sin el cuidado de su ama, estaba desolado, cubierto por yuyos, con aspecto triste, en misero abandono.

Aquel día, bañado por un sol tibio, se detuvo un coche frente a la casa de los Castro. Descendió de él una mujer de aspecto debilitado, a la que ayudaba a caminar un muchacho regordete. Era Josefina Cas-

tro Gruneau. Los padres, al verla, quedaron como atontados.

—¡Josefina! — exclamó el padre.

—¡Hija mía! — susurró la madre.

—Yo... sí... — masculló Josefina con voz apagada, mientras era abrazada por los padres a quienes se les humedecieron los ojos.

—La he cuidado — disculpóse Victoriano — como mejor he podido. El médico dice lo que les he escrito en la carta: Que la trajera aquí, como era su deseo, y que el cambio de aire y los cuidados de

doña Celia la curarían...

Josefina quiso ver su jardín y hasta él la condujeron. Se detuvo en la verja, y al verlo destartado, sonrió con amargura y masculló quedamente:

—Pobrecito, mi jardín... tú también estás enfermo de mi mal...

Luego echó una lánguida mirada al cerco, en el lugar que había hablado por única vez con su Javier amado y suspiró, con honda emoción, con profundo desaliento.

Pasaron los meses y llegó el invierno. La pobre Josefina había

muerto como mueren los privilegiados: por falta de amor.

Una mañana, en el tren de "adentro", llegó Javier Rubiales a La Cruz, portando sus útiles de trabajo. Juan José le había escrito lo acontecido.

Javier se encaminó directamente al pequeño cementerio del villorrio, buscó el mármol de la amada, se inclinó para besarla, y luego de un rato, reposó un lienzo sobre un caballete. Dominado por el dolor, con las mejillas bañadas por el llanto, con el rostro compungido, con el alma posesionada, dió principio a la obra de todas sus esperanzas. Algún tiempo después terminó aquella su tela maestra, el único trabajo que presentaría al Salón Anual, realizado con su más ardiente, con su más intensa capacidad artística, a la vera de su inspiradora sublime. El lienzo representaba a dos amantes separados por un cerco de madreselvas en flor. Javier Rubiales, después de mucho cavilar, dió al cuadro un extraño título: "En camino hacia la muerte".

Después de dos días de permanencia en el pueblo, Javier, con el espíritu dolorido, tomó el tren de "afuera". El convoy emprendió una marcha veloz. A poco La Cruz quedó allá, perdida entre la bruma gris, semejando un montículo de escombros caídos en el fondo de un abismo.



TALLER DE GRABADOS
SELLOS DE GOMA

NOMENCLATURAS
PLANCHAS DE BRONCE

FÁBRICA DE CHAPAS ESMALTADAS

BARALE

LAVALLE 752
31-RETIRO-3970

FABRICA
JOSE M. MORENO 540
CALLE 877 FLORES

El doctor G. C. Simpson, miembro de la Asociación Británica para el progreso de la Ciencia, ha expuesto una nueva teoría meteorológica basada en la idea de que la atmósfera está dividida en capas que térmicamente son independientes. La Oficina Meteorológica de los Estados Unidos ha hecho pública dicha teoría por medio de un memorandum, hablando de la misma dice *The United States Daily*, de Washington:

"El doctor Simpson ha mostrado que la atmósfera puede dividirse en círculos casi horizontales, con la peculiar propiedad de que el aire de un círculo no puede ser transformado a otros, permaneciendo en su propio círculo en equilibrio, a menos que aumente o disminuya la temperatura. Así, en toda noción atmosférica en la cual no se añada ni se sustraiga el calor, el aire circula en el círculo. Los círculos actúan sobre el aire como frenos, que impiden se muevan en otra dirección que no sea la horizontal, ocasionalmente el aire contiene suficiente vapor de agua para suplir, cuando se condensa, el calor necesario para penetrar las estratificaciones termales, pero esto prácticamente sólo sucede durante las tempestades o cuando la lluvia

Nueva teoría sobre los ciclones

azota las zonas ecuatoriales. Las estratificaciones termales de la atmósfera impiden la ascensión del aire caliente en el Ecuador y la descensión del aire frío en los Polos, lo que ha sido generalmente considerado causa de la circulación general de la atmósfera, a manera de un gigantesco sistema circulatorio de agua caliente.

La antigua idea de que la energía recibida del sol es convertida en la energía de los vientos, por calentarse el aire que se halla cerca del suelo y elevarse, al igual que lo hace el aire caliente al ascender dentro de una chimenea, es una idea falsa. La estratificación termal

impide esta acción, excepto en casos excepcionales. Las masas de aires provenientes de las regiones ecuatoriales y de las regiones polares, se juntan en las latitudes medias. El aire frío polar tiende a bajar y deslizarse bajo el aire caliente ecuatorial que se levanta sobre los flancos de la cuña que el aire polar presenta. Cuando el aire frío y el caliente, que en un principio permanecían uno al lado del otro, reacciona en el sentido expresado, hay un apreciable descenso del centro de gravedad de las dos masas. Entonces la energía potencial es liberada y aparece como energía de los vientos.

Las lágrimas del rico

Muriósele a cierto poderoso una de sus dos hijas, y, según la costumbre del tiempo, pagó muchas mujeres para que la llorasen. La hermana que sobrevivió, acercóse a su madre y le dijo:

—Madre mía: ¿Cómo nosotras que tanto sentimos la desgracia, apenas nos condolemos, y esas mujeres que ni aun siquiera conocía a la difunta, se deshacen en lloro?

—No te extrañe, hija mía — contestóle la madre, — esas mujeres no lloran lágrimas, sino monedas, y ya sabes que las monedas son las lágrimas del rico.

Las superficies en las cuales se encuentran las masas de aire relativamente frías y calientes, moviéndose una sobre la otra, como se ha descrito, pueden fácilmente ser reconocidas sobre los mapas meteorológicos y por observaciones en la atmósfera alta. Se ha encontrado que casi todas las nubes están formadas en tales superficies. El Dr. Simpson expone las condiciones bajo las cuales estas superficies de discontinuidad pueden mantenerse por largos períodos, y su significación en la predicción del tiempo.

Los ciclones se forman donde las masas de aire de origen polar y ecuatorial se juntan y luego se reajustan de la manera que hemos descrito. La antigua idea de una depresión ciclónica, actuando por el estilo de una chimenea tomando el aire de las capas inferiores para llevarlo a las superiores, no puede ya mantenerse.

Estas dos nuevas ideas han dejado sentir su influencia en la aplicación práctica de la meteorología. En lugar de utilizar el antiguo metro empírico para predecir el tiempo, el meteorólogo, tiene en cuenta hoy lo que podemos llamar la anatomía de una depresión atmosférica".

LA "MERMAID"

Por Charles le Goffic

Hablábamos sobre cubierta mi amigo Archibald Macleod y yo. Un poco más lejos, la exquisita mistress Macleod parecía escuchar con vivo interés las explicaciones que le daba Pedro Lemale, ingeniero de puentes y caminos.

No había visto yo a Archibaldo desde hacía dos años y no pude asistir a su casamiento.

Sabía, porque me lo había escrito, que mistress Macleod se llamaba Maud, que tenía veintitrés años y que era viuda de un viejo lord de Caithness, cuyo yacht había naufragado en aguas de la Mancha. De los tripulantes y pasajeros, sólo Maud, excelente nadadora, había conseguido salvarse.

Archibaldo se había enamorado de ella y se casó al poco tiempo de relaciones. Hacían un viaje de novios en Francia; mistress Macleod deseaba terminar su periplo por el el noroeste del litoral; quería conocer los faros de plena mar. Singular capricho — pensé — para una recién casada; pero las mujeres son tan extrañas, y Maud era tan bonita!

Archibaldo se acercó a su esposa y le preguntó:

—¿Qué te cuenta Lemale, "darling"?

—¡Oh! — protestó Maud con una mueca de reproche. — Has interrumpido al señor Lemale, precisamente en el punto más emocionante; eso no está bien... Continúe usted, amigo mío.

—Mistress Macleod — repuso Lemale — quería saber si me había ocurrido algo extraordinario cuando tuve a mi cargo la inspección de faros.

—¡Oh...! Eso es muy interesante — dijo Archibaldo; — cuéntenos usted alguna aventura.

Un casi imperceptible rubor y un nervioso parpadeo, traicionaron la contrariedad de Maud.

—Eres insoportable, "dear" — exclamó; — yo creía, que la curiosidad era un defecto puramente femenino... En fin, cuente usted lo que quiera, señor Lemale.

—Creo que no conocen ustedes las Roches-Douvres — empezó diciendo Lemale. — Hace tres años, el guardián-jefe era un tal Queré, solterón misógino pero muy benevolente con sus colegas. El otro guardián, Talabardon, era, al contrario, un joven de veintiseis años, alegre, dispuesto, que salía del servicio militar y acababa de casarse. Los dos hombres se llevaban muy bien. Tuvimos, hacia fin de marzo, toda una serie de malos días, con nieve, granizo y fuertes vientos que impidieron relevar al personal del faro, en el día en que debía hacerse. No nos inquietamos por Queré y Talabardon, porque tenían víveres para un mes. La tempestad acabó por calmarse, el mar quedó sereno y el balizador pudo salir en dirección a las Douvres.

Generalmente, los guardianes nos esperaban en la plataforma del faro para ayudarnos a atracar. Pero ese día, excepcionalmente, nadie apareció. Salté a tierra, seguido de

Postie, el guardián de relevo. Sin saber por qué, presentía una desgracia. La puerta estaba entreabierta; llamé, creyendo que los guardianes estarían en la linterna, y no obteniendo respuesta subí la escalera. ¡Nadie...! Registré las habitaciones: ni rastro de Talabardon y Queré.



LA MADRE (al niño a quien han mandado a la cama por travieso).
—¿Estás escribiendo a papá para que te perdone?
EL CHICO.—No. Escribo al abogado para que me divorcie de ustedes dos.

¿Qué había ocurrido? La víspera el faro lució normalmente, y era inadmisibles que se hubiera encendido solo. El accidente, si había ocurrido alguno, debió producirse aquella misma noche: tal vez uno de los hombres había sido arrebatado por el oleaje, y el otro, al querer salvarle, había perecido también.

De pronto me gritó Postie:

—¡Por aquí, señor ingeniero! ¡Ah...! "Ma Doué", ni que lo hubieran hecho a propósito...

Casi al ras del agua, junto a un montón de fucus que los había ocultado a mis miradas, estaban los dos guardianes. Una atroz expre-

sión de odio crispaba aún su cara. Debían haber caído abrazados, luchando, desde la plataforma del faro.

—Queré tiene los ojos comidos por los cangrejos — observó Postie. — La muerte debe haberse producido el lunes o el martes.

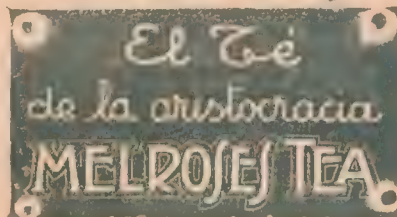
¡Y estábamos a jueves!

¿Quién, entonces, había seguido encendiendo el faro?

El enigma, ya por sí complicado, se oscurecía cada vez más.

—Llama al timonel — ordené. — Es necesario que vaya en seguida a buscar un segundo guardián y a avisar a la justicia. Pasaré la noche aquí contigo.

A la verdad, si yo tomaba aquella determinación no era tanto por



existe una habitación destinada a los huéspedes de paso. Allí me acosté. Postie estaba cambiando las sábanas cuando le oí dar un pequeño grito de sorpresa.

—¿Qué hay, Postie?

—Mire, señor ingeniero — contestó. — ¡Un cabello!

—Es verdad — dije asombrado.

—Un cabello rubio... de mujer...

—¿De mujer? — repuso Postie.

—¡Ojalá lo fuera...! No hay mujer en el mundo que tenga los cabellos de este color.

—¿Ni la esposa de Talabardon? — pregunté.

—Tiene los cabellos negros...

¡Ah, señor ingeniero! — agregó Postie, en media voz y como si temiese ser oído. — ¿Acaso no está todo tan claro como el agua de manantial...? Es una hada morgana, una sirena, que Talabardon y Queré han recogido en el faro y recogido en esta habitación... Como ocurre siempre, ambos se han enamorado locamente de la morgana y se han matado por sus bellos ojos.

—Estás loco, Pestie — dije serenamente.

—Pero, señor ingeniero, si este cabello fuese de mujer, ella estaría aquí, o por lo menos, hubiéramos encontrado su cadáver...

Pero la "mermaid", la morgana, es otra cosa... Conoce los caminos del mar, ese es su elemento... Y una vez libre de sus enamorados, se habría sumergido en las aguas...

Les he citado toda esta conversación — prosiguió Lemane, — no tanto por hacerles conocer la mentalidad singular de algunos guardianes de faro en esta época, como para demostrarle que ninguna hipótesis, por descabellada que fuese, se dejó aparte en el juicio.

De éste, nada preciso resultó. Además de Talabardon y Queré, el faro tuvo durante varios días un tercer habitante, cuyo sexo se establece por el cabello hallado por Postie. Pero se necesitaba algo más que un cabello para salir de aquel laberinto. En toda la costa no pudo encontrarse mujer alguna que tuviera el cabello de aquel color, y después de tres años de inútil búsqueda, llegué a la convicción de que no existía. Quedaba en pie la hipótesis de Postie...

—¿La "mermaid"? — interrogó Maud.

—Sí, la "mermaid", la morgana, la sirena o como ustedes quieran llamarla.

—¿Y no ha renunciado usted a encontrarla? — dijo a su vez Archibaldo.

—Sí y no: todas las "mermaids" no acaban en cola de pez.

—No le entiendo bien... ¿Y ha conservado usted ese cabello extraordinario? — inquirió curiosamente Macleod.

—Lo llevo siempre conmigo — dijo Lemale, sacando un medallón de plata antiguo. — Aquí está.

Me pareció que en aquel momento los ojos de Maud perdían un poco la serena expresión. En cuanto a sir Archibaldo, exclamó:

El perro mordedor

Hubo en cierta ocasión un perro que, sin ladrar ni enseñar los dientes, mordía a cuantos se acercaban a su casa. Harto ya su dueño de sostener altercados y pagar medicinas, resolvió ponerle un collar con cascabeles, para advertir al público que corría peligro. Pero el perro, que era tan malo como tonto, pensó que lo que le habían colgado era una condecoración y desde entonces miraba a los demás perros con desdén. Un mastín honrado se le acercó a la oreja y le dijo:

—Piense, hermano, que no todo lo que se cuelga al cuello es honra; pues hay condecoraciones que el llevarlas debe causar vergüenza.

—¡Pero si parece uno de los caballos de Maud...! ¡Qué extraño...! ¿Me puede usted prestar por un momento el medallón?

—Con mucho gusto — dijo Lemale, desprendiéndolo de la cadena y dándosele a Macleod.

Por desgracia, Maud tuvo en aquel momento la ocurrencia de asirse fuertemente del brazo de su marido, y este gesto involuntario o calculado (verdad es que el balanceo era muy grande) tuvo por resultado hacer que Archibaldo soltase el medallón, que cayó al mar.

—¡Las Roches-Douvres! — anunció el portavoz, formidable como un trueno.

Era el capitán Pasquiou, viejo lobo de mar, que desde lo alto de la pasarela nos prevenía de la proximidad del siniestro escollo. Nuestros ojos se dirigieron al faro, que se perfilaba en el horizonte, con la rigidez de uno de esos candelabros mortuorios que se ponen alrededor

de los catafalcos.

—Pues yo — dijo mistress Macleod a Lemale — explicaría así las cosas... No creo en las "mermaids", soy demasiado práctica para eso, pero sí concibo a una mujer joven, seductora, un poco coqueta — como yo — escapada de un naufragio y recogida por los guardianes, cuya vida comparte una semana. ¿Acaso puede culparse a esa mujer si hombres rudos, habituados a tratar con aldeanas toscas, se enamoran de ella? El más viejo estaría celoso del más joven, al que prefiere la muchacha, y una noche se entabla entre los rivales una lucha feroz, a muerte. ¿Acaso no ocurren historias de esas todos los días...? La mujer permanece sola en el faro después de la muerte de los guardianes, y por la noche enciende la linterna como lo ha visto hacer a sus compañeros. No quiere que los barcos se pierdan por culpa suya y espera sin miedo la llegada

del balizador y las preguntas de los magistrados. Sin embargo, preferiría no verse mezclada a un drama judicial: de ellos siempre se sale con algunas salpicaduras de lodo. Es lógico suponer la situación de angustia en que se encontraría, pensando siempre en la probabilidad de escapar de un lugar tan poco atrayente para cualquiera, menos para una mujer. Y como se presenta la ocasión de dejar el faro, la aprovecha, no sin haber arrancado antes las hojas del "Registro" que traicionarían su incógnito. Supongamos que sea un pescador el que haya visto y contestado a las señales: como la joven conserva algún dinero, lo ofrece a cambio del silencio del pescador, quien deberá dejarla en algún punto cercano desde donde podrá ir a otra parte. Todo se realiza en las condiciones deseadas... Y ahí tiene usted, señor Lemale, como sin intervención de la mitología submarina, llego a explicar perfectamente lo que usted llama el misterio de las Douvres.

El ingeniero se inclinó sin responder, poco deseoso, sin duda, de entablar una discusión inútil.

Maud, entonces tocó otro tema de conversación.

Poco después, mientras los pasajeros bajaban a la lancha, encontré a Lemale apoyado en la barandilla.

—¿Piensa usted siempre en la "mermaid" de las Douvres?

Me miró con aire de reproche.

—¿Cómo? — dije. — ¿Está usted resentido con mistress Macleod...? Eso no está bien: había un cabello en su vida y ella lo ha sacado.

—Pienso — contestó Lemale — en esa fuerza extraña que empuja a todos los criminales "mermaids" o simples humanos, a errar por los sitios en donde han dejado sangre...

DEFINICIONES

La dignidad es una majestad que resulta de un entendimiento recto y serio.

La sagacidad es una dote feliz del alma, que le permite distinguir, en cada circunstancia, lo que conviene hacer; es la penetración del espíritu.

La conveniencia es la mezcla de la franqueza y de la prudencia; es la regularidad de las costumbres.

La belleza del alma es el instinto que nos lleva hacia todo lo que es bueno.

La grandeza del alma es la manera noble y distinguida de portarse en todas las circunstancias; es la dignidad guiada por la razón.

La piedad es la justicia respecto a los dioses; el homenaje voluntario que le tributamos; el sentimiento y la noción de los honores que les corresponden.

El bien es lo que no se relaciona sino consigo mismo.

La intrepidez es una fuerza que nos hace inaccesibles al miedo.

La insensibilidad es el don de no ser excitado por las pasiones.

La paz es el descanso del odio de los enemigos.

La pereza es la flojedad del alma, el entorpecimiento de su parte irascible.

La habilidad es el talento de ver con exactitud el fin de cada cosa.

La amistad es una comunidad de pensamiento acerca de lo bueno y de lo justo; el propósito de llevar igual vida; la unidad de los deseos y en la conducta; la resolución común de amarse durante la vida; la participación en la felicidad y en la desgracia.

La nobleza reside en la dignidad de las costumbres y en el hábito de conformar las palabras con las acciones.

La elección es el resultado de un buen examen.

PLATON.

El

FRAY MOCHO

se imprime con

Tintas

importadas por

PEDRO WEINSTOCK

Medrano 226

U. T. 63, 1675 Almagro

BUENOS AIRES

Por qué destruyen los terremotos

¿A qué se deben los horribles destrozos que causan los terremotos?

La explicación del fenómeno está en que la tierra se enfría. La temperatura del planeta disminuye constantemente, porque su calor interno se pierde en el espacio sin que el ardor del sol baste para compensar esta pérdida.

Los cuerpos, en general, al enfriarse disminuyen de volumen, y el globo terrestre que no es más que uno de tantos cuerpos, a medida que se enfría se contrae más y más.

Pero todos los cuerpos no obedecen a esta ley en la misma medida; unas sustancias se contraen más rápidamente que otras, y como la tierra está compuesta de muy diferentes sustancias, de rocas de muy diversas naturalezas, la contracción no se verifica de un modo uniforme; unos puntos se encogen más, otros menos, y de aquí que las capas superpuestas, o extractos, como dicen los geólogos, que constituyen la corteza terrestre, vayan tomando la forma de pliegues, como la piel de una manzana que se seca. En la manzana, los pliegues alcanzan sólo una profundidad insignificante, mientras que en la tierra los mismos pliegues alcanzan la profundidad o la altura de miles de metros. De este modo se han formado los lechos de los mares y los

relieves de los continentes, los valles y las montañas.

Este arrugamiento, valga la palabra, de la corteza terrestre, es constante, pero tan lento que el hombre no ha podido todavía descubrir un aparato para medirlo directamente.

A cierta profundidad, las capas o extractos, que por su estructura son menos resistentes, sufren una enorme presión: la presión lateral, que viene de los extractos adyacentes, y que podría compararse a la que experimenta un individuo dentro de un local demasiado lleno de gente, y la presión vertical, debido al peso de las capas superiores. Entonces el extracto menos fuerte se pone en movimiento, y poco a poco se repliega sobre sí mismo, llegando a romperse, o bien penetrando, como una cuña, entre las masas inmediatas. Si éstas tienen resistencia bastante para soportar su empuje, el avance del extracto movido se verifica gradual e insensiblemente; pero si llega a un punto donde la masa que se opone a su paso es demasiado débil, ocurre lo mismo que cuando colocamos un objeto muy pesado sobre otro demasiado ligero: este último cede, y el sistema formado por los dos objetos se disloca y desbarata.

Téngase en cuenta que las capas de la corteza del planeta tienen a veces centenares de metros de espesor, y se comprenderá por qué uno de esos derrumbamientos subterráneos es traducido sobre la superficie de la tierra en terrible catástrofe.

La geología enseña de un modo gráfico los efectos que esos desquiciamientos producen la corteza terrestre.

Hoy día se observa, después de algunos terremotos, como en San Francisco, que la superficie de la tierra queda formando ondulaciones y simas.

Tales observaciones hacen estremecer al pensar en el destino que, en el transcurso de los siglos, le está reservado a aquellas regiones y pueblos que se hallan situados en zonas reconocidamente volcánicas.

¿Se puede fabricar el oro?

Varios químicos dicen que sí

"Gracias a uno de mis recientes descubrimientos, la descomposición del plomo en dos elementos distintos, me creo en condiciones de afirmar que en un futuro próximo se podrá fabricar el oro industrial".

En la misma época que el telégrafo transmitía a la prensa de ambos mundos esta sensacional declaración del famoso inventor Tomás Edison, otro norteamericano de gran reputación, el profesor Irving Fisher, anunciaba en una conferencia en la Escuela de Ciencias políticas de Londres, que un químico alemán cuyo nombre oculta, había conseguido fabricar oro en un horno eléctrico, con un metal vulgar.

¿Qué crédito se puede dar a esta sensacional noticia? ¿Es en verdad el anuncio de uno de los más extraordinarios milagros de la ciencia moderna?

El citado profesor asegura que las personalidades que se lo han dicho son fidedignas y serias y que no se puede dudar de su veracidad; pero en esta clase de materias se puede permitir el escepticismo. ¡Hay tantos precedentes!

Recordemos los engaños de Cagliostro con el cardenal de Rohan, y no olvidemos la triste aventura de Price, sabio de gran fama y miembro de la Real Sociedad de Londres.

Para proclamar la verdad hay que ver los resultados de la encuesta de los químicos yanquis en Alemania.

Veremos si la quimera de los alquimistas ha llegado a ser una realidad.

Charlatanes o trabajadores sinceros, no nos podemos mofar de los viejos alquimistas. No perdieron el tiempo mientras soplaban en sus hornos, pues no solamente han aportado inmenso progreso en la química del oro, sino que, si bien es verdad que no llegaron a encontrar en sus crisoles el divino metal, descubrieron algo más grande y más precioso: una idea fecunda, la de que todos los cuerpos se componen de una materia única.

El viejo dogma de la unidad de la materia parecía a la mayoría una cosa tan vana como el movimiento perpetuo y la cuadratura del círculo, y, sin embargo, hoy no estamos lejos de admitir que los alquimistas tenían razón.

Los trabajos realizados desde hace una docena de años nos hacen saber que la materia no es más que energía.

El átomo de materia nos aparece en la actualidad, no como un bloque indestructible, sino como una especie de sistema solar formado de un núcleo central cargado de electricidad positiva, alrededor del cual gravitan a velocidades fantásticas pequeños corpúsculos cargados de electricidad negativa, a los que se ha dado el nombre de electrones.

Los cuerpos no se diferencian unos de otros sino por la cantidad

de electrones que contiene cada uno de sus átomos. En el átomo del hidrógeno se cuentan por centenares; en los del sodio y del mercurio, por millares.

Admitida esta tesis, no hay razón que se oponga a cambiar un cuerpo en otro. El problema consiste en desintegrar los átomos de un cuerpo hasta el punto de hacer salir algunos de los electrones que contiene, y esto es posible teóricamente, pues la naturaleza nos presenta ejemplos de desintegración espontánea. Sin fuerza exterior alguna, el uranio se transforma en torio; después, éste en radio, y luego en plomo. Para esto hace falta mucho tiempo, muchos siglos, y es que la fuerza que une los electrones entre ellos es formidable.

Sir J. J. Thompson ha calculado que la energía intraatómica contenida en 35,5 gr. de cloro sería suficiente para mantener a toda velocidad durante una semana, al mayor trasatlántico del mundo.

He aquí en qué se basa la dificultad de modificar el arreglo de los corpúsculos tan fuertemente unidos.

Hay otra acción física descubierta hace poco, que permitirá a los alquimistas modernos vencer la resistencia intraatómica: la catálisis,

acción que se caracteriza por el hecho de que ciertos cuerpos actúan en una reacción química por su sola presencia. Son economizadores de energía.

Si el químico alemán ha obtenido oro en un horno eléctrico, podemos asegurar que ha encontrado para ello el catalizador apropiado.

Un sabio francés, miembro de la Sociedad Alquimista de Francia, asegura que en un horno eléctrico Clerc-Minet puso 10 gramos de plata químicamente pura. Fundido el metal, metió por una abertura lateral 3 gramos de trisulfuro de arsénico (oroquimente), y después de someter el crisol a la llama del arco, lo dejó enfriar lentamente y obtuvo un pedazo de plata dorada de 9,4 gr., que después de analizado dió 0,096 gr. de oro puro.

En segunda experiencia obtuvo con 10 gramos de plata, 0,507 gramos de oro puro, con todas las características del precioso metal.

El consumo universal de ciertos productos

Muchos artículos que casi pasan inadvertidos para la mayoría de la gente, alcanzan una producción asombrosa. Por más que la pluma tintero se ha captado el aprecio universal, las plumas corrientes de acero se siguen fabricando con gran abundancia, como si la competencia no les hiciera mella alguna. En la fabricación de plumas se consumen cada día cuatro tonela-

Fotografiados - Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, catálogos, folletos, y otras publicaciones

Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —

Pujol & Cía.

B. Mitre 1259

Buenos Aires

UNION TELEF. 38, MAYO 2589

das de acero, y de cada tonelada salen un millón y medio de ellas.

Otro artículo de acero de gran consumo es la aguja de coser. Se consumen diariamente de tres a cuatro millones de agujas, o sean unos 1.400 millones al año. Se incluyen esas agujas las que se ponen en las máquinas de coser. De estas máquinas se venden en el mundo cuatro mil cada día.

Los alfileres se consumen en mayor cantidad que las agujas porque son tanto del uso masculino como del femenino. La producción diaria de este artículo alcanza a diez millones de alfileres solamente en Europa, y puede suponerse que entre los Estados Unidos y el Japón producen otro tanto. Suponiendo que en todo el mundo no se consuman más de quince millones de alfileres por día, resulta un consumo total a razón de un alfiler diario por cada diez habitantes del globo.

En sal, pimienta y mostaza, el mundo consume y desperdicia enormes cantidades. Cada día se consumen en el mundo 80 toneladas de pimienta, 220 de mostaza y 80.000 de sal. De esa cantidad de sal, la mayor parte se consume en operaciones químicas, otra parte se desperdicia y el resto de ésta, en la cocina y el comedor.

Por lo que hace a la ropa, los tres materiales principales de que ella se hace, son: la lana, el algodón y la seda. Los telares del mundo producen diariamente entre tres y cuatro mil toneladas de lana, de las cuales, buena parte va en cortinas, tapetes, mantas de cama, etc., y lo demás en telas de vestir. Mucho más crecida la producción de tejidos de algodón, se calcula que las tiendas del mundo venden diariamente once mil toneladas, por lo menos, de artículos de esa fibra. Y con respecto a la seda, con ser tan cara para la mayoría de la gente, el consumo diario en el mundo es de 700 toneladas.

RETRATO

Especial para FRAY MOCHO.

Gentil, graciosa, delicada y bella,
Como la flor que llena de ufanía
Abre su cáliz a la dulce estrella,
Que se disipa con la luz del día.

Son sus cabellos de color dorado,
Bellas cascadas de ondulante éfluvio,
Que sobre el cuello de marfil rosado
Van descendiendo como un gran diluvio.

Muestra en el claro de la azul mirada
La sencillez que de su ser rebosa;
Y en su pupila lleva reflejada
Como una virgen su inocencia hermosa.

Late en su pecho un corazón muy tierno,
Donde hace nido un ruiñón amado,
Que en dulces himnos de cariño eterno
Canta la dicha que el amor le ha dado.

Todo es en ella majestad que encanta,
Todo es dulzura y celestial belleza;
Brilla en su frente la diadema santa
Que simboliza angelical pureza.

Y al contemplarla de hermosura llena
Cuando a la fuente su cantar remeda;
Olvida el alma su constante pena,
Y al escucharla enajenada queda.

JOSE VAZQUEZ.



Un abanico demasiado moderno

Por Enrique Jardiel Poncela

Cuando gané el centro de la habitación, cuando abrí los brazos, cuando incliné tristemente la cabeza, suspirando: "¡Soy muy desgraciado!", mi tía Evangelina me lanzó una mirada terrible y me dijo: —No te canses, sobrino; sé lo que vas a decirme. No tengo dinero.

Aquella perspicacia me desconcertó al pronto; mas no me fué difícil recobrarme y hace una de mis mejores escenas para ablandar el corazón de la tía y para situar su ánimo en el tobogán del desprendimiento, esto es, para que me diese unos billetes de Banco.

Mi tía Evangelina era algo cardíaca, y su viscera se ablandó una vez más; pero desgraciadamente, la pristina confesión era exacta: no tenía dinero. Sin embargo, no todo estaba perdido. Tía Evangelina se levantó, fué a una vitrina, que era el alcaide de la antigüedad, y sacó de ella un abanico precioso.

—Tía, — me dijo. — Véndelo, empuñalo; haz lo que quieras. Fué un regalo de mi pobre abuela, pero me desprendo de él con gusto. ¿Qué no haré por tí?...

Y estuvo a punto de llorar; pero yo le aconsejé que lo dejara para las ocho de la noche, hora en que había de volver a verla, y ella prometió aplazar su llanto, con lo cual el abanico y yo nos marchamos rápidamente.

El abanico tenía el varillaje de nácar jaspeado, y el país de seda, con pinturas lo bastante feas para que fuesen bonitas. Estaba roto en algunas partes y ofrecía un conjunto muy estimable para cualquier anticuario corto de vista.

Penetiqué en la primera tienda con un aire triunfal. El anticuario era un viejo gordo y mal encarado.

—¡Hola! — dije familiarmente, como si conociese aquel hombre desde la entrada de Napoleón en Mantua.

Dejé el abanico abierto sobre el mostrador, y añadí:

—¡Tontería de abanico! ¿Qué? ¿Cuánto?

El viejo lo miró un segundo y lo empuñó de nuevo, murmurando:

—No me sirve. Es demasiado moderno.

Le miré aterrado. Esperaba cualquier cosa menos semejante monstruosidad.

—¿Moderno?

—Sí, sí; moderno. Es un abanico de mi tiempo.

—No tendrá usted la pretensión de creerse moderno—le dije un poco enojado.

El viejo se alzó de hombros.

—No me sirve.

Salí; crucé la calle e hice irrupción en la tienda de enfrente. Aquí el dueño era dueña; una mujer con peluquín y cara de idiota del Renacimiento, que estaba embutida en un sillón. Contemplé el abanico.

—Esto es muy moderno—dijo.

Y me agredió con esta pregunta:

—¿Cuánto quiere?

—Cien pesos — exclamé heroico.

La mujer sonrió como un conejo con reuma.

—Uno y cincuenta — dijo.

—Que le den a usted morcilla, señora.

Y pisé el arroyo otra vez, pesaroso de haber aconsejado tal crueldad a una dama.

Felizmente aquella era la calle de los anticuarios; diez metros más arriba se abría un establecimiento análogo. Los dueños eran dos individuos de esos cuyo encuentro a solas en una calle oscura, excita a la entrega súbita de la cartera. Les presenté el abanico, ya con cierta timidez.

—¿Les conviene?

Miraron el varillaje; miraron el país.

—El país está muy mal — exclamó uno de ellos.

—¿Usted sabe de algún país que esté bien hoy día?

—Además es muy moderno — agregó el otro. — No nos vale.

Y me despidieron con un gesto.

En la esquina fronterá había una cuarta tienda de objeto antiguos. Despachaba un joven. Dejé en sus manos el abanico sin pronunciar una sola palabra.

—Tome — dijo al instante, devolviéndomelo. — Es demasiado moderno.

Entré en nueve tiendas más sin lograr que me dijese algo más original de lo que me habían dicho hasta entonces.

Cuando agoté las casas de antigüedades, me di a recorrer las de compraventa. Idéntico resultado.

—Es muy moderno.

—Es moderno.

—Es demasiado moderno.

Me sentí realmente fatigado.

Pero gracias a un potente esfuerzo aún me zambullí en otro establecimiento. Detrás del mostrador se alzaba un ciudadano con patillas y cara de alfombra turca.

—Vea si le conviene este abanico.

Lo miró, lo remiró; se colgó unos lentes, volvió a mirarlo. Lo examinó al trasluz y luego bajo una bombilla de cien bujías. Por último lo extendió hacia mí.

—Es demasiado moderno — declaró, como quien ha descubierto una nueva momia egipcia.

Fué entonces cuando me senté en una silla y me dispuse, pausadamente, a fumar un cigarrillo.

—¿Desea usted algo más? — inquirió el tendero.

—No, no — respondí. — Haga lo que tenga usted por costumbre; cierre la tienda, póngase a almorzar...

—Pero...

—No me diga nada, amigo mío — concluí. — Me he sentado para hacer tiempo a que el abanico sea lo bastante antiguo.

Y prendí el cigarrillo.



Incubadoras automáticas

Aves de raza y huevos para empollar. Útiles para la cría de aves. Colmenas, abejas, y accesorios para apicultura. Implementos y aparatos para la industria lechera. Peladoras, secadoras, esterilizadoras y demás máquinas para la conservación de frutas y legumbres.

Pida lista de precios del renglón que le interesa mencionando esta Revista a

Grandes Establecimientos Excelsior
JURAMENTO 5148 BUENOS AIRES

Inmigrante aquerenciado

(Del libro "Tierra amanecida", recientemente aparecido).

La fe revoloteando dentro del pecho
partió rumbo a comarcas de abundancia.
Sobre sus pocos años bien derecho
superaba el recuerdo y la distancia.

Su dinero y su lágrima escondida
era humilde secreto en el pañuelo.
Aclarando los fondos de su vida
ilusiones pastaba su desvelo.

Ojos turbios de lloro y mar reciente
y en el alma confusa su optimismo
en dualidad con su evocar doliente.
De pampero y de cielo fué el bautismo.

La aventura era dócil en sus manos,
y llevando al futuro de la brida
respiró madrugadas en los llanos
y en tierra litoral plantó su vida.

El sol tostó su faz, su libre brazo
desnudado en esfuerzo masculino,
el campo austero y el trajín machazo
le ensancharon el alma y el destino.

Intimó con las cosas primordiales
y en torpe idioma su emoción las dijo.
Sauzal, lluvia, jagüel, campos iguales
lo agrandaron de amor y regocijo.

Detrás de sus vigiliadas numerosas
vió llegar una mañana color fiesta,
grato como el camino de las chozas,
piadoso como sauce en ardua siesta.

Encontró la mujer y vino el hijo
en cuyos ojos cosechó dulzura.
Se alegró como un árbol el cobijo,
y el tiempo fué un reposo de llanura.

Y clavando la reja en sus terrones
o embolsando el tesoro de sus eras,
pulsador de jornadas y estaciones
se adueñó de las horas venideras.

Como en sus llanos entrará en lo eterno.
Piensa un campo más grande y postrimero
donde regir la seca y el invierno.
Y estará junto a Dios que es su aparcero.

CARLOS MASTRONARDI.

La lujuriente naturaleza americana traspasa las líneas del ensueño en la República del Ecuador.

Su escasa extensión, comparada con otras grandes repúblicas del Continente, no resta un ápice ni a su belleza, ni a su riqueza tan inagotable, que gran parte de ella está inexplorada.

Es su riqueza madre, dada por la pródiga Naturaleza, y no depende de nadie ni de nada, porque se está renovando todos los días.

Baste decir que hay en el sur las célebres minas de oro de Zamora, que se están explotando desde el año 1500, y cuyas vetas resistirán, sin agotarse, cuantos drenajes pueda inventar la codicia de la moderna industria.

Corona su escudo el cóndor, como corona la cima de la cordillera andina, en cuyo regazo está recostada por el Sudoeste, asomándose por el Sudeste al gran ventanal del valle del Amazonas.

Allí las montañas y los ríos se disputan su fragor y sus corrientes en un combate gigantesco que hace del Ecuador el escenario más imponente de la Naturaleza. Los volcanes le ciñen una corona de fuego, con penachos de humo, entre los que vuela el fénix, que nace de las cenizas, y las aguas le tejen manto de encaje con las espumas de sus cataratas, mientras que las selvas vírgenes tienden un tapiz de esmeralda bajo su sollo.

Sus grandes ríos como el Esmeraldas, ponen el interior en comunicación con sus poblaciones y puertos del Pacífico, de tal modo que Quito, su capital, estando en el corazón del Ecuador, puede decirse que tiene todas las ventajas comerciales de una población marítima.

Y para que todo sea típicamente bello en el Ecuador, que bien puede llamarse museo natural de la tierra americana, guarda en un rincón escondido entre las montañas un tesoro étnico, una raza virgen a través de los siglos, virgen en su sangre, en su religión, y hasta en su idioma, la raza de los jíbaros, indígenas nativos que nada tienen que ver con los quichuas y que no son, por tanto, descendientes, como éstos, de los incas.

Son salvajes en sus fueros, en su indumentaria somera y en sus costumbres primitivas, aunque no lo son en su trato; y el gobierno respeta su independencia moral y fisiológica como una reliquia, no obligándoles a perder su leyenda secular, que sería para ellos perder la vida.

No se han ceñido, como los quichuas, a la vida y a las costumbres de los blancos, descendientes de los españoles que constituyeron la nación luchando por su independencia y la colocaron en el consorcio del mundo civilizado.

Han continuado en su pequeño rincón, el más abrupto e inhóspito del país, viviendo su vida aborigen, que la nación moderna ha respetado como un templo, donde aletea el alma de una raza virgen e insólita, limitándose a ejercer una lejana vigilancia, o mejor dicho, una amable indiferencia, porque su indómita bravura no cons-

Un intercambio original entre los jíbaros

Por Lucio Mancini

tituye el menor peligro para el resto del territorio.

Son muchos los hombres de ciencia que van al Ecuador a estudiar la vida de los jíbaros, cuyo pequeño retiro se ofrece como una visión de leyenda en el poderoso contraste con la civilización que los circunda y los estrecha por todas partes, pisando los umbrales mismos de sus chozas, ante los cuales se detiene generosa y amable y un tanto emocionada por el heroico atavismo de aquel puñado de gente, para la que no han pasado los siglos.

Son descendientes de los primeros moradores, cuando en aquella tierra no había nadie más que ellos y han resistido en aquel rincón el embate de dos poderosas civilizaciones: la de los incas y la de los cristianos.

Merecen que se respete, ya que

Bien pronto se corrió la voz y comenzaron a menudear los ofrecimientos de fusiles por cabezas; y como el jíbaro es un cazador empedernido, comenzó a cortar cabezas de compañeros para obtener fusiles.

Y, entonces, fué cuando el gobierno del Ecuador impartió, para conservar la raza primitiva de los jíbaros, las severísimas órdenes que el sabio noruego y yo íbamos a burlar, en aras de la insaciable y desaprensiva curiosidad científica.

Usan los jíbaros para pescar, una hierba venenosa llamada "barbasco", de la cual arrojan cantidades en la corriente, y tiene tal poder tóxico que alcanza a narcotizar hasta un radio de tres millas a los pescados, a los cuales agarran en pleno sopor de muerte, con sus propias manos, echándose a nadar por entre ellos.

Se venden los clisés utilizados en esta Revista

Dirigirse a la Administración de
FRAY MOCHO

Bolívar, 879

Buenos Aires

no se venere su salvajismo.

Después de la gran guerra, la palabra *salvaje* ha perdido la mitad de su despectiva rudeza; mucho más cuando no se trata de antropófagos.

La cabeza del jíbaro vencido es el trofeo del vencedor, y, después de cortada, la preparan de tal modo que dura colgada a la puerta de la choza de éste durante las sucesivas generaciones.

Algunas de estas cabezas se conservan en distintos museos de historia natural del mundo como un curioso documento, y fué para obtener una de ellas con destino al museo biológico de Trondjem (Noruega), por lo que acompañé al sabio profesor Joarson Madjerson a la República Centroamericana.

Sabíamos que teníamos que hurlar las severísimas órdenes impartidas por el gobierno de Quito, prohibiendo la entrada de armas de fuego y especialmente de rifles, en el recinto de los jíbaros, no porque éstos, aunque estuvieran armados, constituyesen el menor peligro para el Ecuador, sino, precisamente, por conservar sus vidas; pues se daba el caso estúpido de que la ciencia, suprema manifestación de la cultura, estaba excitando infuamente su salvajismo.

Pueblo cazador por excelencia, el primer naturalista que tuvo capricho de obtener una de estas cabezas humanas, tan curiosa como admirablemente momificadas, se encontró con que sólo a cambio de un arma de fuego accedía el vendedor a cedérsela.

La tarea de prepararla es bastante más difícil que la de separarla del tronco, pues primero hay que vaciarla completamente, extrayendo la masa encefálica y luego todo el cráneo, que separan con una habilidad de cirujano de la piel, que, como es natural, queda hecha una bolsa flácida, pero en la cual, por conservarse los ojos, la boca, la nariz, las orejas y todo el cuero cabelludo con el cabello largo, que usan los hombres igual que las mujeres, puede decirse que se conservan todas las facciones.

En esta labor macabra se tarda más de un mes.

Y tuve que ausentarme para Lima quedando allí el profesor Joarson Madjerson, cuyo cabello rojo y colorada faz contrastaban con la negrura de cabello y rostro de los jíbaros, que lo miraban por esta razón como a un bicho raro. Quedamos en que tan pronto como estuviera lista una cabeza me la remitirían a la capital del Perú, con objeto de que yo la retransmitiese a Noruega, pues el rubicundo doctor Madjerson pensaba internarse luego por Colombia y Venezuela, regresando a Europa por Nueva York, donde tenía que asistir a un congreso científico.

Yo me despedí de él para ganar por el río Esmeraldas la costa del Pacífico, quedándome impresionado de cuantas cosas había visto en aquel rincón primitivo, por el que no habían pasado los siglos.

Estaba yo en un hotel Lima recopilando todas las notas tomadas en el rincón de los jíbaros, para la publicación de un libro que verá la luz muy pronto en Cristianía, cuando me entregaron en la habitación una encomienda postal dirigida a mi nombre desde Guayaquil.

Era un pequeño cajón, perfectamente cerrado, y supuse, de inmediato, que se trataba de la tan deseada cabeza para el museo de Trondjem.

Mi curiosidad no admitía demoras y procedí a abrirlo.

Era, en efecto, una diminuta cabeza humana, perfectamente diseccionada. Pero, ¡oh terrorífica sorpresa! ¡Su cabello era enteramente rojo!...

Sus contrahechas facciones no daban la menor idea del rostro colorado y bonancible del doctor Joarson Madjerson, pero su cuero cabelludo y su pelo rojo eran los mismos.

Instintivamente di un grito de espanto y dejé caer dentro del cajón aquel macabro despojo.

El doctor Madjerson no asistió al congreso científico de Nueva York, ni se ha vuelto a haber de él más en el mundo.

En el Museo de Historia Natural de Trondjem está la curiosa e interesante pieza anatómica, que ostenta el siguiente cartel: "Cabeza de indio jíbaro, donación del doctor Joarson Madjerson".

Yo creo que es el símbolo del mayor sacrificio que un sabio puede hacer por la ciencia.



NOVIOS FELICES



Resultaron todos

NOVIOS FELICES

los que compraron sus

Anillos de Compromisos

Cintillos y Alhajas Finas con Brillantes

— en la —

CASA SCARINCI

Florida 142

Buenos Aires

JUEGO de dos Anillos de Oro 18 K., macizos, lo más moderno, \$ 20; 25; 30; 35 y 40.

JUEGOS de dos Anillos con Cintillo de Oro 18 K., y Záfiro Blancos, a \$ 38; 45 y 50.

JUEGOS de dos Anillos Compromiso y Cintillo de Oro 18 K., Diamantes Finos, \$ 60. Con Cintillo de Tres Brillantes Finos, y 2 Záfiro Colibrí, desde \$ 75; 85; 95; 115; 125 y 150.

JUEGOS de dos Anillos Compromiso y Cintillo de Oro y Platino Fino, con 5 Brillantes Finos, desde \$ 95; 115; 125; 150 hasta \$ 500.

Nota importante:

Al efectuar sus pedidos sírvase mencionar «FRAY MOCHO»; tendrán el 10% sobre estos Precios.

Dirigir carta a NICOLAS SCARINCI, Casa Longines, Buenos Aires, Florida 142.

Era el día 12 de octubre de 1904, y a la hora en que el dignísimo doctor José Evaristo Uriburu delegaba el mando supremo del gobierno de la Nación, en el teniente general don Julio A. Roca, reelecto como Presidente de la República.

Después de terminarse la histórica ceremonia de referencia, fui a despedirme del general y al mismo tiempo presenté mis felicitaciones al primer magistrado, quien las agradeció amablemente. Pero, de pronto, con esa metamorfosis, que era tan característica en el general Roca, con la cual exteriorizaba sus cambios morales rápidamente, me dijo:

—¿Por qué se despiden ustedes de mí?... Acaso no quiere ser mi edecán?... En el primer caso espero su respuesta y en el segundo, ¿ha olvidado usted que soy su jefe.

—Señor general, — le respondí, — he creído que el señor presidente tenía ya elegidos sus edecanes y es por eso que no pensé en serio ahora.

—Perfectamente, me doy cuenta que es así: pero si lo ha sido de mis dignos antecesores doctores Luis Sáenz Peña y José Evaristo Uriburu, ¿por qué no serlo de mí?... mucho más siendo militar. — Y extendiendo su mano, agregó: — Alcánceme esa hoja de formulario del telégrafo internacional.

Díle lo que pedía y escribiendo los nombres de los edecanes, exclamó:

—Vaya inmediatamente y dígame al doctor Jofre que haga hacer el decreto respectivo y me lo trae para firmar.

Así lo hice. Firmado por el señor presidente lo devolví al doctor Jo-

De la ánfora de mis recuerdos de edecán

Un reflejo de la espiritualidad del Presidente Roca

fre y entonces guardé, como recuerdo, ese democrático proceder, para recordarlo algún día como me es grato hacerlo hoy.

Cuando llegó el momento de reti-

rarse el presidente Roca de la casa de gobierno, me dijo:

—Vamos...

Entonces el coronel Gramajo, su leal edecán y antiguo amigo, se



El ex presidente de la República, teniente general Julio A. Roca, al dejar la primera magistratura del país el 12 de octubre de 1904, acompañado de sus edecanes, tenientes coroneles Ramón E. García y David Marambio Catán, y coroneles Artemio Gramajo y Palemón González.

apresuró a subir al carruaje de gala; y el general le dijo a Gramajo: —Bájate; voy solo con Catán; quiero cumplir con él un recuerdo de gratitud.

Francamente, mi sorpresa fué grandísima al ser objeto de una demostración tan deferente y jamás pensada por mí; y, respecto al motivo de la gratitud a que se refirió el general Roca, hasta ahora lo ignoro. En cambio, yo le soy deudor de las consideraciones que durante el tiempo que fui su edecán me dispensó, como igualmente su estimable y digna familia.

Una nueva sorpresa tuve en el último día de su presidencia. Llegó el señor Morales, ex director del diario "La Razón" y le pidió al general, le permitiera sacar su último retrato con sus edecanes. El general aceptó y cuando cada uno de los edecanes iban a tomar su lugar, el coronel Gramajo se apresuró a ponerse a la derecha. Entonces el general Roca lo tomó de un brazo y le dijo:

—No, dejad que Catán tome la derecha a todos, ya que no ha sido coronel, pues bien lo merece...

Con ese acto, realizado al terminar su período de mando, el general confirmaba lo que hizo el primer día de su presidencia.

Para complementar lo que dejo narrado, publico junto con estas líneas, la fotografía anteriormente mencionada, con la que me obsequió el general al dejar la presidencia y que conservaré con un sentimiento de eterno respeto y gratitud.

DAVID MARAMBIO CATÁN.
(Coronel).

CUENTO MESTIZO

Por María Efoelc

Cerca de Bahía Blanca, hay un pueblecito llamado Cabildo y en el pueblo existe una capillita, que tiene un cura viejecito, vasco español, el cual, al vivir en esa misera aldea, se hace la ilusión de estar en un pedazo de su tierra natal, sin sentir la nostalgia de aquellas bellas montañas que, difícilmente, volverá a contemplar. En dicho pueblecito pone en práctica las mismas costumbres religiosas que vió oficiar, desde niño, en la campiña de nuestra madre patria.

Nada falta en esa humilde casa del Señor, que la diferencia de una ermita española, sobre todo de las vascuenses. De aquellas solitarias que sirven de descanso al peregrino, incrustadas en las montañas navarras, como es la de San Miguel, que tiene por pedestal el pueblo de Yrañeta. Pero, Santa Ana, la de Cabildo, está plantada en tierra llana, al sud de la provincia de Buenos Aires; no la rodean terrenos elevados ni hermosos bosques, ni corre a sus pies un arroyuelo de agua cristalina, no; y, sin embargo, parece un trocito de Navarra.

Don Fidel, que así se llama el padre, idolatra su capilla. En la huerta pasa sus ratos de ocio; allí tiene un poco de todo, como en botica. Higueras, repollos, tomates, judías, y hasta un castaño; un cerdo y un pollino. También hay un ama de casa, que se llama Mariana, a quien acompañan sus sobrinas. El sacerdote es muy hospitalario; al forastero que llega a su puerta, se le brinda con una jícara de chocolate. ¡Igual que en España!

Para semana santa es donde se luce don Fidel, con sus sermones místicos. Habla, con verdadera fe cristiana, del mal y del bien. Del cielo para los buenos; de San Pedro, con su gran llave que abre el portón del paraíso. Y luego recuerda el infierno, donde van las almas condenadas y son esperadas por el demonio de larga cola y con pezuñas, entre bocanadas de fuego, y las parrillas para asarlos. ¡Ay, qué miedo!

Los feligreses, en su mayoría campesinos, buenos y sin malicia, saben que el padrecito no miente, y lo escuchan con unción.

Estamos en viernes santo: son las 20. La capilla está de luto, casi a oscuras, cubierta de paños negros, porque ha muerto el Redentor. Reina un silencio sepulcral.

Las criollitas, envueltas en sus chales negros, y con sus ojazos de azabache, evocan al padre Fidel, siluetas de Yrañeta. El les había pedido que, en ese día, concurrieran ataviadas de esa manera, en señal de humildad, homenaje a Jesús y respeto al duelo de María.

De vez en cuando se oye una carraspera, o el paso de una devota, que entra al templo apresuradamente.

Frente al altar hay cuatro hachones prendidos, y en el suelo yace tendido un Cristo sobre un jergón de chala, forrado en rústica arpillera.

Así recomendó el padre, a las hijas de María, que lo colocaran. Nada de almohadones de raso o felpa, ni borlones dorados; nada de bordados y lujos. Todo había de ser sencillo, como aquel que murió en la cruz por nosotros.

A los pies de Cristo, está una bandeja de níquel, para que en ella depositen los creyentes su ofrenda.

En el atrio de la ermita hay cuatro monaguillos. Dos llaman con sus matracas, apurando a los morosos, los otros sostienen unas cañas flexibles, de cuyas puntas penden unos farolillos, que se balancean a derecha e izquierda.

Fortunato, criollo viejo, jugador y tramposo, había llegado al pueblo con miras de "desplumar" a alguien. Poco entendía el hombre de cosas religiosas.

Pasa, en aquel momento, frente a la iglesia, montado en su moro, y llamándole la atención aquello, se apea, ata su pingo en una argolla de la vereda y entra en el santuario. Quitase respetuosamente el chambergo, y toma asiento en un banco, junto a unas mozas.

Ve que todas se levantan de a una, se arrodillan junto a la cruz, se santiguan, besan los pies del Redentor y, antes de retirarse, ponen una mano sobre la bandeja, haciendo sonar un ruido metálico. El paisano sigue con curiosidad todos estos movimientos, y al ver que también los hombres se aproximan hasta el Cristo, se interroga en alta voz:

—Pero, ¿qué juego será éste? ¿Qué harán con tanta chirlita?

Y no pudiendo ya contenerse por más tiempo, se levanta de su asiento, atraviesa la iglesia y se acerca al Cristo, ejecutando todo aquello que vió hacer. Al poner la mano sobre la bandeja, nota que hay muy

Acaba de publicarse

EL ALMA DE MIS HORAS

Poesías por

RICARDO ARÁMBURU

Un volumen en 8.º, con un retrato del autor y primorosas tricomías publicado por la CASA FRANCO-IBERO-AMERICANA, de París

PRECIO: \$ 8 m/n.

DE VENTA: En la Agencia General de Librerías y Publicaciones, Rivadavia 1573, Bs. As., y en las principales librerías.

pocas monedas; entonces, tomando un puñado de ellas y haciéndolas bailar en la palma de la mano, se da vuelta hacia la concurrencia, y dice, radiante de felicidad:

—¡Ahijuna, si no me apuro me quedo sin ninguna!

Don Fidel, absorto en sus deberes religiosos, no se apercibe de lo ocurrido, y exclama, desde el púlpito, con dulce voz:

—Sí, hermanos míos en el Señor; no se mueve la hoja de un árbol, sin la voluntad divina.

LA CHICHARRA

Somos volubles e inconsecuentes y olvidamos de apreciar la belleza, de rendir culto a nuestros mayores.

Cuántas veces contemplamos indiferentes el prodigio de la vida, la maravilla sin par de la Naturaleza.

La chicharra no es así.

Cuando nacieron los animales y las plantas y supieron que su rey, el Sol, era quien les daba alegría, calor y vida, resolvieron festejar su diaria visita con homenajes y fiestas.

Los árboles se cubrían del más fresco follaje, se colmaban de flores, otros se adornaban de frutos y hasta las más humildes hierbas volvíanse fragantes o pedían a las gotas de rocío que les limpiasen sus hojitas verdes.

Los pájaros entonaban sus más bellos himnos; reía con las aguas la brisa juguetona, y la luz, hija del sol, corría desnuda con su paleta luminosa, repartiendo brillantes colores.

Los animales estrenaban trajes: el lagarto su armadura amarilla, la lagartija su corselete verde, las comadrijas su vestido marrón, los zorros esponjaban sus colas y las ranas músicas tocaban su sonata en las dos teclas de su pianito de vidrio.

La chicharra, que no poseía galas, resolvió:

—Cantaré.

Y se fué a tomar unas lecciones de ese arte.

Y cuando vió que el rey Sol brillaba glorioso: cantó! Humilde, simple y ferviente, sigue con su pobre canto rindiendo culto a su Dios, mientras el lagarto haragán está echado sobre las piedras calientes, la lagartija corre, como si jugara a las esquinitas, y los otros animales, olvidados de su deber, duermen o se divierten.

MONTIEL BALLESTEROS.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . . \$ 2.50	Trimestre . . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre . . . 5.00	Semestre . . . 6.00	Semestre . . . 4.00
Año . . . 9.00	Año . . . 11.00	Año . . . 8.00
N.º suelto . . . 20 cts.	N.º suelto . . . 25 cts.	
N.º atrasado . 40 "	N.º atrasado . 60 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

Encuadernación en formato grande	En cuero	En tela
cada tomo \$ 12.—	3.70	
Tapas sueltas " " chico	3.—	
" " " grande	9.—	2.—
" " " chico	6.—	1.50

«La flor de mi campo».

El señor Julio Díaz Usandivaras es el autor de esta obra. Con un plausible afán de perfección espiritual, nos ofrece la "primera selección de sus mejores composiciones" poéticas, en un libro de formato original, que nos impresiona agradablemente con el conocido óleo de Bermúdez, reproducido en excelente tricolor. Dentro del volumen, como para subrayar los mejores motivos de la inspiración, encontramos una página musical y un conjunto de dibujos de artistas bien probados en ese género.

Sabemos por experiencia propia, que uno de los pesares más grandes que acosan al que vuelca su alma en cualesquiera de las actividades artísticas, es la de ver cómo medio mundo es capaz de recorrer hasta con fruición nuestra labor, sin percatarse de aquello que es el núcleo primoroso de una estrofa, de un tema melódico, de una pincelada pictórica, de un volumen escultórico... ¿Habrá querido por eso ilustrar así su libro Usandivaras? Y en este caso, ¿alcanzará con ello su anhelo, que es la ansiedad del que siente y quiere bien?

No importan las respuestas. Todo es posible. Y ojalá, decimos con espíritu didáctico, las consecuencias favorables abunden.

Yo he dicho muchas veces que los auditorios más aguilatados no advierten en una conferencia o en un recital los propósitos científicos o artísticos centrales, que son eje y que caracterizan el desempeño como original. Hay por ello que decir, que demostrar, que explicar mucho. Y, así, creo que en su mayor parte no se ha hecho más que llenar los oídos de rumores rítmicos y ofrecer un agradable espectáculo visual de mimica, en esos "recitales", sin previo comentario de lo que se dirá. ¿Se duda acerca de esta aseveración? Interróguese, después de la reunión, a la salida, cuando aun vibran los mejores aplausos, y se probará con éxito.

Aunque el libro se haga caro, aunque el valor poético no se multiplique por ello, creo que hace bien quien puede ilustrar su obra con el propósito didáctico que anoto. Al fin de cuentas, el buen libro no es sólo un regalo para los dioses. También puede leerlo y debe leerlo el mozo de pocas letras o la niña de los quehaceres domésticos. Porque si la ilustración puede ser un privilegio, la emotividad será siempre un don. Y en ese caso el derecho al placer estético está por sobre todo otro derecho.

El libro de Julio Díaz Usandivaras es la obra de un hombre culto, sentida frente a la tradición y la vida rural que cimenta las ideas de patria y nacionalismo. El habitante de las urbes descubrirá allí lo que para él será como un ambiente de leyenda exótica. El habitante de la campaña verá como en una nítida cinta de cine — el lenguaje correcto, — los objetos y el familiar panorama donde se mueve su existencia, no ya en la rudeza que acaso le arranca protestas amargas a diario, sino la movilidad armónica de cosa que se eleva, se tamiza y se evoca, más que palpada, coloreada en las regiones del símbolo.

El realismo en el arte es una de las más felices aproximaciones a la verdad, sin duda. Porque el naturalismo, sin ser toda la verdad, resulta grosero y repugnante cien ve-

ces, por llegar casi hasta su contacto.

Abramos ahora *La flor de mi campo*. La primera poesía nos describe un precioso cuadro. Bien los trazos, reales los motivos, oportuna y propia del alma nativa la reflexión final, zaherida con el eterno aguijón del escepticismo gaucho.

Estos dos versos y mejor el último, vuelcan sobre el cuadro todo el colorido que vivifica la escena: "...y en el silencio vespéral oraban los monjes taciturnos de los álamos".

llo. Como para que las canten en las ramadas los gauchos que no han cambiado la vihuela por el fonógrafo, — sucesor del acordeón y a la vez antecesor regularmente ilustre de la radiotelefonía populachera.

He aquí una demostración:

"Otra vez, como el zorzal, de la enramada campera, vuelvo con la primavera a tu florecido rosál."

El gaucho sentimental soy, que en tus rejas cantó, y una lágrima vertió cuando, a su dolor, tirana,

escrita con gran acierto. El paisaje, la circunstancia, el peligro, la reacción épica del criollo por las propias inducciones de su astucia, la disposición feroz de las bestias y el hábil recurso de golpear el guardamonte, no son expresiones ni imágenes que se inventan: son motivos que se han vivido y se han sabido evocar con maestría. El verso final es, más que un insulto viril, un ansioso y explicable grito victorioso del coraje y del ingenio gaucho, que se imponen.

"Canción de ausencia" es un poema, al estilo de algunos de Caminos, que se siente, porque el autor ha vibrado en la emoción simple pero honda del corazón campesino.

En cuanto a la técnica del verso nada hay que agregar. Bien sabe Usandivaras que sobran las formas conocidas para echar en ellos los condimentos indispensables: inspiración y talento.

La flor de mi campo es un libro sano y hermoso. Julio Díaz Usandivaras es un poeta de mucho mérito.

JUAN MANUEL COTTA.

Tandil, 1926.

«Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo», por el Dr. Ernesto Quesada.

Ha aparecido recientemente en un opúsculo la conferencia dada por el doctor Quesada, en la Universidad Mayor de San Andrés, en La Paz (Bolivia).

Del éxito obtenido por el distinguido profesor argentino en esta forma tan plausible de intercambio y vinculación hispano-americana, da una idea las noticias que dieron los diarios paceños y que acompañan a este folleto. No es de extrañar que tal cosa haya ocurrido, porque, aparte de otros factores, interviniera decididamente el hecho de ser el doctor Quesada, quizá el profesor argentino más autorizado para hablar sobre Spengler, no sólo por su conocimiento personal entablado en Munich con el famoso filósofo alemán contemporáneo, sino también por los numerosos trabajos publicados sobre su personalidad e ideas, entre los que podemos citar, además del que nos ocupamos "La sociología relativista spengleriana", "La evolución sociológica del derecho según la doctrina Spengleriana" y "La evolución del derecho público (política y economía), según la doctrina Spengleriana".

Son muy interesantes y dignas de meditación las conclusiones a que arriba el doctor Quesada acerca de un posible advenimiento de una civilización netamente americana que, según sus propias palabras, asombrará al mundo en la forma del nuevo ciclo cultural, con otras orientaciones y distintos ideales de los sensuales y materiales de este período de senilidad y chochez, en que se va extinguiendo el ciclo actual.

Y en otra parte: "Precisamente, el estudio de los problemas sociológicos de la post-guerra ha demostrado a la luz de la doctrina spengleriana, la más absoluta bancarrota de la cultura occidental."

Abonando este trabajo por sus prestigios y conocimientos, es indudable que ha de llamar la atención, sobre todo por la valentía y preparación con que encara los problemas americanos, basado en las teorías de Spengler.

R. de C. E.

PAPEL Y TINTA

AVISOS ESPECIALES

MEDICINA

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18

LIBERTAD 73, U. T. 1382, Avenida

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear

ATIENDE ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJICO 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi

OCULISTA

JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2

BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan

DENTISTA CIRUJANO

De 14 a 18 SAENZ PEÑA 210
U. T. 89, Mayo 6837

Dr. A. R. Zambrini

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oídos del Hosp. San Roque

VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Sebillau (Paris)

Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1376 U. T. 8857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson

MATRIZ, OVARIOS Y CIRUGIA
DE SEÑORAS
B. MITRE, 1256. U. T. 422, Adregué
ADREGUÉ

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAYO

Médico oficial del Círculo de
la Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.

RIVERA 1278
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. Chacrita 2612

¿Cómo el dibujante se olvidó de esos imprescindibles monjes taciturnos?

Ahora, mi observación a un verso, basada en mi experiencia campera: "del reluciente lazo bien sobado". Las "sogas" sobadas no relucen. El lazo que más ha trabajado sin deteriorarse es lustroso; es el lazo propio del buen criollo que cruza altivo en su pinga junto a la carreta rechinante.

Yo diría así, haciendo el elogio del importante instrumento de las labores tradicionales: "del reluciente lazo bien trenzado".

Un lazo bien trenzado es un lujo. No creo que mi observación minuciosa amengüe en la menor cantidad la belleza del poema. La anoto para probar el interés con que leo los libros buenos de los autores que estimo.

Muy hermosas son las décimas que construye Usandivaras. Y están escritas en un lenguaje sencili-

te asomaste a la ventana para decirle que no".

El espectáculo de la doma con todos sus pormenores y consecuencias, lo encuentro notablemente pintado en los catorce versos de un soneto. Podría decirse, después de leída la composición: *eso es todo*. Claro que literariamente hablando. Igual cosa tendríamos que opinar sobre "La herra" o "La esquila".

"Don Juan", el tremendo Don Juan del apasionado amor a las gallináceas, está bien tratado en sus andanzas. "Los sapos", es una composición que se destaca por más de una interesante sugestión. Así, entre otras, cito las referentes al canto de los mismos, acosados por la visión de sus neurastenias, y la que alude a la filosofía de su letargo invernal.

"El quebracho", "El palenque" y otras, son composiciones de un aliento superior, logradas con éxito.

"Toros chúcaros", es una poesía

LA AMPLIFICACION DE BAJA FRECUENCIA

Varios son los tipos de amplificación de baja frecuencia que se emplean en los aparatos de radio, teniendo cada una de ellas sus ventajas e inconvenientes, a objeto de hacer un estudio que permita a nuestros lectores conocer todos los tipos existentes y poder así apreciar la forma en que éstos trabajan, vamos a analizar uno por uno los cuatro tipos de amplificación más conocidos, dando para cada uno de ellos la forma de construirlos y todos los datos necesarios.

A veces se hace difícil recomendar un tipo de amplificador, si no se ha dado con anterioridad los datos del aparato usado o los usos a que se destina la música que se recepta. Es fácil comprender la diferencia que existe entre el tipo de amplificador, necesario para escuchar las audiciones de música de teatro en una pieza y el necesario para hacer oír a miles de oyentes en una plaza, aparte de los utilizados en la recepción telegráfica, que difiere en gran parte de la recepción musical.

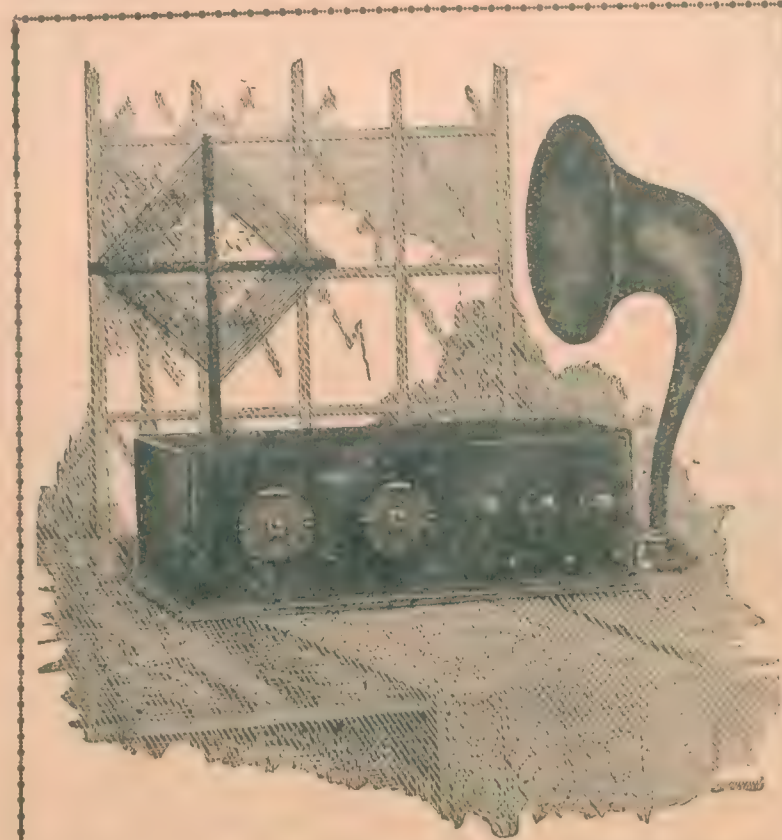
Al final de la indicación de cada tipo, haremos la discusión de los tipos principales y en la forma que debe elegirse un amplificador, según sean los usos a que se destine el mismo.

AMPLIFICACION A TRANSFORMADORES

Este tipo de amplificador es el más usado por los aficionados de todo el mundo, pues puede hacerse en la forma más económica posible, si bien es cierto, a veces sacrificando la calidad de los sonidos. En general, puede aceptarse que un amplificador a transformadores llena todas las necesidades, cuando éste se compone de dos etapas solamente, pues la adopción de una tercera etapa sólo servirá para producir una música, si bien es cierto de un volumen enorme, con la consiguiente distorsión, que no permitirá que la audición sea agradable al oído. Además, es difícil obtener altopar-



RADIOTELEFONIA



Es fácil, cómodo y agradable gozarse de la radio con un RECEPTOR MENTRUYT A CUADRO

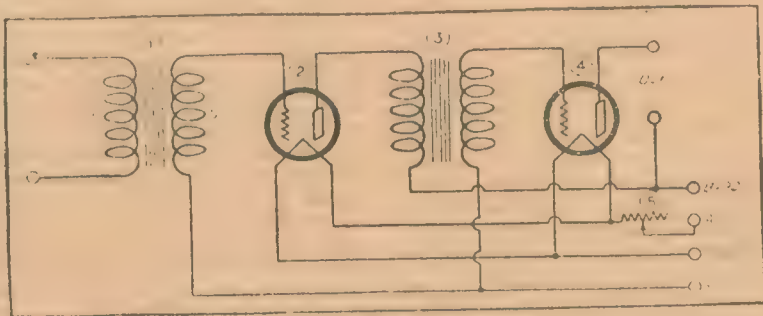
Para oír con alto-parlante hasta 50 kms. de Bs. Aires. - No necesita ninguna instalación de antena ni tierra. - No necesita acumulador.
Precio del Receptor Mentruyt a cuadro, completo, funcionando, es decir, con lámparas de consumo mínimo, pilas secas y alto-parlante. . . \$ m/n. 220.-

Pida detalles o una demostración sin compromiso a
MENTRUYT & CIA. - Calle Bolívar 181 - Buenos Aires
La casa de los aparatos y accesorios de radio de calidad

mayor dificultad ofrecen al comprador, por la cantidad de ellos que hay en el mercado. Sin embar-

ces es necesario emplearlas, cuando se trata de aparatos de viaje, o en localidades donde los acumuladores son un inconveniente. Para última etapa es recomendable el uso de la lámpara UX-112 o algunos tipos últimamente aparecidos bajo el nombre de lámparas de poder.

Los portalámparas, enchufes, etc., no ofrecen mayor variación que los



Dibujo del amplificador.

lantes que resistan la fuerte corriente de placa, que pasa por la tercera etapa y la vibración enorme de la membrana 1, la cual producirá una serie de ruidos que sólo se evitarán reduciendo el filamento de las lámparas, habiendo por lo tanto hecho un gasto inútil. Puede, pues, asegurarse que no es conveniente un amplificador de tres etapas de baja frecuencia a transformadores.

La construcción de un transformador no está al alcance del aficionado, pero su adquisición es sumamente económica, siempre que se tenga cuidado al elegirlo, pues éste es uno de los elementos que

go, al colocar un transformador será bueno que el aficionado averigüe antes el resultado obtenido, con él, por otros experimentadores.

Los precios de estos elementos varían enormemente y lo malo es que muchas veces el precio no está de acuerdo con la calidad, pues los hay que a pesar de su bajo precio son excelentes.

Respecto a las lámparas, son muchos los tipos que dan buen resultado en un amplificador de baja, pero todas ellas responden al tipo de medio consumo, es decir, de 0.25 amp., pues los de mínimo consumo, en general son poco apropiadas para este objeto, aun cuando a ve-

paras deben hacer buenos contactos con las patitas de las lámparas, sino se desean tener inconvenientes.

En los diagramas y fotografías que acompañamos, no está indicada la batería "C", pero sí la forma en que debe conectarse; este elemento, ya lo hemos repetido aquí numerosas veces, es de gran importancia, no sólo para la claridad de la audición, sino para la duración de las baterías. Sólo citaremos en apoyo de esto, que una lámpara UX-112, que se emplee sin batería "C", consume cerca de 30 milliamperes, mientras que la simple adopción de una batería "C" permite rebajar este consumo a menos de 10 milliamperes, sin que por esto se haya disminuido la intensidad de la audición, habiéndose por el contrario mejorado grandemente la claridad de la misma.

Para el caso de que el poseedor del amplificador citado, a pesar de nuestros consejos, deseara no utilizar la batería "C", deberá colocar una unión o "shunt" entre los bornes marcados para la batería "C".

El voltaje de placa es también de importancia para la intensidad de la audición y la claridad de la misma, pues el tono de la misma se modifica según sea el voltaje empleado. Cuando se emplean lámparas de mínimo consumo (UV) 199 o Philips, etc., se deberá colocar como máximo 70 volts y en caso de la Philips de consumo medio "201-A", etc., hasta 120 volts, pudiéndose emplear cuando se emplean lámparas de poder hasta 220 volts.

NOTAS

Cuando se hace bobinas tipo Lorentz, de las utilizadas en el circuito Perry O. Briggs, y a fin de que al sacarlas de la forma que se utilizó para arrollarlas no se corte el forro del alambre, conviene colocar en cada espiga o clavo, antes de comenzar la operación, un canutito de papel, el que permitirá que el bobinado se deslice fácilmente y sin roturas.

Selectividad.—En muchas ocasiones la causa que no permite una buena selectividad es el largo excesivo de la antena. Una antena de un solo conductor, de 10 a 15 metros de largo, es suficiente para cualquier recepción.

El teléfono de línea puede utilizarse como antena. Basta conectar-

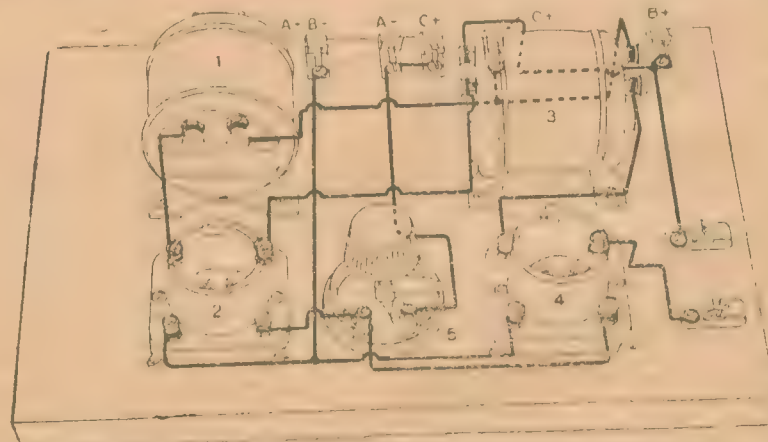


Diagrama de las conexiones.—1. Primer transformador.—2. Primer portalámparas.—3. Segundo transformador.—4. Segundo portalámparas.—5. Reostato.

conocidos y estos elementos es fácil también encontrarlos en las casas del ramo. Sin embargo, es bueno tener presente que los portalám-

le a una de las campanillas un conductor que se llevará a la borna del receptor en que deba conectarse la antena.

TEATROS

"EL ALMA DE LA CALLE", de MIGUEL H. ESCUDER, EN EL APOLO.

A juzgar por el contenido de esta obra, su autor opina que el alma de la calle está representada por la invencible virginidad y el escepticismo independiente encarnado en una chica vendedora de diarios y en un vagabundo misantrópico. Hace falta un poco de buena voluntad para creer en ambas cosas, sobre todo cuando esas situaciones no reflejan un estado de resignación "a fortiori", sino una convicción sustentada a despecho de todas las tentaciones, cuyo contacto inmediato con sus halagos y promesas no logran desviar el placer de la miseria. Es indudable que la rebeldía propia de las gentes que no tienen más tesoro que su independencia, puede llevarlas al desprecio por los opulentos y aún, en cierto modo, por las satisfacciones y goces que éstos disfrutan; pero, aparte de que la independencia de los menesterosos es muy relativa dentro de un organismo social, el romántico desprecio por los bienes materiales entre la gente humilde, tiene siempre el aspecto del clásico desprecio de las uvas por la zorra de la fábula.

Podría, no obstante, aceptarse como concepción simbólica de ese gesto despectivo de los pobres hacia los potentados, tema que por lo demás no tiene mucha novedad por haber sido ya tratado en muchas ocasiones y desde puntos de vista más razonables que los tomados por el autor de esta pieza.

Haciendo merced de una verosimilitud que no ha sido cuidada por el autor, no cabe negar el propósito que éste ha tenido de presentar un contraste de sentimientos contemplados con miras filosóficas y en el que se ha conseguido parcialmente el propósito buscado.

Algunos diálogos tienen interés y profundidad; algunas escenas están tratadas con innegable destreza; algunos personajes tienen por momentos actitudes muy acertadas y en toda la obra flota un ambiente de cosa seria y reflexiva que nos reconcilia con el autor, malgrado lo que tiene que poner de su parte el espectador para creer en la humanidad de aquellos muñecos.

La pieza ha sido bien estudiada por el elenco del Apolo, mereciendo plácemes la labor de Arata, Emma Bernal y Carabá, que encarnaron los papeles principales con un buen sentido de la realidad.

EL REALISMO EN EL SMART

La primavera teatral se está caracterizando este año por la presentación de espectáculos fuera de lo común, en temporadas breves y ligeras, de acuerdo con la estación. En el Smart, que ya sirvió de asiento a este género, que tan pronto despierta el interés del público como se extingue en una fría indiferencia, deberá presentarse en los primeros días de diciembre un con-

junto organizado con elementos competentes, el que ofrecerá obras realistas, pero que no lleven su realismo a extremos que pugnen con la suspicacia de cierto público. Según se promete, serán dadas obras de positivos méritos, contrastadas ya por otros auditorios y que sean aptas para cualquier persona inteligente, con tal que no sea excesivamente timorata. En primer término se presentará "La prisionera", un gran éxito de París, y después se seguirá con "Febre", de San Segundo; "Los invertidos", de González Castillo y muchas otras exclusivas de la compañía.

El conjunto está formado así:

Actrices: Amelia Senisterra, Teresa Puértolas, Araceli D'Aponte, Juanita Scuri, Elsa O'Connor, Olga Saldías, Rosita Cuevas, María Vitale, Sara Méndez, Sara Thiriot. Actores: José Casamayor, José Sassone, José F. Podestá, Domingo Flolo, César Scuri, Tomás Martich, Elías Orlando, Luis Arellano, Juan Machi, Pedro Prat y Emilio Romero.

GUTIERREZ VERSUS PARRA

Eliseo Gutiérrez, que sigue creyéndose un gran autor nacional, ha tratado de sacar de sus casillas a Parra, convenciéndole de que no es necesario recurrir al repertorio extranjero para representar formidables piezas de éxito descacharrante y lo ha logrado, aprovechando las actividades electorales del gran bufo, que lo tenían un poco desconcertado. El asunto de la elección lo despistó y eligió de su cartera teatral la producción de Gutiérrez. Al escribir estas líneas no conocemos la obra, pero prometemos solemnemente que no hemos de escatimar nuestro aplauso, si "El secreto de Mr. Hope" lo merece en realidad.

UN CHISTE

En corro de actores, Parra pregunta a una actriz muy vieja, (tan vieja que ha confesado que está por cumplir los treinta): —Dígame usted, que es tan viva, ¿sabe en qué se diferencian un buen durazno del Tigre maduro y unas tijeras? La actriz se queda pensando mientras los demás la observan y al cabo de un rato largo su derrota al fin confiesa. —¿Cómo? —le pregunta Parra— ¿no encuentra la diferencia? Pues trate de averiguarlo y cuídeselo usted, marquesa, porque si en vez de un durazno como un día unas tijeras, pueden a usted resultarle ligeramente indigestas.

PINCHO.

EL EXITASO DE TERES

El cronista no pudo asistir a la presentación de la compañía de revistas del San Martín, que dirige como único exponente del sexo fuerte, el maestro Terés. Llegó el cronista a la calle Esmeralda cuando ya había terminado el espectáculo de la noche. Quería recoger impresiones de algún colega o espectador rezagado, pero cuál no sería su sorpresa al ver al maestro Terés salir

triumfante del teatro y encabezar con heroico gesto una manifestación de quinientas personas que vociferaban atrozmente. No había que preguntar nada. Aquello era tan significativo, que podía darse por asegurado el éxito de "La revista azul". Después hemos sabido que Terés tuvo que requerir el auxilio del comisario para verse libre de aquella gente que lo perseguía. No sabemos si a cada una de las vírgenes del elenco le habrá ocurrido lo mismo, pero lo cierto es que el San Martín está muy concurrido, de público y de policía.

UNA EVOLUCION FAVORABLE

La compañía italiana de operetas a cuyo frente figura la simpática Clara Weiss, ha evolucionado de mayor a menor, reduciendo a las modestas proporciones del Sarmiento su anterior actuación del Coliseo. El cambio ha resultado muy favorable, porque ahora cuenta la Weiss con mucho público.

EXHUMACION AFORTUNADA

Mucha gente recordará el éxito que en su tiempo tuvo el sainete lírico de Nemesio Trejo y el maestro Reynoso, "Los políticos". Su reprise en el Nuevo, cuya compañía cuenta con elementos tan estimables, ha resultado una "trouville". Se destacó la actuación de Calcaño, encarnando el personaje central y Lea Conti y Dora Gález, así como Gómez Bao, contribuyeron a que resultara más amable la acogida que el público dispensó a esta obra.

OJEANDO LAS CARTELERAS

En el buenos Aires, se hizo centenaria "Los muchachos de antes no usaban gomina". Parece raro, pero el cartel no miente. Fué repriseada con éxito "Allá en el bajo una noche".

—Gran éxito.—Kid Charol, en el charleston de "Las mujeres de la Cuesta". Todos al teatro Avenida.—Así dicen los carteles por todas partes, y el público responde ampliamente.

—Todos recuerdan "La corte de Faraón", "El país de las Hadas" y todas las demás piezas líricas de ese repertorio. En el Mayo se cultiva el género con fortuna variable, según los días y la temperatura ambiente.

—Con "La mala estrella" y "La vida es un sainete" de Vacarezza, esta última recientemente repriseada, está dicho todo lo que necesita el Nacional para tener muy buenas entradas.

—Los cantantes del Marconi cultivan la ópera con todo éxito, desde "Sonámbula" a "Lucía", pasando por todo lo que hay que pasar en el género. Bastante público y mucho entusiasmo.

—"La mejor revista", gran éxito. "Mujeres, flores y alegría", gran éxito. Total: dos grandes éxitos del Maipo.

—El Ateneo cultiva ahora el género picaresco, que tan de moda se ha puesto esta primavera. Se trata de dar obras buenas, espigando en el teatro extranjero con cuidado y

buena selectividad, como dicen los radiómanos.

GRAN SPLENDID

Sigue constituyendo la nota destacada de las selectas reuniones del Grand Splendid, el concurso de tangos organizado por "Discos Dobles" y que ya se encuentra en la segunda rueda eliminatoria. La orquesta de Osvaldo Fresedo ejecuta con insuperable maestría y buen gusto, los tangos, ante el entusiasmo creciente del público. No por eso se descuidan los programas cinematográficos, sino que muy al contrario, son mantenidos siempre en las mismas condiciones que han hecho clásica esta sala.

CAPITOL

Ahora que el público deserta de los teatros y busca el refugio de las salas bien acondicionadas, se nota una mayor afluencia al Capitol, que como todos saben, es una de las preferidas por las comodidades y la buena temperatura que ofrece a su distinguida concurrencia. Ningún cine gana al Capitol en rapidez para presentar al público las novedades más interesantes del film, sin omitir esfuerzo alguno para lograr las mejores primicias.

CINE PARC

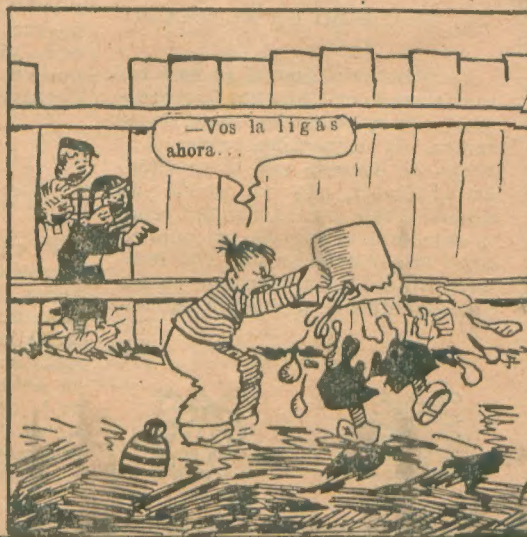
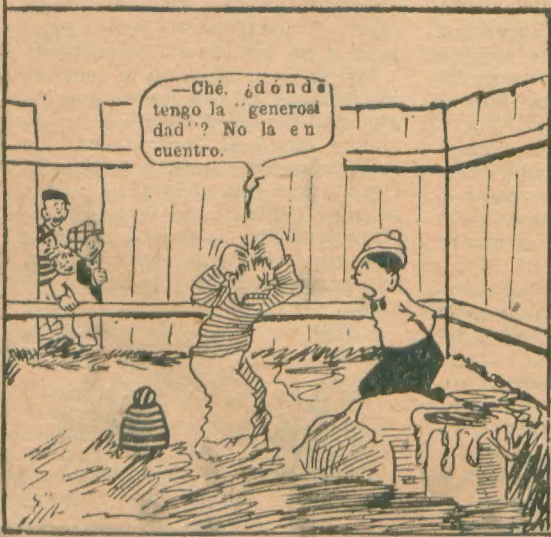
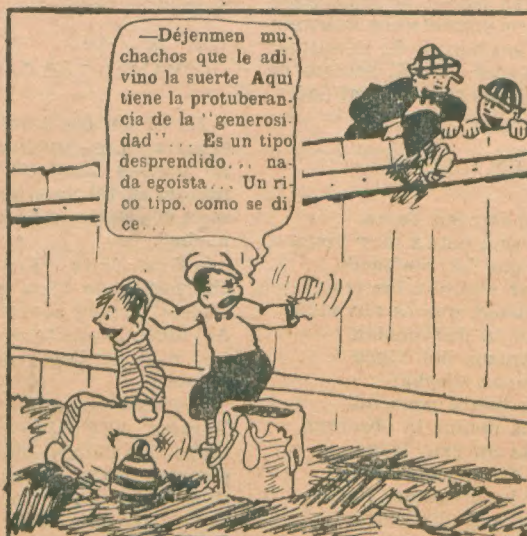
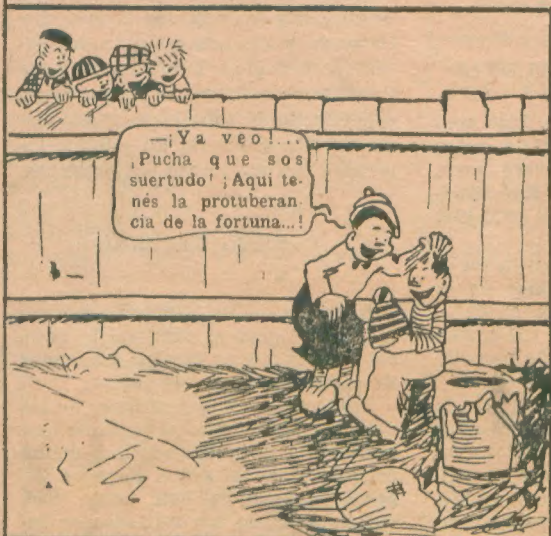
Un programa interesante para cada día de la semana, ha preparado cuidadosamente la dirección de este cine, que es a la vez el más distinguido y el más popular del barrio de Palermo. Preferido por las familias, constituye ya de por sí un espectáculo la amplia sala adornada con las galas de un público femenino tan numeroso como selecto.

CORREO TEATRAL

Botafogo. — Es indudable que usted hará carrera. Por eso le recomendamos que no escriba más, pues de todos modos ha de llegar.

Portugués. — Los contratos de las actrices, anunciados al final de una temporada para la próxima, deben considerarse cotizados siempre en pesos paraguayos. Son como esos testamentos de los millonarios indios, que después de catorce años de pleito, quedan reducidos a una casita de dos piezas en Nueva Pompeya y un bañado en Berazategui.

Gloria P. — ¿Que no le contesta la Guzmán? ¿Y qué quiere que hagamos nosotros? Es como si se dirigiera usted al departamento de Relaciones Exteriores y Culto, solicitando una concesión para vender helados calientes en el Bañero Municipal. Por lo demás, no sabemos con qué dificultades tropezará la Guzmán para eso de leer y escribir.





Últimas creaciones de la moda femenina



CREACION ITEB.—Traje para la tarde, confeccionado en terciopelo flexible negro con pechera de encaje de Malines de Lyon, tono ocrado. Esta pechera va sujeta por un motivo de cristal y la cintura también está terminada con un pendiente de cristal.



CREACION FELIX DUPOUY. — "Trotteur" compuesto de una chaqueta blusada de lana escocés, guarnecida con kolonsky y de una falda de kasha tono bazo liso. La corbata está confeccionada con tela igual a la de la falda.



CREACION DECROLL.—Traje para la tarde, confeccionado con satén verde ceniciento, adornado en un costado con flores decorativas bordadas en lana, seda y oro.



Sombrero de fieltro color claro, de borde irregular. La copa está adornada con motivos pintados. El ala plana y enrollada, de 8 centímetros.



Elegante sombrero de fieltro, en forma de boina, cintura de cinta "gros grain" y alfiler de fantasía. En el ala pequeño pico de 4 centímetros, adelante. Altura del ala por la parte de atrás: 5 centímetros.

El Tráfico

El RESTAURANT chic, donde
acude la gente de buen tono.

Ante su mesa elegante, servida por camareros expertos y frente a los manjares, producto de una cocina atendida por reconocidos artistas en el arte culinario, podrá Vd. ver mientras saborea el menú más exquisito, el desfile de la aristocracia porteña, por la incomparable Avenida Alvear. Es el único restaurant de Buenos Aires, que reúne, en la temporada de verano, el confort más envidiable y la más deliciosa temperatura de la estación.

Servicio a la carta.

AV. ALVEAR

(Frente al Pabellón
de las Rosas)